

A corda da Santa Compañá

Una historia actual de la Galicia de siempre.

Las peripecias de once difuntos vagando por los caminos en busca de que el destino les brinde la ocasión de solventar sus cuentas pendientes y de enfrentarse a la muerte, en paz con la vida y con su conciencia. Una historia de vida y de muerte, de pasiones, de venganzas, de amor y de desamor, de locura, de meigas y de meigallos, pero sobre todo, de la melancólica y apacible sensación de superstición que anida en las gentes de Galicia.

A Corda da Santa Compañía



Una historia actual de la Galicia de siempre

Raúl Morales

REGISTRADA EN LA SOCIEDAD GENERAL DE AUTORES
ISBN: M-000889/2003
FEBRERO-2.003

CAPITULO-I El encuentro

Allá, hacia el año mil novecientos cincuenta, tuve mi primer encuentro con la Santa Compañía. El lugar, como no, Galicia. Pero no en la Galicia famosa, conocida y transitada por viajeros y peregrinos y abierta al mundo y a las gentes que se asoman por esas latitudes. No, el encuentro tuvo lugar en una apartada aldea incrustada en las montañas del Concello del Incio, cuyo acceso por aquellos tiempos, sólo era posible a pie o en caballería y que, por tener allí parientes cercanos y queridos, pasaba un par de semanas cada año durante las largas vacaciones escolares de aquellos veranos, que me apartaban por unos meses de mi bulliciosa y despreocupada vida en el madrileño barrio de Prosperidad y me sumergían en una vida aldeana, donde el tiempo permanecía inmutable y los cultos y costumbres heredados de nuestros antepasados llegaron a prolongarse hasta tiempos relativamente cercanos, sólo explicable por lo remoto y aislado de aquel apartado lugar.

No tuve conciencia al principio, que aquellas extrañas ceremonias que la abuela de una prima de mi misma edad, con la que cada verano pasaba uno de mis mejores periodos veraniegos en aquella perdida aldea de la montaña, fuese realmente el encuentro con una de las más ricas tradiciones de nuestros antepasados celtas que poblaron estas tierras.

Desde que tuve conciencia de aquel ceremonial centré mi atención en él y me apasioné por lograr descubrir su significado. Me extrañaban sobre todo porque a pesar de haber nacido en Galicia, desde los cuatro años residía con mis padres, emigrantes gallegos, en Madrid y lo que yo veía hacer a mi madre en mi casa de Madrid, chocaba frontalmente con lo que veía hacer cada noche a aquella entrañable anciana, cargada de decrepitud pero heredera de las creencias, folklore y sabiduría popular de sus antepasados.

Dudo mucho, o al menos yo no lo conozco, que los rituales y ceremonias de la Santa Compañía se hayan prolongado más allá de la década de los cincuenta. Incluso en esa apartada aldea sus prácticas en esa época ya era algo residual y se limitaban a unas pocas ancianas de las menos de diez familias que habitaban ese lugar.

Incluso la madre de mi prima Siriña, que con tanto cariño me reclamaba cada verano para pasar unos días a su cuidado, ya consideraba esas practicas algo del pasado y creencias de viejas, y que desde luego ella ni practicaba ni estaba dispuesta a transmitir tales conocimientos a su hija, pues esos rituales eran considerados paganos y poco recomendables para su educación y la moral cristiana que imperaba en aquella época.

El caso es que mi prima Siriña y yo, ambos niños de apenas siete años, nos quedábamos vigilantes cada noche antes de irnos a la cama, para ver lo que hacia la abuela Justa. Y es que la señora Justa cada noche repetía el mismo extraño ritual: atizaba la lareira, despechaba la puerta, invocaba a sus difuntos y a la vez que repetía las palabras Santa Compañía, Santa Compañía, restregaba sus manos por el quicio de la puerta y se aseguraba que quedaba franca la entrada, vacío de enseres o ropajes el largo banco de madera que presidía la estancia, y bien próximo a la lareira para aprovechar al máximo el calor de la lumbre.

Justo lo contrario era lo que hacia mi madre en Madrid a la hora de acostarnos: apagaba la cocina, echaba el cerrojo a la puerta y comprobaba que quedaba bien cerrada para que ningún intruso viniese a perturbar nuestro sueño y claro, yo le preguntaba a mi prima Sira por aquella contradicción.

- Siriña, ¿Por qué la señora Justa atiza la lareira y despecha la puerta por las noches?

-Non che sei- era su invariable contestación. Era evidente que ella había visto hacer lo mismo toda su vida y no le extrañaba lo más mínimo, pero yo estaba fascinado por ese intrigante ritual y quería respuestas, así que también preguntaba a su madre.

-Prima Estela ¿Qué fai a Justa po las noites?

-Cala neno cala- era su inexcusable respuesta, a la vez que esbozaba una liviana sonrisa de complicidad, como de quien conoce pero no quiere decir.

Pero claro, como el niño no callaba y un año tras otro repetía las mismas preguntas, era evidente que no podía dar eternamente las mismas evasivas respuestas, máxime cuando los niños se hacían grandes y tal

pareciera que ambos se habían conjurado para desentrañar los secretos que encerraba tan inexplicable ritual, y una tarde de verano, sentados en un lameiro, viendo pacer las vacas y correteando por la hierba, Siriña, su madre Estela y yo, vimos pasar hacía la casa a la señora Justa que llevaba sobre su cabeza un feixe de berzas.

Después de reírnos de una ocurrencia intrascendente sobre las invocaciones nocturnas de Doña Justa, Estela, su hija, comenzó a relatarnos los secretos que encerraban aquellos extraños rituales de cada noche.

Con el paso del tiempo pude leer y estudiar algo acerca de las creencias de la Santa Compañía y pude comprobar que, como todo lo relacionado con el mundo de los celtas, existe mucha desinformación, fantasías y elucubraciones sobre un hecho incuestionable: la Santa Compañía fue una creencia bastante generalizada entre las gentes que poblaron la Galicia interior, pero fueron unas prácticas jamás asumidas ni por la iglesia católica ni por las clases intelectuales de la región. Por tanto se fue transmitiendo de generación en generación entre las clases humildes y temerosas de las aldeas.

Como toda tradición transmitida oralmente a través del tiempo y entre generaciones, su evolución, interpretaciones y rituales pudieron sufrir múltiples alteraciones y diferir de una manera considerable entre regiones y comarcas. También es de suponer que ciertas tradiciones, ancladas en el tiempo y circunscritas a lugares muy poco frecuentados por forasteros y por tanto encerradas en sí mismas, debieron de evolucionar y de crear un estilo y unas circunstancias propias. De ahí que sea muy difícil o imposible aseverar que la Santa Compañía responde a unos determinados rituales comunes y a unas normas de carácter general, pues en cada lugar evolucionó de acuerdo a sus propias circunstancias.

No obstante todo lo anterior, debo de señalar que en todos los casos estudiados y consultados, aparte de mi propia experiencia, existe cierta semejanza entre todas, y todo apunta a difuntos con asuntos pendientes de resolver.

Y era una creencia arraigada entre las gentes de esta región que, cuando una persona fallece se enfrenta a un juicio universal, donde debe rendir cuentas de sus actos en la vida y serán premiados con la gloria eterna si su vida ha sido conforme con las gentes, con las tierras y con los

animales y las plantas que la pueblan, o condenados a no formar parte del universo eterno, si su tránsito por esta vida ha sido de estragos y quebrantamiento de las leyes que rigen el ordenamiento universal.

No obstante, algunas personas se tropiezan con la muerte prematuramente, sin tener sus asuntos resueltos y en paz para someterse al juicio eterno. A estos difuntos se les otorga una nueva oportunidad y son enviados nuevamente al mundo de los seres vivos, para que resuelvan sus asuntos pendientes y se puedan presentar ante el supremo Hacedor en paz con su conciencia.

La Santa Compañía la conforman esos difuntos que buscan después de muertos resolver aquel asunto pendiente que tranquilice su espíritu. Para ayudarse en su deambular se aferran a una cuerda y se arrastran los unos a los otros para vagar y no perderse en los caminos, en busca de que el destino les propicie la oportunidad de reparar aquello que en vida no pudieron resolver.

A estos grupos de almas en pena se les denomina A Corda da Santa Compañía y las viejas del lugar abren por las noches sus puertas, invocan a sus difuntos, atizan las lareiras y colocan el banco para que puedan sentarse cómodos al calor de la lumbre y pasar la noche al abrigo.

Esta es la historia de un grupo de difuntos vagando por la Sierra de Fornelas, en la provincia de Lugo y que según cuentan las gentes del lugar, ha sido un grupo bien conocido y comentado por la comarca del Valle del Lemos.

Todos los relatos que aquí se cuentan y los hechos acaecidos son rigurosamente ciertos y así lo atestiguan multitud de vecinos de las aldeas donde sucedieron estos acontecimientos, aunque por supuesto no es posible corroborarlo a través de ningún medio, de modo que es necesario creer en su palabra.

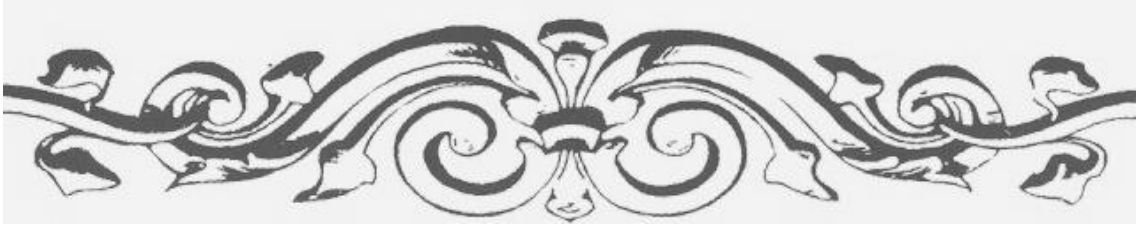
Quizás este relato te parezca muy fantasioso, pero si has estado en la Galicia del interior, si has transitado por sus caminos, si has hablado con sus gentes y has formado parte del ritual de una queimada, nada de lo que aquí se cuenta te extrañará.

Si desde cualquier castro de los muchos que salpican Galicia, miras al cielo por las noches, veras que las meigas bailan sobre tu cabeza la

danza de la vida. Si miras allá, a lo lejos, veras que la Santa Compañía camina con paso trémulo y vacilante buscando su destino y el calor de una lareira.

Pero si miras y no ves más que el cielo oscuro y al fondo las estrellas, no es que no estén, quizás sólo se deba a que tu fantasía haya caído en crisis, porque estar, están todos. A nada que te esfuerces lo verás.

Así es esta historia, así es como a mí me la contaron y así es como yo os la cuento...o al menos así yo la entendí.



CAPITULO-II Buenos días madrugadora muerte

Y siempre había dicho que las locuras se pagan, pero claro, siempre lo había dicho hacia los demás; que otros paguen sus propias locuras. El problema es que esta vez era mi propia locura e iba a pagar por ello. El precio no iba a ser un precio cualquiera, iba a ser el más alto precio que una persona puede pagar por una locura. El precio era la vida, la locura no sé bien cómo llamarla, aunque quizás la locura de la pasión sea la mejor definición que podría encajar en este relato.

Aquella tarde me encontraba en mi bufete de abogados escuchando las intrigas del personal que la Sra. Maiquez, mi asistente en los juicios y gobernanta del despacho, me relataba minuciosa y maliciosamente, cuando irrumpió estrepitosamente en el despacho mi secretaria para decirme que una tal Martita, de Monforte de Lemos, insistía en hablar conmigo. Raudo y haciendo aspavientos, hago salir a ambas del despacho y pido que me pase de inmediato la comunicación.

-Martita cielo, que gusto hablar contigo- le digo a mi interlocutora con tono almibarado y derritiéndome en deseos.

-Estoy muy agobiada- me dice con un cierto tono de angustia, evidentemente fingido pero maravillosamente interpretado.

-Fíjate, me han citado para mañana a las diez para que pase a declarar como testigo en un juicio por faltas en los juzgados de Quiroga, con la mala suerte de que mi marido esta de viaje en el extranjero y no vendrá hasta dentro de tres días y los chicos, como están en la Universidad de Santiago de Compostela, no vendrán hasta el fin de semana y a mí a éstas cosas me da miedo ir sola, no sea que meta la pata. ¿Qué hago?- termina preguntándome, desvalida ella, con la indisimulada intención de que vaya a consolarla, perdón, a asistirle en el juicio.

-Nada, nada- le digo muy dispuesto y servicial -mañana estoy yo ahí y te acompaño a las vistas del juicio, porque estas cosas nunca se sabe cómo acabarán- aunque demasiado sabía yo cómo iban acabar.

-Que alegría me das- me dice cariñosamente, pero con cierta dosis de picardía y un poco de descaro añade -bueno y también porque me apetece mucho verte y estar un rato contigo.

De sobra sabía yo lo que a Martita le apetecía. Martita era una prima algo menor que yo, con la que desde niño había estado tonteando hasta que se casó, que dejamos de tontear y directamente follábamos cada vez que surgía una ocasión y tal pareciera que esta era una de ellas.

El caso es que, después de colgar y aún babeando de gusto por la inesperada invitación, me enfrenté a la fría realidad de mis compromisos y mi disponibilidad para desplazarme al día siguiente de Madrid a Monforte de Lemos y satisfacer las necesidades de mi prima Martita.

-Señora Maiquez- le digo decidido a no perder la ocasión que tan generosamente se me brindaba -mañana tengo ineludiblemente que estar en Monforte de Lemos para solventar asuntos familiares que no admiten ninguna demora-.

-¿Qué pasa?- me pregunta socarronamente -¿Qué el marido de Martita esta de viaje?

-No mujer no, no sea usted mal pensada- le digo sin demasiada convicción -es que Martita tiene que acudir mañana a un juicio de faltas como testigo y quiere que vaya a asistirle-

-No, si la lleva usted asistiendo desde que se casó- me dice la Maiquez. -Lo que no sé es por qué no le pide que se divorcie y se casan de una vez.

No sabía qué contestarle porque tenía razón la señora Maiquez. Nunca me había casado porque ninguna otra mujer se parecía lo suficiente a Martita y nunca se lo había pedido a Martita, primero porque ya estaba felizmente casada y segundo, porque temía que la pasión que poníamos ambos en los frecuentes encuentros que manteníamos desde hacia años, fuera a desaparecer con el matrimonio y la rutina de lo cotidiano.

-Bueno, al grano- le digo a la Maiquez -esta noche tengo una cena que no puedo cancelar, porque el señor Ríos podría coger un enfado y cancelarnos el contrato, de modo que se viene usted conmigo y nada más acabar la cena yo me esfumo y usted termina la faena-. La señora Maiquez por supuesto aceptó sin rechistar, incluso diría que encantada.

Me parecía a mí que la Maiquez se sentía demasiado solícita cada vez que trataba algún asunto del señor Ríos, un viejo y rico empresario cuya única y conocida distracción era el trabajo, la buena mesa y pasearse del brazo de exuberantes, jóvenes y banales señoritas.

Mi intención era cenar poco, beber menos y a eso de la medianoche salir disparado hacia Monforte de Lemos para llegar de madrugada. Aún pillaría a Martita con la cama caliente y entre sus sabanas de satén podría descabezar un sueño, eso sí, después de consolar su angustia que tan agobiada la mantenía.

Pero claro, con lo que yo no contaba era que en los asuntos del querer, lo que el hombre planea el demonio lo enreda, y menudo enredo lo de aquella cena.

El señor Ríos se nos presenta acompañado de un bombón suizo, envuelto en un ceñidísimo vestido azul turquesa, de generoso escote, de menguante largo y de insinuantes transparencias. Para colmo la Maiquez, mi fiel y discreta asistente se nos presenta ataviada de señora de distinguido porte, de mejores maneras y de embriagante perfume. Vamos, un pedazo de tía.

Ni qué decir tiene que la Maiquez hoy traía enfundadas todas las armas de mujer para seducir al viejo millonario y demostrarle que, donde esté una sustanciosa gallina vieja, que se quite una insípida e inconsistente pollita, y se lo demostró, joder que si se lo demostró.

-Oiga Federico- me susurra al oído el señor Ríos nada más sentarnos en la mesa -¿usted habla alemán?

-Por supuesto, ¿necesita que le ayude en algo?- le contesté cortésmente por si podía servirle a nuestro mejor cliente del bufete de abogados que yo dirigía.

-Vera- me sigue susurrando el viejo millonario al que se le saltaban los ojos mirando a la Maiquez -es que esta niña, muy maja y muy educada, sabe usted, pero no habla español y sólo puedo entenderme con ella en francés, y con lo mal que yo oigo y lo mal que ella pronuncia, pues no me entero de nada. ¿Usted me puede hacer el favor de entretenermela?

Y por supuesto que se la entretuve. El bombón suizo, que inmediatamente se dio cuenta que al viejo lo único que le apetecía tomar esa noche era una taza de condimento rancio, se me ciñó a mi lado, se me insinuó, restregó y revoloteó tanto como pudo y las buenas maneras permitían, de modo que, comí lo que no debía, bebí lo que no podía y al final, al acompañarla a su hotel y dejarla metida en su cama una vez desenvuelta de su ceñidísimo vestido azul turquesa, las pocas fuerzas que me quedaban, me las exprimió el bomboncito suizo hasta dejarme exhausto.

Aún recuerdo que la Maiquez, a la salida del restaurante cuando se disponía a entrar en el coche del señor Ríos se volvió, me abrazó y me susurró al oído -no se te ocurra salir esta noche hacía Monforte de Lemos, que ya no eres un chiquillo para hacer locuras y por Martita no te preocupes que ya encontrará mañana un abogado joven que la asista.

Pero claro, no la hice caso. Como a eso de las cuatro de la madrugada enfilaba la carretera de La Coruña. Miré el reloj angustiado y me dije -con un poco de suerte aún cojo a Martita en la cama, ella no es madrugadora y en cinco horas me repongo y llego como nuevo. Seguro que en cuanto acaricié la suave y aterciopelada piel de Martita, recupero el tono y podré asistirle y calmar su angustia como ella se merece.

Entre los ardores de estomago por la mucha comida, el dolor de cabeza por la mucha bebida y el aire de la calefacción por el frío del exterior, el viaje hacia Monforte de Lemos se me hizo un vía crucis y no paré ni para echar gasolina, dado que había sido previsor y llevaba el tanque hasta arriba.

Como a eso de las siete y pico de la mañana entraba en tierras de Galicia. Me desesperé y me alivié un poco viendo que el final del camino estaba a menos de una hora. Las primeras luces del día comenzaban a dejar ver el paisaje que, por esas latitudes, no es otro que bordear durante un buen trecho el río Sil.

Como éste río esta salpicado de presas, por algunos trechos la margen del río es normal y por otras, según te vas acercando a la presa, muy caudaloso. Recuerdo que estaba atravesando uno de los trechos más caudalosos del río, recuerdo que el dolor de cabeza y el ardor de estomago me había desaparecido, recuerdo que me encontraba muy cómodo y calentito aconchegado en el asiento del coche... y no recuerdo nada más de aquel viaje.

Lo siguiente todo fue un torbellino de acontecimientos. Un frío intensísimo me recorrió todo el cuerpo. Abrí los ojos y todo a mi alrededor era penumbra y agua fría. Intenté desesperadamente desabrochar el cinturón de seguridad, pero estaba boca abajo y no alcancé a encontrar el dispositivo. Intenté abrir la puerta del coche, pero el coche estaba atorado por mi costado contra las rocas del lecho del río y no había posibilidad alguna de abrir la puerta. Intenté desesperadamente romper el parabrisas con las manos, pero ambos, parabrisas y manos se rompieron a la vez y ya, lo siguiente que vi, fue una luz blanca que se acercaba parsimoniosamente hacia mí.

Observé, totalmente aturdido por la azarosa situación que estaba atravesando, que en el centro de aquella luz venia ella, con semblante inexpresivo y toda vestida de blanco. Botas de blanco marfil, traje de blanco opaco y una gran capa de blanco immaculado, que arrastraba con soltura y revoloteaba a su espalda como si fueran plumas volando a merced de los vientos.

Inmediatamente la reconocí. Jamas la había visto pero sabía quién era y sabía a qué venía. Un miedo aterrador se apoderó de mí. Se me secó

la boca, se me encogió el alma y haciendo el último esfuerzo y exhalando el último aliento pude decirle:

-Buenos días madrugadora Muerte, que temprano comienzas hoy la faena.

Ella no dijo nada, me sonrió fríamente y noté que con mucha suavidad, sin dolor, sin frío y en silencio me arrancaba de aquel amasijo de hierros y en volandas me condujo por un lugar incoloro, sin formas y sin volúmenes, sin ruidos y sin silencios. No había nada, aunque quizás fuese eso, quizás es que ese lugar era la nada. Un lugar intemporal por donde se transitaba de la vida a la muerte.

Poco a poco, se fue afianzando en el horizonte una luz que me atraía hacia ella y allí, al llegar al origen de aquella extraña luz de extraño color y de más extraño resplandor me encontré con alguien que esperaba mi llegada.

-Los gallegos siempre causáis problemas a la hora de la muerte- me dice como saludo aquel extraño personaje con aquel extraño resplandor, que continuó diciéndome -¿Qué es eso que te acompaña?

Yo estaba aturdido por la situación y no sabía a qué se refería, de modo que eché una ojeada hacia atrás y allí, pasmosa e inexpresiva continuaba La Muerte a la espera de acontecimientos, pero también estaba una nítida escena en forma de imagen tridimensional que inmediatamente reconocí.

-Es el fallo de mi primer juicio- le respondí titubeante -el único que perdí en mi vida profesional- terminé con voz temblorosa y muy turbado por aquella imagen que tan malos recuerdos me traía.

-De modo que has muerto con cuentas pendientes en la vida- me dijo comprensivo aquel extraño personaje. Yo asistí con la cabeza, aunque no entendí lo que me estaba diciendo.

-¿Y qué propones?- me pregunta interesado por aquella extraña escena que me acompañaba.

No sabía qué responderle, de modo que le relaté el significado de aquella imagen y de mi turbación.

-Esa imagen es de mi primer juicio, el único que perdí como dije antes, aunque realmente no lo perdí. Me propusieron un soborno por perder el juicio. Yo estaba empezando y tenía deudas, mi cliente había contraído una enfermedad degenerativa por culpa de un medicamento en fase de experimentación, y aquellos laboratorios tenían mucho dinero y pocas ganas de verse involucrados en un escándalo por negligencia médica, de modo que me deje tentar, oculté pruebas y amañé el juicio para perderlo.

-Mi carrera fue brillante y responsable, aunque siempre me he sentido culpable de aquel hecho. Nunca he conseguido quitarme la imagen de aquella familia de afectados cuando escucharon el veredicto de aquel juicio amañado. Siempre tuve la creencia de que algún día podría reparar aquella maldad, pero la muerte me ha sorprendido demasiado pronto y no quiero morirme sin tener la oportunidad de reparar mi única tropelía en mi vida profesional- le dije con decisión y rotundidad.

Aquel personaje se quedó dudando y mirándome con actitud comprensiva y yo diría que incluso benevolente. Le hizo un gesto a La Muerte como preguntándole su opinión, pero ella, inexpresiva e indiferente, se encogió de hombros y no se pronunció en ningún sentido, así que, aquel extraño personaje con aquel extraño resplandor me hizo una propuesta extraña e insólita y cargada de costumbrismo.



CAPITULO-III la superstición cabalga por la Sierra de Fornelas

*E*s costumbre entre los gallegos que mueren con asuntos pendientes de resolver en la vida- me propone como alternativa a mi petición de reparar ya muerto, lo que no debía de haber hecho en vida - vagar por los caminos y buscar la oportunidad de finalizar asuntos o realizar actos o indagaciones que pongan en paz su conciencia o sus ansias para enfrentarse a una muerte justa y sosegada.

Yo lo escuchaba expectante y esperando a que, aquel extraño personaje con aquel extraño resplandor, me concretase su extraña y misteriosa propuesta.

-Tengo embarrancado en unos montes de Lugo a un grupo de almas en pena que buscan resolver sus asuntos pendientes, pero no han sido capaces de conseguir la armonía entre ellos para ayudarse los unos a los otros e ir resolviendo sus casos, de modo que te propongo que te incorpores a la corda de la Santa Compañía en la Sierra de Fornelas para ayudarles a encontrar la armonía necesaria para que vayan resolviendo

sus asuntos y regresen con prontitud a la muerte congraciados con la vida, pero te pongo una condición: tus asuntos deben ser los últimos en resolverse- terminó tajante e imperativo.

Yo, como ustedes pueden suponer, acepté en barbecho. No sabía lo que era la Santa Compañía, pero ya lo aprendería. No sabía cómo conseguir la armonía de una cuadrilla de difuntos, pero ya lo conseguiría. No sabía en fin cómo lograría reparar lo irreparable de mi vida, pero me ofrecían una oportunidad y me aferré a ella.

Desande el camino hasta regresar al fondo de las aguas del río Sil, donde mi cuerpo permanecía atrapado entre el amasijo de hierros de mi coche y allí, La Muerte, dulce, hermética e inexpresiva, con la habilidad de quien conoce bien su oficio, apenas tardó un suspiro y volvió a encajarme nuevamente en el cuerpo inerte y helado que, hacía bien poco, se relamía en la carretera pensando en la cálida cama que le esperaba apenas unas decenas de kilómetros más allá, y que ya nunca más podría compartir con mi adorable prima Martita

Ya, fuera de las frías aguas del río y después de que La Muerte me hubiese depositado en las estribaciones de la Sierra de Fornelas y se marchase esbozando una gélida sonrisa, sentí por primera vez una nueva y desconocida sensación.

Estaba experimentando la alegría de morir y de verme dentro de un cuerpo difunto, bien vestido, sin dolor alguno, sin las prisas de la vida ni la angustia de la muerte, pero con un cierto olor a formol, que quizás se debiese a aquel extraño mejunje con el que me embadurnó La Muerte después de sacarme del río y que yo interpreté como una medida de higiene necesaria para impedir que el cuerpo se me putrefactase

Miré a mi alrededor y descubrí entre toxos y piornos, una senda que serpenteaba por la ladera de la sierra y sin dudarle encaminé hacia ella mis pasos. No sabía si era ese el camino que debía tomar, pero apenas tardé un minuto en averiguarlo.

Unas voces cercanas me hicieron percibir que no estaba solo en ese lugar. Me encaminé hacia donde se oía el vocerío y no tardé en toparme con una cuadrilla de difuntos. Hombres y mujeres sentados, desaliñados y mal avenidos, que discutían y chillaban entre ellos sin que nadie hiciese

caso de nadie y desde luego, sin que nadie intentase poner el mínimo orden en aquel gallinero.

Aquello, sin lugar a dudas, era el grupo que buscaba, pero créanme, aquello se parecía más a una merienda de negros que a una Corda de la Santa Compañía.

Nada más advertir mi presencia, todos se callaron y se quedaron expectantes y sorprendidos, mirándome para ver a qué venía.

-¿Quién manda en este grupo?- fue mi primera pregunta sin dirigirme a nadie en concreto.

-Aquí no manda nadie- me contestó tajante uno de los difuntos que más chillaba cuando llegué y que ya había advertido que le faltaba la mano izquierda.

-Pues desde este momento mando yo- les dije con tono firme e imperativo y tratando de darme a respetar.

-¿Y eso por qué?- volvió a preguntarme el mismo difunto con un destello de rebeldía en la voz.

-Eso porque lo digo yo- le respondí seco y temperamental, aunque esbozando una leve sonrisa.

-A bueno, si es por eso vale- me respondió rápidamente y sin rechistar y me dice a continuación:

-Yo me llamo José Armas, pero todos me llaman Pepiño Muñón.

-Muy bien Pepiño, aferraos todos a la cuerda y vámonos en busca de un lugar más protegido que éste, donde podamos organizarnos y conocernos todos y donde podamos pasar la noche al calor de una fogata y al resguardo de miradas indiscretas-.

-Yo soy El Carabinero de La Puebla y conozco aquí cerca una cueva al abrigo del ralente y al resguardo de intrusos que puedan sorprendernos- saltó otro de los difuntos que estaba entre medias del grupo.

Hacia esa cueva nos dirigimos y por primera vez disfruté de las prestaciones de “A Corda”. Hasta llegar al grupo sentía cierta dificultad al caminar. Por supuesto se debía a que mi cuerpo acusaba cierta rigidez que, desde luego no llegaba a ser la rigidez post-mortem que acusan los difuntos a partir de las tres horas del óbito, pero claramente percibía cierta dificultad al andar. En cambio al aferrarnos todos a la cuerda aquello parecía un turbodiesel.

El caminar era liviano, la compañía de los otros miembros te hacían el viaje entretenido y la confianza que te daba el grupo, al no estar nunca solo en caso de dificultades, te hacía sentirte bien y seguro de ti mismo.

-Que pena que haya muerto- pensaba según le iba cogiendo el tranquillo a la corda. -Esto lo patentas en la vida y te forras. Sólo se trata de amarrarte con sólidos lazos entre un grupo de personas, para hacer más llevaderas las dificultades de la vida y sortear los muchos impedimentos que te acechan. Ya digo: Un invento genial, pendiente de que alguien lo haga suyo y se enriquezca con su explotación.

Al llegar a la cueva nos sentamos todos en círculo y comencé a impartirles las primeras instrucciones y a dejarles bien claro, por qué estaba allí, cuales eran mis instrucciones y a reafirmarles de mi inquebrantable decisión para cumplirlas.

-Mi nombre es Federico y he perdido la vida con cuentas pendientes de resolver- comencé mi discurso de presentación ante el grupo de difuntos mal avenidos, pero muy expectantes.

-He recibido instrucciones claras de que este grupo no ha llegado a encontrar la armonía y no ha conseguido resolver sus asuntos, de modo que yo voy a tomar el mando y entre todos vamos a resolver nuestros asuntos. ¡Ah!, y el mío será el último en resolverse- terminé diciéndoles.

Todos se quedaron mirándome y aquí, mejor que en ninguna otra ocasión, podría decirse que el silencio era sepulcral.

-Lo primero que debemos hacer es presentarnos todos para conocernos- les dije a continuación

-Pepiño, comienza tú mismo y siguiendo el sentido de las agujas del reloj os vais presentando todos los demás.

-Soy José Armas, pero como te dije antes todos me llaman Pepiño Muñón, aunque no sé por qué-

Todos se echaron a reír porque a la vez mostraba su brazo izquierdo luciendo un aparatoso muñón allí donde debía estar su mano.

Me alegré de la ocurrencia de Pepiño, porque eso hizo romper la frialdad del grupo y le pregunté:

-Pepiño, y en síntesis ¿Cuál es tu caso y cuáles son tus cuentas pendientes de resolver para enfrentarte a la muerte, en paz con la vida?

-Hace unos treinta años que salí de mi casa a comprar tabaco y no he vuelto todavía. Me fui a La Argentina donde llevé una vida de sacrificios, de éxitos y de excesos. Al salir de Galicia mi mujer quedaba embarazada de una niña y no quiero morirme sin conocer a mi hija y sin saber qué ha sido de ellos. Cómo han vivido mi ausencia, cómo les ha tratado la vida, qué han pensado de mí. En definitiva, desde que salí de casa tengo un hondo pesar del que no quiero morirme sin quitármelo de encima y sentirme libre de mi pasado.

-Muy bien Pepiño, queda clara tu causa pendiente y el por qué de tu apodo. Por cierto ya nos dirás si lo del muñón ha sido por un lance amoroso o un accidente de trabajo-

-El siguiente- dije mirando al difunto que estaba sentado al lado de Pepiño Muñón.

-Yo soy o Lixeiro del Incio. Me llaman así porque soy camionero y dicen las gentes que me conocen y que me quieren que siempre ando escopeteado. Tenía mi propio camión de gran tonelaje y trabajaba para una empresa de piedras de granitos acarreando bloques desde las canteras a los almacenes. Hace unos días bajaba con el camión cargado y al pasar por un puente provisional cedió un pilar, me despeñé y perdí la vida-

El hombre se calla un buen rato, quizás porque al recordar los luctuosos acontecimientos se le hace un nudo en la garganta que no le deja proseguir, pero reúne las fuerzas necesarias y lentamente termina su pormenorizada presentación.

-Yo soy muy precavido- continua relatándonos -y el día anterior al accidente había revisado la solidez de ese paso. Estoy seguro que alguien manipuló intencionadamente aquel pilar, de modo que he llegado a la conclusión de que aquello no fue un accidente fortuito, aquello fue un asesinato-

Estaba claro cuál era su cuenta pendiente. No quería morir sin conocer a su asesino y sin saber por qué lo asesinó.

La siguiente era una mujer de unos setenta años. El grupo lo formábamos seis hombres y cinco mujeres. Un equipo de fútbol al que si tuviera que ponerle nombre quizás le llamaría "Los Endeudados", ya saben... por lo de las cuentas pendientes.

-Soy Emerita, la pulpeira de Santalla- dijo escuetamente la señora rompiendo a llorar.

Todos nos callamos y esperamos a que la pobre mujer que, obviamente llevaba un hondo pesar en el alma, recuperase el aliento y terminase su relato.

Yo, para intentar ayudarla y para desdramatizar la situación le dije bromeando -Y qué paso Emerita ¿Alguien se marchó sin pagarte el pulpo?

-Si, muchas veces se han marchado sin pagarme el pulpo, pero un desafortunado día vi marchar de mi casa a mi hijo menor y nunca le volví a ver. Algunas personas, para consolarme, dicen que seguramente este haciendo las Américas, pero yo le vi salir vestido para festejar y siempre he tenido el pálpito que un malnacido me lo ha matado. No quiero morirme sin besar la tumba de mi hijo- termina la mujer en un auténtico valle de lágrimas.

A todos se nos encogió el corazón con el relato de Emerita, pero había que continuar las presentaciones y no caer en lamentaciones personales, porque obviamente todos los que estábamos allí teníamos una pena que saldar.

La siguiente era una niña que no aparentaba más allá de los catorce años y que no despegó los labios desde que me incorporé al grupo, aunque estaba atenta a cuanto sucedía a su alrededor.

-¿Y tú cómo te llamas?- le pregunté ante el silencio y la falta de iniciativa de la niña.

-Loliña- respondió escuetamente.

-¿Y por qué estas aquí Loliña?- le volví a preguntar.

-Eu que che sei- fue su meditada y aclaratoria respuesta y como podrán suponer, significaba que no tenía ni idea de por qué estaba aquí, ni creo yo, de lo que le estaba preguntando.

-¿De dónde eres y qué edad tienes?- volví nuevamente a intentar conseguir una respuesta clarificadora de la niña.

-Non che sei- fue también su clarificadora y documentada respuesta.

-¿No sabes de dónde eres o no sabes qué edad tienes?- volví a insistir para conseguir al menos una respuesta.

-Es de Bóveda y debe tener unos doce años- me responde El Carabiniero tratando de ayudar a la niña y a mí.

-Y claro ¿Tú no sabrás el asunto que tiene pendiente?- le pregunté al Carabiniero tratando de averiguar cuál era la tarea que teníamos que resolverle a la niña.

Niega con la cabeza y añade -¿Por qué crees que nos hemos quedado embarrancados? Ella es una de las causas, pero no es la única- me dice lacónicamente.

Desde luego que no era la única. La siguiente era una mujer de unos cuarenta años, guapa, bien vestida, de pelo caoba y porte distinguido. Una mujer que exudaba clase por donde la mirases, pero claro tenía sorpresas. La primera sorpresa fue cuando la invité a que se presentase y nos contase sus asuntos, y nos los contó, joder que si nos los contó.

-Oiga usted ¿Qué es eso de tutearme? Yo soy una señora distinguida y a mi no me va a tratar como a esta pandilla de degenerados. La niña esa es una epiléptica apocada que no ha hecho otra cosa en la vida que comer la sopa boba. Ni siquiera estaba escolarizada. Ese- dice señalando a un hombre desarrapado, flaco y malencarado –Sí, ese que esta mirándome y

perdonándome la vida es el sepulturero de Quiroga y lo lincharon hace unos días porque lo sorprendieron violando a una difunta que estaba en el depósito.

-¿Y El Carabinero?- continua relatando sin que nadie se atreviera a pararla -Menudo sinvergüenza, era la corrupción personificada. Que le diga, que le diga. Él era el que les suministraba la droga a los camellos. Y claro no digamos de esa zorra- dice señalando a una señorita ataviada provocativamente y con pinta de pilingui.

-No señora, no. No digas más cosas que no te hemos preguntado tanto- le corté tajantemente tratando de apaciguar la trifulca que ella solita había organizado.

-Oiga Federico- me dice uno de los más ancianos del grupo acercándose para llamar mi atención. -Vera- me dice el hombre con voz cansina y desbordado por el guirigay montado por la señora con buen aspecto, pero con un genio endiablado -Soy Camilo y es mi deseo abandonar el grupo. Renuncio a mi derecho de buscar una muerte sosegada y prefiero arrastrar mi pena por la eternidad, que seguir soportando este infierno. Esta tiparraca es una tocapelotas y mi paciencia ha llegado al límite-

-Silencio- grité enfurecido pero con poca fortuna, porque di pie a que nuevamente Lady Veneno soltase al viento nuevas esencias cargadas de un apestoso aroma.

-No se deje engañar por Don Camilo- dice furiosa dirigiéndose hacia mí -Que le diga, que le diga cómo le llaman, para que sepa usted quiénes son esta gentuza.

Don Camilo me mira cansado y desbordado por la situación y como ratificando su petición de renuncia me dice:

-Me llaman El Avánto de la Vineíra. Siempre he tenido un afán desmedido por acumular riquezas y acumular poder, costase lo que costase. Era mi intención ver saciada mi voracidad de acumular bienes, pero como le dije antes, renuncio y deseo abandonar el grupo-

Reconozco que tuve que emplearme a fondo. Reconozco que hasta es posible que sintiese auténticas ganas de repartir cachetes. Reconozco que

cuando agarré entre mis manos la cara de La Tocapelotas dos sentimientos turbaban a la vez mis deseos: Sentía ganas de retorcerla el pescuezo y sentía ganas de besarla enloquecidamente, porque esta hija de puta tenía un voluptuoso cuerpo de almanaque coronado por una encantadora cara de ángel. Guapa, sensual, distinguida y lengua viperina, la muy crispadora.

Así que acerque cuanto pude mi cara a la suya hasta sentir su inexistente aliento sobre mi boca, y con los ojos enrojecidos de furia y de deseo le pregunté ¿Te vas a callar?

-Si, perdone- me dijo con voz apesadumbrada y con evidentes signos de una extraña excitación que no llegue a comprender, pero que desde luego surtió efecto, porque por fin se hizo el silencio.

-Bueno, por hoy ya esta bien- les dije a todos -pero dos cosas más antes de irnos a descansar. Primero: nadie se va a marchar del grupo sin haber zanjado sus cuentas con la vida, y segundo: todo el mundo a buscar garabullos para prender una lareira y pasar la noche al abrigo da xeada.

El día había sido largo y azaroso, la noche se presentaba fría y estrellada, la concurrencia sosegadamente buscaba acurrucarse al calor de la lareira. Les fui echando un vistazo a todos aprovechando las luces de las ascuas y traté de recordar los nombres y las causas de cada uno.

Allí estaba Loliña, que la pobre niña no sabia de nada; o Lixeiro que quería descubrir a su asesino; Pepiño Muñón que quería conocer a su hija; la pulpeira de Santalla que quería besar la tumba de su hijo; Don Camilo, El Avánto de la Vineira que quería saciar su insaciable sed de riqueza; El Carabinero, La Zorra y El Sepulturero que no había tenido la ocasión de preguntarles por sus cuentas pendientes.

Y estaba La Tocapelotas, guapa, atractiva y glamorosa, que sí había tenido la ocasión de contarnos sus cuentas, pero que mejor hubiera sido no haberla preguntado.

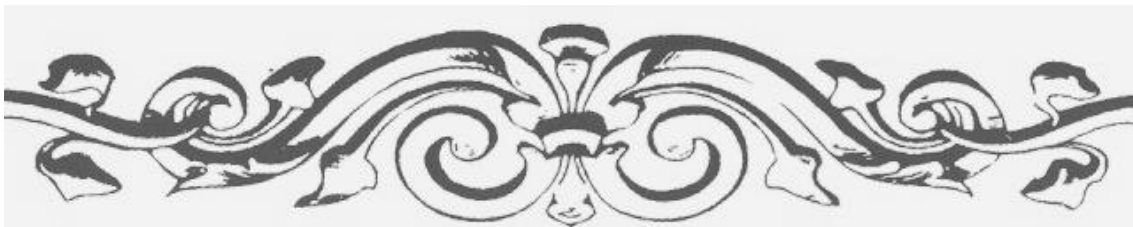
Y aún había alguien más. Estaba una mujer enjuta, vestida de negro riguroso, de manos firmes y nerviosas, de ojos escudriñadores y de semblante hermético, con la que no pude intercambiar ni una sola palabra en todo el día.

-Es La Meiga de Sarria- me susurra El Carabinero que se había percatado de mi interés por ella.

La mujer, que inmediatamente se dio cuenta que estábamos hablando de ella, fijó de manera fulminante su vista en mí y como en una reverencia asintió.

-Mañana hablamos- le dije tratando de transmitirle mi interés por ella y que no la tenía abandonada.

Ella esbozó una tímida sonrisa y la noche nos fue envolviendo, el sueño nos fue rindiendo y allá, a lo lejos, me pareció ver que un jinete, montado sobre un caballo Alazán llamado Superstición, cabalgaba por la Sierra de Fornelas.



CAPITULO-IV El muñón es bello.

*E*l día amaneció nublado y de un gris plumizo. El orballo, persistente e inclemente, te humedecía la cara y te entristecía el semblante. La lareira, aún humeante pero sin brasas, ni te calentaba el cuerpo, ni te dejaba disfrutar del aire fresco de la mañana. Y el grupo de la Santa Compañía, parsimoniosamente, se desperezaba, atusaba la ropa y acicalaba el rostro.

-¡Fai un sol de carallo!- entró gritando Pepiño Muñón, animando a la concurrencia y despertando a los rezagados.

Sol la verdad es que no hacía, pero como si lo hiciese, porque no sé cómo ni de dónde, sacó unos chubasqueros amarillos, nos los enfundó a todos y apenas en un santiamén A Corda estaba nuevamente en marcha.

Baldomero, el sepulturero de Quiroga y Kika la Zorra capitaneaban A Corda y eran ellos los que elegían el rumbo entre los caminos que transitan entre la sierra de Fornelas y Monforte de Lemos, que era nuestro primer destino según habíamos acordado a la salida.

En Monforte no había cuentas para solucionar, pero es una ciudad con mucho comercio y queríamos poner al día la indumentaria de algunos de los miembros que conformaban La Santa Compañía, que los pobres, más que difuntos de provecho, parecían pordioseros. Y queríamos asimismo hacernos con alguna intendencia imprescindible y gestionar recursos económicos para solventar necesidades perentorias.

Como pueden suponer, ver a once personas agarrados a una cuerda, transitando por caminos intransitados e intransitables y todos enfundados en chubasqueros amarillos, no era cosa de lo más corriente. Y nada corriente fue el comentario de aquel joven tractorista con el que nos topamos apenas iniciada la marcha.

-!Ahí va que movida! ¿Pero de qué vais?-

Nos grito al pasar a nuestra altura con cara de incrédulo y como si estuviera viendo visiones. Nosotros no hicimos el mínimo caso y continuamos el camino, sin ni siquiera darle las gracias por haber metido el tractor en la cuneta y habernos cedido el paso.

Claro que nuestro siguiente tropiezo fue aún peor. Nada más doblar una curva en un camino estrecho y frondoso, nos dimos de frente con una anciana que estaba apañando castañas por el lugar. La mujer nada más vernos se llevo un susto de muerte, se volvió rápidamente de espaldas al camino y sobresaltada, se persignaba nerviosa y repetía convulsivamente:

“Santa Compañía”, “Santa Compañía”.

Continuamos como una hora más el camino sin ningún otro sobresalto y llegamos a una dehesa muy poblada y frondosa donde paramos para descansar un poco y reconsiderar la situación.

-Así no podemos seguir- le dije a Baldomero. -Como no tengamos más cuidado, dentro de un rato vamos a tener a la guardia civil persiguiéndonos.

-A partir de ahora seguiremos por un camino que sale de la dehesa y transcurre por una zona espesa de vegetación, donde nunca hay nadie-dice Kika La Zorra, reafirmandose en continuar la ruta que inicialmente habían trazado.

-¿Y tú cómo lo sabes?- le pregunta irónicamente La Tocapelotas. ¿Es que ésta era tu zona de puterio?

Esta mujer era una crispadora profesional. Con ella no había tregua, daba caña a diestro y siniestro. Claro que inmediatamente tuvo la respuesta adecuada.

-Si señora, es cierto, tiene usted razón. Por esta zona es por donde La Kika ejercía la prostitución- le contestó contundente y lleno de ira Baldomero, el sepulturero de Quiroga.

-Por estos caminos era por donde traía a sus clientes para darles unos minutos de la felicidad que no encontraban en sus hogares. Por cierto, su marido debía ser uno de los mejores clientes de La Kika- terminó categórico El Sepulturero.

-Oiga usted- le replicó La Tocapelotas indignada -Mi marido es un hombre muy religioso e influyente que ocupa un puesto muy importante en el gobierno autonómico. No precisa irse de burdeles y menos con putas de esta calaña, porque todo lo que necesita lo tiene en su casa y además practica la abstinencia sexual para no pecar, pero supongo que usted de eso no ha oído ni hablar.

-No señora, no se equivoque- le replica El Carabinero que tercia también en la discusión. -Su marido no practica la abstinencia sexual para no pecar, sino para no vomitar follando con usted, por eso tenía que irse de putas. Yo le conocía bien y era un salido que babeaba tras cualquiera y lo mismo le daba carne que pescado. Se le notaba a la legua que buscaba fuera de su casa, lo que no encontraba dentro de su cama.

La Tocapelotas echaba espuma por la boca de la rabia. Todos estaban contra ella y el rifirrafe iba en aumento hasta que Loliña cortó la discusión tajantemente con una pregunta de lo más inocente para ella.

-¿Qué es una puta?- preguntó lánguidamente.

-Venga, todo el mundo a la cuerda- les dije aprovechando la tregua y antes de que se volviera a soliviantar el gallinero.

Disciplinadamente retomamos la marcha, no sin antes habernos despojado de los chubasqueros amarillos por haber escampado. De esta

manera pasábamos más desapercibidos, en el caso de que tropezáramos nuevamente con algún desconocido, que por cierto no fue el caso y la Kika tenía razón de que ese sendero era un lugar intransitado y umbrío.

Al llegar a Monforte nos dirigimos al Malecón y nos fuimos acomodando en los bancos que están en la margen del río. Para no llamar demasiado la atención montamos la estrategia de dispersarnos a lo largo del Malecón, empezando desde la altura del hotel Puente Romano hasta el pasadizo de madera que atraviesa el río Cabe, aproximadamente hacía la mitad del Malecón.

Habíamos acordado cubrirnos lo suficiente y camuflarnos para que nadie pudiese reconocernos, pues por éste paseo, aunque poco transitado, podía pasar alguien que reconociera a alguno del grupo, teniendo en cuenta además que La Tocapelotas era de Monforte y a buen seguro alguien podría reconocerla y llevarse un susto de muerte al ver a la muerta paseando tranquilamente por las calles.

El primero que salió a hacer recados fui yo, aunque no salí solo. Salí con Emerita, La Pulpeira de Santalla. De esta manera ambos cogidos del brazo, no llamábamos la atención y nos ayudábamos mutuamente en nuestro torpe y lento caminar.

Lo primero que hice fue saquear todos los cajeros que pude. Por suerte en el accidente no perdí mi cartera y conservaba intactas todas mis tarjetas de crédito, con lo que pude obtener un buen zurrón de billetes. A continuación entré en un comercio y compré alguna ropa para mí y un equipamiento completo para El Sepulturero, porque el hombre metía miedo al verle con aquella facha.

-No se va a probar ninguna ropa- me pregunta el dependiente extrañado por la cantidad de prendas que me llevaba y lo rápido que decidía entre las que me mostraba.

-No-, le digo con toda naturalidad y tratando de no levantar suspicacias. -Me las pruebo tranquilamente en casa y si alguna no fuese de mi talla vengo a cambiarla.

-A claro- me dice el dependiente como dominando la situación -Le voy a dejar la etiqueta puesta a toda la ropa y nos trae las prendas que no le valgan-

Me valga o no me valga por aquí no vuelvo a aparecer, me dije para mí, porque menudo espectáculo iba a dar si me empiezo a probar las prendas. Con la rigidez que llevaba encima y que como eran para El Sepulturero las cogía un par de tallas más grandes, si me las pruebo iba a dar el cante.

Nada mas regresar al Malecón, salieron Pepiño Muñón y Kika La Zorra a gestionar asuntos. Antes de marcharse le advertí a Pepiño:

-Haz lo que quieras pero trae ropa para poner a La Kika con otras pintas, y a ver si le echas imaginación y podemos darle otro aire a Emerita- que la pobre parecía una difunta recién salida de la tumba, y no era así, porque la pobre mujer había salido hacía ya varios días

Se marcharon ambos y no tardó en acercárseme Loliña -¿Puedo salir a comprar una cosa aquí al lado?

-Claro que si Loliña, pero no puedes ir sola- le contesté a modo de disculpa para no dejarla salir.

-Yo la puedo acompañar- se ofrece generosamente La Tocapelotas.

-¿Tienes algo que comprar?- le pregunté un tanto sorprendido por el ofrecimiento y porque no me parecía a mí que esta tía tuviese necesidad alguna, dado lo elegante y bien equipada que iba.

-Si- me contesta con aplomo -necesito una lima de manicura. Tengo las uñas arruinadas-.

Esta mujer era todo un carácter. Todos los difuntos estábamos preocupados por saldar nuestras cuentas y despreocupados por los cuerpos, dado que ya no tenían necesidades y ella, ni muerta, renunciaba a su sofisticado estilo de belleza.

Les di el dinero que me pidieron, que fue realmente muy poco, y las deje marchar. Aprovechando el tiempo muerto y la placidez del lugar, fui a sentarme con La Meiga de Sarria para ver qué la sacaba.

-Me llamo Resurrección- me dice ceremoniosa y parlanchina -yo ya nací predestinada para ejercer el oficio de meiga. Soy hija y nieta de meiga y mi hija también será meiga- me dice con orgullo y rotundidad.

-¿Tú crees Resurrección que estos tiempos son tiempos de meigas?- le pregunté un tanto incrédulo por el firme convencimiento que tenía de que su hija continuaría la dinastía.

-Naturalmente- me dice muy segura y campechana -cada tiempo tiene su afán y sus peculiaridades, pero en lo básico, cambiar no cambia nada. Mire usted y analice: hace mil años ya existían sepultureros, transportistas, alguaciles, pulpeiras, putas, escribientes, meigas y usureros y dentro de otros mil seguirán existiendo y haciendo más o menos lo mismo, aunque la puesta en escena lógicamente será algo diferente.

-Si, es cierto todo lo que dice- le contesté convencido por el razonamiento -pero yo creo que meigas va a ser muy difícil que sigan existiendo dentro de mil años.

-Claro que seguirán existiendo- me vuelve a contestar convencida de sus planteamientos -aunque muy posiblemente se llamarán de otra manera. Fíjese, usted es abogado pero ese nombre es relativamente nuevo, aunque antes ya existían y les llamarían escribientes o picapleitos. Pues con las meigas ocurre igual. Ahora las llaman psicólogas, sanadoras, masajistas, adivinatoras o psiquiatras, enfatizando esto último, pero hacer hacen lo mismo que las meigas.

-¿Tu hija es psiquiatra?- le pregunté un tanto extrañado por el énfasis con que lo mencionó.

-Si- me confirma con satisfacción -esta haciendo la especialidad en el Hospital 12 de Octubre de Madrid y me he muerto sin poder hacerla entrega de un trabajo de investigación que he venido realizando durante toda mi vida basado en mi experiencia como meiga.

-Pero Resurrección- le digo conciliador y sin querer herir sus sentimientos -los médicos psiquiatras reciben una formación muy científica y profesional. ¿Tú crees que tu hija va a necesitar de tus experiencias como meiga?

-A claro que si- me dice plenamente convencida -yo aprendí mucho de mi madre y mi madre de la suya. Mi hija aprenderá mucho de mí. Vera, yo a lo largo de mi vida recibí a miles de pacientes, pero sobre todo me especialicé en los que padecían de esquizofrenia. He ido minuciosa y meticulosamente escribiendo los síntomas de cada uno y las reacciones de mis tratamientos y he llegado a conclusiones muy determinantes. No quiero morirme sin entregarle ese trabajo a mi hija, porque estoy segura que ella, con sus conocimientos y mis experiencias, dará un gran paso en el tratamiento y la curación de esta enfermedad.

Resurrección, la meiga de Sarria, relató y relató y me quedé muy sorprendido por la clarividencia y soltura de esta mujer. Yo, como todo el mundo por estos lugares, creer no creía en meigas, pero saber sí sabía que existían, pero no podía ni tan siquiera sospechar que sus prácticas y sobre todo sus conocimientos fuesen tan concluyentes y documentados.

Yo a estas alturas ya me creía cualquier cosa. Creía en la Santa Compañía, y no sólo creía sino que además capitaneaba una Corda. Creía en meigas porque Resurrección, La Meiga de Sarria, me demostró unos conocimientos y prácticas irrefutables, pero en lo que no podía creer es en lo que en ese momento estaba viendo.

Todos de pie mirábamos hacia una pared a la altura del pasadizo de madera que atraviesa el río Cabe por donde venían Pepiño y La Kika. De pronto Don Camilo rompió con una sonora carcajada y todos, absolutamente todos, nos destornillábamos de risa contemplando la pintada que Pepiño acababa de hacer con un spray en una tapia. El mensaje era definitorio, la letra muy bien garabateada y el texto no podía ser más elocuente:

El muñón es bello

Pepiño y la Kika llegan hasta los bancos de la ribera del río y descargan todos los paquetes que traían. Pepiño no se entretiene demasiado y sale en busca del Lixeiro, le cuchichea algo al oído y apresurados vuelven a salir los dos hacia el centro de Monforte.

Aquello era un ir y venir, porque según salían Pepiño y El Lixeiro por la altura del puente romano, entraban por el pasadizo de madera La Tocapelotas y Loliña. Loliña con una bolsa llena de barras de pan, La Tocapelotas con la lima de uñas haciéndose la manicura.

-¿Has visto la pintada de esa pared?- me dice irónicamente La Tocapelotas al llegar a mi altura.

-Si- le digo risueño -la acaba de pintar Pepiño.

-Joder- me contesta desafiante -pues ahora lo único que nos falta es que vaya La Zorra y ponga "polvos a diez euros".

No la hice caso para no darla argumentos, pero si la pregunté ¿para qué quería Loliña tanto pan?

-Y yo que sé- me dice con desgana y desligándose del asunto, pero no hacían falta muchas explicaciones, porque enseguida la vimos acercarse a la orilla del río, se sentó sobre la hierba, alegre como un cascabel y parsimoniosamente comenzó a tirarles migas de pan a los patos y a los cisnes que navegaban por esa parte del río.

Aprovechando que Baldomero estaba solo, sentado en un banco bastante retirado de todos, me acerqué a él para ver si podía completar la lista de cuentas pendientes del grupo. Este hombre tenía modales de huraño y su peculiar vestimenta le daba un deplorable aspecto de zarrapastroso. Era reservado, desconfiado y muy poco hablador, pero gracias a mi perseverancia y buen trato, poco a poco me fui haciendo con él y ganándome su confianza.

-Yo no he conocido otro mundo más que el cementerio y no he tratado a otra gente más que a los muertos- me dice como reflexionando y con cierto aire de amargura.

-Desde niño estuve al cuidado del antiguo sepulturero y a su muerte continué yo solo. Nadie me pidió cuentas y a nadie tuve que dar explicaciones. Conocía el oficio y las autoridades me conocían, de modo que no hizo falta ningún papel.

El hombre daba vueltas y rodeos y no sabía cómo exponerme aquel escabroso asunto de su muerte, así que tuve que tomar la iniciativa y preguntárselo directamente.

-¿Lo de tu muerte debió de ser una salvajada?-. El hombre se sintió aliviado por abrirle el camino y comenzó un relato que a mí me encogió el alma y me puso la carne de gallina.

-Toda mi vida ha sido una salvajada y mi muerte no ha sido más que una consecuencia lógica de los disparates que se producen entorno a la muerte. Antes la gente velaba toda la noche los cadáveres y sus allegados no se separaban de ellos hasta dejarlos enterrados y a buen recaudo, pero hoy la gente tiene prisas por pasar cuanto antes el mal trago y los depositan en los nichos sin apenas haber completado el rigor mortis y sin sellarlos siquiera con unas paladas de cemento. Así que poco a poco y gracias a las muchas facilidades que me daban, me fui aficionando a unas prácticas inconfesables.

-Baldomero, El Sepulturero de Quiroga, estaba pasando muy mal trago relatándome sus desviaciones y su desventurada vida, así que traté de aliviarlo y desdramatizar la situación.

-Mira Baldomero, la necrofilia es una desviación sexual más corriente de lo que se piensa. Muchos la practican como una morbosa fantasía y otros, los que como tú, tienen la posibilidad de llevarla a cabo, lo hacen como una desdichada realidad. Parece que tú tuviste un mal momento y la familia se tomó la justicia por su mano ¿no es así?- terminé preguntándole con toda cortesía.

-No, no lo crea- me dice muy seguro y convencido. Como le dije, yo me aficiono a prácticas inconfesables, pero ese día me trajeron al depósito una chica de familia desestructurada y vida desenfrenada. Había fallecido víctima de las drogas y del alcohol. Por allí no pasó absolutamente nadie a verla y las autoridades me la dejaron en el depósito desnuda y aún caliente para hacerla la autopsia al día siguiente, porque el señor forense se había ido con su señora de compras y no le venía bien ese día venir a hacer su trabajo-

-A eso de la medianoche- continua relatando Baldomero -en el cementerio no había ni un alma, así que me dirigí hacia el depósito seguro y confiado de que nadie me iba a sorprender, pero una pandilla de chavales, amigos de la fallecida, decidieron esa noche, después de haberse emborrachado hasta las cejas, venir al depósito a velar el cadáver y me pillaron en las peores circunstancias.

-Ya ve usted lo que son las cosas, la familia ni se presenta, las autoridades ni se molestan y un grupo de borrachos que esa noche no tenían nada mejor que hacer, vienen, me sorprenden, me patean hasta reventarme y finalmente me cuelgan de una soga dentro del mismo depósito hasta sacarme el poco aliento que me quedaba.

Ya le digo- me dice con una mueca de amargura en el rostro -una salvajada por mi parte, una salvajada por parte de los chavales, una negligencia por parte de las autoridades y una irresponsabilidad por parte de la familia.

Los dos nos quedamos un rato enmudecidos, pero a mí me urgía concretar sus cuentas pendientes y saber el motivo que le había conducido a formar parte del grupo de la Santa Compañía y se lo pregunté directamente.

-Pues ya se lo puede imaginar usted- me dice reflexivo y fijando la vista en el suelo. -Mi vida ha sido una autentica desdicha. Jamas he conocido ni me he relacionado con ninguna chica, pero claro eso no quita para que mis deseos no fuesen como los de cualquier otro ser humano. He ansiado toda mi vida estar con una mujer, pero sólo lo he conseguido después de muertas, así que no quiero morirme sin conocer, al menos por un día, lo que es el verdadero amor.

-De qué habláis ¿de amor?- nos pregunta Kika La Zorra que, intrigada por nuestro extenso coloquio, se había acercado hasta nuestro banco para entrar en la conversación.

Yo aproveché la ocasión, los dejé solos y me acerqué hasta donde estaba Loliña que continuaba ausente de cuanto la rodeaba, echando migas de pan a los patos y a los cisnes y que por cierto había conseguido congregar a una numerosa clientela entorno a ella.

Me senté a su lado y cariñosamente y con mucha paciencia le pregunté por sus cuentas pendientes. Le pregunté cómo había muerto y las circunstancias que la habían traído hasta el grupo de La Santa Compañía. Le dije que tratara de recordar el pacto a que había llegado con La Muerte. La hice que parara de su tarea de alimentar a la fauna del río y que se esforzara en recordar sus asuntos pendientes en la vida.

Llamé a la Tocapelotas para que me ayudara a sonsacarla y para ver si entre los dos adivinábamos por donde iba el asunto, pero todo fue inútil. Mirar sí que nos miraba, aunque con muy poco entusiasmo. Atención ponía la justa, pero la ponía, pero su respuesta siempre era escueta y muy contundente: No sé.

Me cansé y allí las dejé a las dos. La Tocapelotas preguntándola y Loliña echando migas de pan. Las dejé enfrascadas en sus asuntos, pero estaba seguro cuál sería el resultado final: la Tocapelotas terminaría echando migas de pan a los patos y Loliña seguiría sin saber ni dónde estaba ni por qué estaba.

Me acerqué hasta el banco donde estaba sentado El Carabinero y le conté mi desesperación con Loliña, por si él, que la conocía de antes, podía saber algo del asunto y orientarnos por dónde podían ir las cuentas pendientes de esta niña.

-No tengo ni idea- me dice con cierto tono de fatalismo -Loliña vivía en la localidad de Bóveda con su madre y con su padrastro. Una pareja de borrachos, maleantes, mal nacidos, pendencieros y peor criados. Yo creo que la niña era violada por su padrastro y por los amigotes de su madre de una manera rutinaria.

-Su madre, la muy hija de puta, la tenía sirviendo por las casas del vecindario, de modo que la pobre niña no conoció otra cosa que no fuera violación y explotación. Nunca, que yo sepa estuvo escolarizada y nunca, que yo sepa, tuvo un juguete que le alegrase la vida.

-¡Joder!-, le respondí malhumorado. -Y si vosotros conocíais la situación ¿por qué coño no lo habéis impedido?-

-Eso- me dice apesadumbrado -está relacionado con mis cuentas pendientes. Veras, en esta comarca no se puede hacer nada sin el consentimiento del señor juez. Un hombre muy bien relacionado con el poder y los hacendados. Es el mayor sinvergüenza de la región y mueve todos los hilos del negocio de las drogas, de la prostitución y del contrabando del tabaco. Él es la ley única e indiscutible por estas tierras y la ha amoldado a sus intereses.

-El padrastro de Loliña- nos sigue relatando el Carabinero -es un esbirro al servicio del juez. Cuando nosotros no podíamos hacerle un

servicio, que por cierto eran pocos, pues mandaba a esa gentuza y claro, tenían bula y campaban a sus anchas. Lo de Loliña, con ser muy grave no era lo peor. Por aquí hemos tenido varios asesinatos sin esclarecer las causas y por supuesto, sin detener a los culpables, aunque todos los conocíamos y sabíamos cómo dictaba el señor juez sus sentencias. Nosotros le llamábamos el Juez Campeador.

-Esta situación por desgracia ni es nueva ni es única- le digo al Carabiniero sabedor de otras situaciones similares. -Delincuentes se dan en todas las profesiones, pero cuando un juez es un malhechor, la situación siempre es más sangrante que en otros casos-.

-¿Y qué cuentas pendientes tienes con el Juez Campeador?- le pregunté finalmente.

-No quiero morir sin verlo colgado de un árbol- me dice cargado de odio y de decisión.

-Galicia es una tierra de gentes sanas, alegres y trabajadoras, pero últimamente a los gallegos ya se nos relaciona abiertamente con el tráfico de drogas y eso no es por casualidad, es porque estos hijos de puta les dan cobertura y apoyan sus fechorías. Yo ya sabía, cuando me mandaban realizar un servicio por una carretera intransitada, que por la carretera transitada pasarían mercancías que ningún agente debía examinar. Ese malnacido tiene que pagar por tanta maldad- termina sentenciando.

-Joder, colgar a un juez no es una tarea fácil precisamente- le digo receloso. -Haber cómo lo conseguimos, porque nosotros tampoco estamos sobrados de recursos para hacer proezas a estas alturas.

-Ya se nos presentará el momento y la ocasión y por recursos no te preocupes- me dice muy seguro y sin vacilaciones -es más valioso la decisión para hacerlo que los medios para conseguirlo-.

Dejé al Carabiniero y regresé hasta la orilla del río donde Loliña continua infatigable con su tarea.

-¿Has conseguido algo? -le pregunté sin muchas esperanzas a La Tocapelotas.

-Si- me dice exhausta -ya he conseguido que los patos me cojan confianza y que coman en mi mano.

Nos sentamos los dos en un banco mientras Loliña continuaba enfrascada echándole pan a los patos y ausente de cuanto la rodeaba.

-Yo creo que realmente esta niña no sabe por qué esta aquí- me dice La Tocapelotas muy conciliadora.

-Y tú Lucía- que así es como se llamaba La Tocapelotas -¿por qué estas aquí?- me atreví a preguntarla para ver si esta vez había suerte y se mostraba colaboradora.

Ella no dijo nada. Sencillamente se abrazó a mi cuello y me besó con la pasión que besan los enamorados, con el ardor que ponen los amantes y con la entrega de quien se entrega por primera vez. Yo, pasivo y desconcertado pero desde luego gratificado por el inesperado regalo, dejaba hacer y Lucía hizo lo que quiso y cuanto quiso.

Al cabo del rato se separó, me miró a los ojos y como toda explicación dijo -es que pasaba una persona que me conocía y lo hice para que no me viera.

Desde luego una persona había pasado cerca del banco donde estábamos sentados, pero no tuve la impresión de que nos mirase. En cambio si que tenía la certeza de que Lucía, nuevamente mostraba un extraño estado de excitación.

-Lucía- le pregunté con el más suave tono de voz que me era posible y casi susurrándole al oído. -¿Tienen algo que ver tus más que evidentes alteraciones con tus cuentas pendientes?

-Ya te contaré, ya- me dice tratando de sosegar y recomponiendo la figura. -Ya te contaré yo hasta donde es capaz de llegar una mujer fogosa y desatendida.

Entre idas y venidas, anécdotas, cuentos y relatos, se fue pasando el día y haciendo la noche. Las luces del Malecón, tenues primero y resplandecientes después, nos fueron arremolinando a todos en los bancos próximos al puente romano. Cada grupillo hablaba de sus cosas y las cosas cada vez estaban más claras. Yo me levanté para dar un pequeño

paseo por la margen del río, deleitarme escuchando la algarabía de los miles de pájaros en los árboles y desentumecer las piernas.

Cuando regresaba me crucé con una chica de pelo alborotado que estaba paseando al perro. Nada más llegar a mi altura el perro se lanza a ladrarme y a gruñirme y la chica tuvo que hacer auténticos esfuerzos para detenerlo.

La chica, muy violenta por la situación, opta por coger al perro en brazos y algo más calmado por la protección de su ama, me pide disculpas.

-No sé lo que le pasa hoy al cadelo- me dice muy turbada -este cadelo no ladra a nadie y a esos señores casi se los come- dice señalando hacia uno de nuestros grupos que estaban sentados unos bancos más allá

-Parece como si el cadelo hubiera visto a un espíritu- termina diciéndome a modo de disculpa y desde luego muy turbada por la situación que el perro le había provocado.

El perro, que aún en brazos de su ama no dejaba de mirarme y gruñir, hizo un intento desesperado de zafarse de los brazos de la chica y salir huyendo.

-Lo ve- me dice corroborando sus palabras -este cadelo parece que esta viendo visiones.

En esto la chica vuelve la cabeza hacía atrás y se queda muy extrañada observando al grupo de difuntos que componían la Santa Compañía que, expectantes por lo que estaba sucediendo, nos miraban muy intrigados.

La chica me mira detenidamente, contempla el estado de pánico en que se encontraba el perro y vuelve a mirar al grupo y, como cayendo en la cuenta dice:

-!Ah claro!-. Y se quedó en un largo silencio.

Yo miré a la chica y vi allí, en la profundidad de sus ojos, toda la idiosincrasia de un pueblo ancestral y costumbrista. Vi dibujada en las facciones de su cara, toda la suave belleza de la orografía de una tierra dulce y melancólica y vi en su insinuante sonrisa, la alegría y las ganas de

vivir de un pueblo heredero de una cultura tres veces milenaria, amante de la naturaleza y del folklore y armónicamente integrado con su tierra y con su tiempo.

Todas esas cosas pude contemplar durante el largo silencio de la chica que, en sus brazos, sostenía un animal preso del pánico y que por dos veces tuvo que repetir: señor, señor- para poder reintegrarme a la realidad del momento.

-Perdone, ¿me decía algo?- le dije un tanto desconcertado.

-Yo soy la gerente del hotel Puente Romano- me dice señalando el edificio que quedaba a su espalda. -Si quiere les puedo dar alojamiento por esta noche. Estamos fuera de temporada y tengo algunas habitaciones vacías. No les cobraré nada.

-Creo que no va a ser posible- le dije agradecido y titubeante.

-Bueno, pues quizás puedan pasar la noche en esa casa de puertas azules- me dice señalando una casa con una gran balconada en la otra orilla del río.

-Es de unos indianos que sólo vienen a pasar un mes en el verano. Estarán cómodos y nadie les molestará porque en los alrededores no hay vecinos. La llave la tienen debajo de una maceta con una hortensia azulada en la puerta del jardín.

-Si, ahí si será posible pasar la noche- le dije complacido por el ofrecimiento.

La chica esbozó una amplia y sugerente sonrisa y se alejó, Malecón abajo, incrédula por lo que había visto y satisfecha por lo que había hecho.

La casa era amplia y cómoda. Tenía un enorme salón presidido por un ventanal mirando al río y al puente romano que, a esas horas de la noche, ya tenía encendidas las luces que resaltaban su majestuosa y vetusta arquitectura. Todos nos fuimos acoplando en torno a una enorme chimenea que Don Camilo y el Lixeiro habían encendido aprovechando las muchas reservas de leña que los indianos guardaban en un cobertizo al lado de la casa.

Pepiño y yo comenzamos a repartir los contenidos de las bolsas de la compra. Para Baldomero, El Sepulturero de Quiroga, un equipamiento completo. Ropa moderna, deportiva y con mucho colorido. Queríamos transformar ese aire tenebroso que portaba, por algo más desenfadado. Queríamos en fin hacer de él un difunto de provecho.

Para Kika La Zorra, también una bolsa bien repleta de prendas de vestir discretas y elegantes. Para Loliña unas botas de colores, que la pobre calzaba unas alpargatas remendadas. Para Emerita, La Pulpeira de Santalla, una pañoleta de alegre colorido que, allí mismo le plantó en la cabeza Pepiño, despojándola previamente de aquella mortuoria saya negra que la cubría cabeza y rostro.

La noche fue alegre y divertida aunque quedaban todavía algunas sorpresas. Como la escoba que le regaló El Carabinero a La Meiga de Sarria para que le enseñase a volar en escoba y quedaba la caja de habanos que le regalo Pepiño Muñón a Don Camilo.

Él se quedó sorprendido por el regalo, lo abrió y sólo acertó a decir:

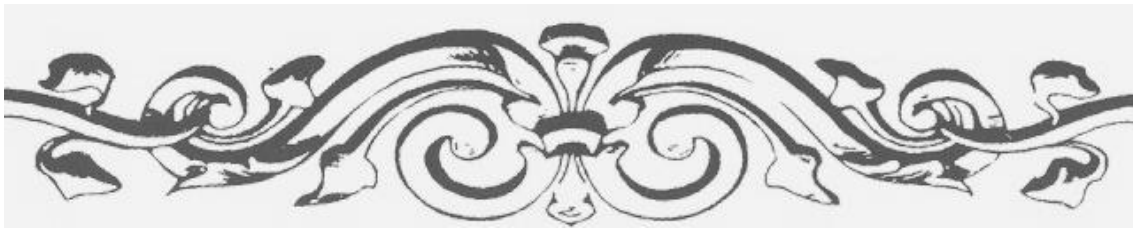
—Unos Cohibas espléndidos. Hace años que no me fumo uno de éstos, pero no tengo con qué pagarte.

-Si, si lo tienes- le contradice Pepiño. Fúmame uno siempre que estemos en grupo, así todos disfrutaremos viéndote saborearlo y mitigaras el maldito olor a formol que soltamos todos juntos.

Y aún quedaban sorpresas. La Tocapelotas delicadamente peinaba el sedoso cabello de Loliña. La Pulpeira y La Meiga charlaban de conocidos comunes y de tiempos pasados. Don Camilo y El Lixeiro daban buena cuenta de un par de olorosos habanos. Pepiño, El Carabinero y yo planeábamos la ruta para el siguiente día, pero de pronto todos quedamos enmudecidos y mirando a una puerta por donde aparecieron vistiendo su nueva indumentaria Baldomero y La Kika.

A veces, sólo a veces, se consigue alcanzar la felicidad. Es entonces cuando, por adelantado, comienzas a disfrutar de la gloria en la tierra y presientes que allá, en alguna parte, es posible que exista el jardín del Edén, donde los hombres y las mujeres disfruten eternamente del ansiado gozo celestial.

Eso, o algo parecido, fue lo que sentimos todos cuando vimos radiantes de felicidad a Baldomero, El Sepulturero de Quiroga y a Kika La Zorra agarrados de la mano.



CAPITULO-V Bajo la sombra del General Castaño

El día siguiente también amaneció de un gris plomizo, nublado y con orballo y también Pepiño Muñón nos despertó al grito de "fai un sol de carallo" que es una manera como cualquier otra de despertarse, pero que a todos nos llenaba de ilusión, aunque como siempre la realidad fuese un tanto tozuda y se empeñase en entristecernos el ánimo.

Ese día el camino nos debía conducir hacia las montañas del Incio. Iniciábamos el largo y penoso deambular por los caminos en busca de nuestro destino. La ruta, como de costumbre la marcaba El Sepulturero, pero esta vez La Zorra no la encabezaba con Baldomero, porque yo le pedí que compartiera corda conmigo. Aún me faltaba por concretar sus cuentas pendientes y en estas largas caminatas era el momento propicio para que La Kika me contase sus deudas con el destino.

-¿Y cuáles son tus cuentas Kika?, Porque me imagino que tampoco será que algún cliente se te haya marchado sin pagar el servicio.

-Que va- me dice sin el mínimo resquemor por la pregunta

-había clientes con los que ajustabas el precio, pagaban y se servían. Ni siquiera se molestaban en preguntarte ni el nombre ni de dónde eras y desde luego mucho menos si habías disfrutado del momento. Sólo les importaba acabar pronto, hablar poco y nada de romanticismo. Te podría decir que había energúmenos que estoy convencida de que ni se enteraban que tenían entre sus brazos a una mujer joven y hermosa; si en ese momento les pones una muñeca hinchable o a una fea de solemnidad, ni advertirían la diferencia.

-En cambio había otros- sigue diciendo la Kika -más de los que puedas pensar, que pagaban sólo por estar un rato contigo, hablando de sus miserias y de sus grandezas. Eran los mejores clientes, porque disfrutabas con ellos. Lo del sexo para muchos les trae sin cuidado. Vienen de putas porque es la manera más fácil de hablar con alguien y de que alguien les escuche. No te puedes ni imaginar la de historias que te cuentan y la de fantasías que se inventan cuando están desinhibidos hablando con una mujer.

-Algunos te vienen con que son los grandes prebostes del agua potable y otros con que son los guardianes del universo, pero les calas enseguida. Son los padres de familia que han buscado un hueco en su quehacer diario, han dejado a la parienta con sus padres y vienen a echarse un polvo con una puta, aunque eso sí, se inventan nombres que ni ellos recuerdan e historias de lo más inverosímil y te la sueltan mientras te magrean. Yo creo que ni ellos mismos se las creen, pero las cuentan por si cuela, y claro, tú no puedes desilusionarlos, de modo que te empiezas a interesar por la historia y ellos a la historia de siempre, a hacerse los hombres y a terminar como los niños.

-No te puedes ni imaginar la de veces que han llegado hasta mi cama como superhombres, dispuestos a echarme el mejor polvo de su vida, y han salido de entre las sabanas avergonzados como críos sin ni siquiera haberme tocado y es que la imaginación a muchos les pierde. Traen tal calentura que a nada que les tocas los vacías. Pero daba igual, yo sabía manejarlos a todos con maestría y al final todos salían satisfechos.

-De hecho la mayoría de los servicios los hacía con clientes habituales. Es raro que un cliente se me marchara insatisfecho porque tenía una formula magistral: Quince minutos de charla, cinco de fomentar su autoestima y un minuto de sexo. Nunca falla, se marchaban con la

cabeza caliente y los bolsillos vacíos y convencidos de que habían ligado. Fíjate tú, como si una estuviese para zarandajas e historietas.

Yo la deje hablar y hablar, pero la Kika tenía mucho que contar, de modo que al cabo de un buen rato de contarme sus venturas y sus desventuras la interrumpí y le dije:

-Ya me imagino Kika que cada cliente tendrá una historia y me imagino también que a veces saldrá lo mejor de cada uno, pero también supongo que las más de las veces encontrareis lo peor del ser humano. La bestia que cada uno lleva en su interior y que al pagar se sientan con el derecho de hacer lo que quieran y os traten como una simple mercancía que compran y que pueden usar a su antojo. ¿Tiene eso algo que ver con tus cuentas pendientes?

-No, que va- me aclara sin resentimientos aparentes por su pasado profesional -muy al contrario- me dice un tanto soñadora -yo siempre me he sentido fascinada por la pasión que derrochaban algunos clientes cuando follaban conmigo y me imaginaba lo extraordinario que debe ser cuando, en lugar de fingir como hacía yo, ambos, hombre y mujer, se entregan sin barreras, sin intereses, sin prisas y con la fogosidad y el ímpetu de quien se quiere.

-A eso Kika, la gente le suele llamar amor- le digo con toda la sencillez del mundo.

-Exacto- me dice con todo el convencimiento del mundo -eso es lo que siempre he pensado que debía ser el amor-

Se queda un buen rato en silencio absorta en sus pensamientos. El caminar de la corda de la Santa Compañía era rápido y silencioso, el sendero que nos conducía hacia las montañas de Incio era enmarañado y frondoso, el río que delimitaba el camino por donde transitábamos era de aguas tortas murmuradeiras, los lameiros hacían suave el paisaje, los tuxeiros lo hacían agreste, la campiña gallega en todo su esplendor en fin.

Allá, a lo lejos, se podían apreciar aldeas rodeadas de hortiñas salpicadas de fantasmagóricos chanteiros, los leiros recién sachados desprendían su característico olor a tierra abonada, el paisaje que nos envolvía era de color verde gallego y de los ojos de La Kika, de un azul

cielo cheo de estrelliñas, brotaba una lagrima de melancolía y de sus labios un suspiro a la vez que me ronroneaba sus cuentas pendientes:

-No quiero morirme sin conocer el amor-

La miré y sentí pena de dejar el mundo. La Kika era el amor hecho mujer, pero nunca se miró a si misma, siempre había mirado a los demás y lo que los demás hacían en nombre del amor, pero ella seguía infatigable buscando el amor y estaba segura que algún día daría con él.

Según subíamos por el sendero que discurre próximo a la carretera de Puebla de Brollon al Incio, llegamos al caserío de Don Piñor. A pesar de ser casi mediodía y a pesar de que el día era cálido y el sol se abría paso entre la bruma de la mañana, nadie, absolutamente nadie transitaba por aquella apartada encrucijada de caminos. Se podría pensar que el lugar estaba muerto, pero los únicos muertos éramos los once componentes de la Corda de la Santa Compañía.

Nos sentamos a descansar al pie de la carretera para reponernos de la fatiga acumulada. Don Camilo, El Avanto de la Vineira y El Lixeiro comenzaron a fumarse un par de habanos que daba gloria verles fumarlos y despertaba entre algunos ciertas fantasías ocultas al oler su penetrante perfume.

Apenas transcurridos unos minutos disfrutando de la belleza del paisaje y la tranquilidad del lugar, escuchamos cómo carretera arriba se acercaba un coche. Al llegar a nuestra altura el coche frena bruscamente, el chofer hace descender el cristal de su ventanilla y sacando la cabeza fuera, aquel hombre de gran corpulencia y mediana edad nos pregunta:

-Oigan ¿se puede comer aquí el pulpo?

Lucía, La Tocapelotas se levanta como un resorte, se dirige hacía el coche y les pregunta malhumorada

-Ustedes quiénes son ¿turistas que están visitando la región o lugareños despistados?

-Somos turistas- le contesta el hambriento tragaldabas desde el coche y le vuelve a preguntar a Lucía ¿No es esto una romería?, porque nos han dicho que en todas las romerías por esta zona se sirve el pulpo.

La Tocapelotas, ya abiertamente irritada por su persistencia en lo del pulpo les contesta -si sois turistas ¿A qué coño habéis venido a Galicia?, A comer o a disfrutar del paisaje y de sus gentes-.

-A las dos cosas- le responde una voz ronca de mujer desde el asiento del acompañante.

-Pues a Galicia hay que venir a disfrutar de la naturaleza y del paisaje y no sólo a comer, y esto no es una romería, esto es un funeral-sentencia con sorna La Tocapelotas.

Los atribulados turistas salen de estampida, no sin antes darnos el pésame y sin echar siquiera una simple mirada a tan excepcional cruce de caminos, franqueado por decenas de castaños y nogales que, en esa época del otoño, eran de tal majestuosidad que casi, irreverentemente, pugnaban por arrebatarse el centro de la belleza al Pórtico de la Gloria, pero claro, no había pulpeiras que les llenasen sus panzas.

Todos nos quedamos muy regocijados por el feliz desenlace y yo, particularmente, tomé conciencia que el grupo había conseguido la armonía suficiente para llevar a buen término la misión de saldar las cuentas pendientes de los difuntos que conformábamos la Corda de la Santa Compañía de la Sierra de Fornelas.

Supe que era el momento de precipitar los acontecimientos dado que, algunos de los componentes llevaban ya muchos días deambulando por los caminos y los cuerpos de los difuntos podrían empezar a corromperse, a pesar de los buenos oficios y de los muchos mejunjes con que La Muerte nos había embadurnado a cada uno de nosotros.

Apenas una hora más de camino, subiendo montaña arriba, llegamos a un caserío en la carretera que une la ciudad del Incio con el Balneario de Ferrería. La aldea, apenas dos o tres casas a medio derruir, otras dos o tres derruidas por completo y alguna que otra resistiendo a trancas y barrancas el paso del tiempo.

Se llama Hospital, quizás en recuerdo de actividades médicas o sanitarias de otros tiempos más gloriosos y más poblados, porque por allí no se veía alma alguna.

Lo que desde luego ni estaba en ruinas ni abandonada era su pequeña iglesia de un majestuoso estilo románico que, tal como lucía de esplendorosa, se adivinaba que había sido magistralmente restaurada no hacía muchos años.

Su imponente pórtico estaba flanqueado por varias columnas de mármol, todas de diferente aspecto y tonalidades y su puerta, de gruesa madera labrada, dejaba ver refuerzos de hierro forjado que le daba un cierto aspecto de infranqueable.

A la derecha del edificio y a unos cinco metros de distancia del pórtico, pero formando conjunto con la iglesia, se alzaba casi desafiante con el singular paisaje de lameiros que la rodeaba, una especie de panteón en forma de torre fortificada, donde al parecer descansaban los restos de los señores de tiempos feudales de aquel lugar, aunque desde luego por su aspecto más pareciera un lugar para las actividades propias de la vida que para el eterno descanso de la muerte.

Por uno de los costados la iglesia contaba con un vetusto claustro, enteramente reconstruido con piedra oscura de granito del país, que le daba al conjunto un aspecto monacal, austero y acogedor. Todos los componentes de La Corda lo consideramos un lugar perfecto y acogedor para instalar nuestro campamento base e iniciar desde ese lugar la larga batalla de saldar cuentas con el destino.

De inmediato, todos comenzamos a desplegar nos por el conjunto de la iglesia de Hospital y cada uno emprendió la tarea que considera necesaria.

Pepiño y El Sepulturero a tratar de abrir una puerta lateral que da acceso a la sacristía de la iglesia; Don Camilo y El Lixeiro a deleitarse con sus habanos; Resurrección La Meiga de Sarria y Emerita La Pulpeira de Santalla, aconchegadas tras las tapias que rodean el complejo, comienzan a planificar meticulosamente los pasos que las encaminen a saldar sus cuentas con la vida; Kika La Zorra al rabo del Sepulturero, La Tocapelotas a incordiarme con sus intrigas; El Carabinero a dar vueltas y revueltas a un majestuoso castaño que se alzaba en un lameiro cercano, bien guardado por alambres de espinos y próximo al conjunto parroquial y Loliña, la pobre chiquilla que ni sabía dónde ni por qué estaba aquí, comienza afanosamente a recoger nueces bajo unos frondosos nogales cercanos a la carretera.

-Loliña ¿para qué quieres las nueces?- le pregunté intrigado por la laboriosidad con que se entregaba a su tarea.

-Para qué va a ser- me contesta totalmente convencida de la necesidad de su labor -para comérnoslas cuando tengamos hambre-

La pobre niña llevaba varios días muerta y aún no se había dado cuenta que los difuntos no tienen necesidades fisiológicas ni emocionales. O eso al menos es lo que yo creía, hasta que me entro una duda razonable al ver a La Kika y a Baldomero mirándose a los ojos y con las mejillas enrojecidas por el deseo.

El Carabinero, que seguía dando vueltas a la base del castaño y observando meticulosamente la frondosidad de sus ramas, nos llama a Don Camilo y a mí para que nos acerquemos a su lado.

-Bonito castaño- le digo al llegar a su lado creyendo ingenuamente que nos requería para compartir con él la majestuosidad del árbol.

-Por aquí le llaman el General Castaño- me dice con sigilo -Su base tiene más de ocho metros de perímetro y hay quien dice que tiene más de quinientos años de antigüedad-. Yo me quede contemplándolo con curiosidad y Don Camilo le contesta:

-Pero no es para contemplar la frondosidad del castaño para lo que nos ha llamado ¿Verdad?

-No- nos dice con firmeza. Se queda un rato pensando y midiendo las palabras hasta que con rotundidad se decide y nos dice: -Os he llamado para que me ayudéis a colgar de este árbol al Juez Campeador.

Yo me quede enmudecido por tan inesperada propuesta, pero Don Camilo no; no se quedo enmudecido. Al contrario, empezó a llamarnos de todo menos difuntos garbosos y terminó con una sentencia inapelable:

-No contar conmigo para semejante barbaridad- nos dijo con un más que evidente destello de ira en sus ojos.

Yo me quedé perplejo por la propuesta del uno y la furibunda reacción de rechazo del otro. La firme decisión del Carabinero para

ajusticiar a la justicia era evidente y la insolidaridad innata de Don Camilo para ayudar a los demás también lo era.

Al margen de valorar la acción para lo que se nos requería, me pareció a mí que Don Camilo era de esas personas hurañas que prefieren echar un pedazo de pan a los cerdos que dárselo a un hambriento. Entendí por qué le llamaban El Avanto y tomé conciencia de la dificultad que iba suponer para algunos, saldar sus cuentas con el destino.

-Cuenta conmigo- le dije con decisión al Carabinero y agarré del brazo a Don Camilo que ya había hecho intención de escabullirse.

-Dígame una cosa Don Camilo, usted ¿Qué ha hecho por los demás en la vida?

-Yo no he hecho nunca nada por nadie, por eso estoy aquí tratando de remediarlo, pero eso que me proponéis me parece una salvajada— me contesta totalmente convencido de su posición.

-Quizás la auténtica salvajada sea permitirle a un canalla de juez seguir campando a sus anchas, cometiendo toda clase de tropelías, que mucha gente siga muriendo a causa de la droga que él no persigue, que nosotros tengamos la posibilidad de poner fin aunque sea brutalmente a esta situación y que no hagamos nada y, finalmente, que a usted se le presente la primera ocasión de congraciarse con su destino después de muerto y rehuya, como a lo largo de su mezquina vida, empezar a hacer algo por los demás.

No dijo nada. Se quedó en silencio por la contundencia de mi argumentación y los tres regresamos hacía la iglesia, donde nos esperaba expectante El Lixeiro.

-¿Qué clase de contubernio habéis celebrado bajo la sombra del General Castaño?- nos pregunta intrigado por las maquinaciones y aspavientos que nos habían entretenido en aquel lugar.

-Estamos planeando colgar de ese árbol al Juez Campeador, pero Don Camilo se ha negado a ayudarnos- le contesté al Lixeiro dolido con la postura de Don Camilo.

-Contar conmigo. Yo os ayudaré a darle su merecido a ese hijo de puta- nos dice El Lixeiro sin vacilaciones.

-No hace falta; los tres seremos suficientes para liquidar ese asunto- replica Don Camilo quizás apesadumbrado por su inicial postura egoísta a la vez que, tembloroso, enciende un habano y le ofrece otro al Lixeiro.

-Por cierto- le digo al Lixeiro según entrábamos al interior de la iglesia por la puerta lateral que Pepiño y él habían forzado -¿Qué fuisteis a hacer Pepiño y tú ayer en Monforte de Lemos?

-Hostias tú- me dice El Lixeiro -el tío este ha transferido más de diez millones de dólares desde un banco de Miami. Parece que eran los ahorros de su vida y los ha depositado en una cuenta nueva en un banco de Monforte.

Yo me quede doblemente confuso. Sorprendido por una parte de la fortuna de Pepiño Muñón y maravillado por otra de la singular belleza que albergaba el interior de la iglesia de Hospital de Incio, donde destacaba por su sencillez, una gran cruz esculpida en piedra con un Cristo lacerante que, con un semblante en su rostro a la vez de sufrimiento y esperanza, fijaba su penetrante mirada en ti y te producía un escalofrío que te recorría el cuerpo y reconfortaba el alma.

En el interior ya se habían acomodado las mujeres y Pepiño Muñón ya había enchufado todas las estufas que había encontrado en la sacristía, por lo que el ambiente comenzaba a ser confortable. Pero claro, cuando las cosas están bien, siempre hay alguien que se encarga de joderlas y como no, puestos a joder, nadie jodía mejor que La Tocapelotas.

Loliña acababa de entrar en la iglesia portando en su vestido a modo de improvisado fardo, más de diez kilos de nueces que había apañado por los alrededores y, tras un inesperado tropezón en la esquina de un banco, dejó media sepultada en nueces a La Tocapelotas que en ese momento se estaba arreglando las uñas.

Lucía se levantó hecha una hiena y le propinó un bofetón a Loliña que la tiró rodando entre los bancos de la iglesia, a la vez que le dedica una ristra de sus mejores impropiedades que a todos nos hizo sonrojarnos de vergüenza.

Bueno, a todos menos al Carabinero, que salta al cuello de La Tocapelotas con tal virulencia que fueron inútiles los esfuerzos de todos nosotros para separarlos, hasta que providencialmente, la inocente voz de Loliña le hizo desistir de su decisión de ahogarla.

-Así fue como me mató mi padrastro el día que le clave un cuchillo en la pierna cuando me estaba violando- dice casi suplicante por el incidente que había provocado.

Resurrección, La Meiga de Sarria, agarra a Loliña y la lleva junto a Emerita para tranquilizarla, porque la niña estaba presa de un ataque de ansiedad, debido quizás a un sentimiento de culpabilidad por el incidente o por el recuerdo que la escena de violencia le había traído de su desgraciada vida y de su trágica muerte. La Tocapelotas, como para arreglar la cosa, se recupera del trance como puede y comenta con voz desafiante:

-Vaya gentuza. Aquí no hay más que matones e inútiles. Menos mal que ya estaba muerta, sino esta bestia me asfixia.

El día aún nos depararía una nueva sorpresa. Sin saber cómo entró ni por dónde pasó, vemos aparecer por la puerta que comunica con la sacristía al hambriento tragaldabas acompañado de su oronda esposa que, al vernos a todos acampados en el recinto eclesiástico, muy extrañado y algo nervioso nos pregunta:

-¿Todavía están ustedes de funeral?

-No, que va- interviene otra vez La Tocapelotas con toda la naturalidad del mundo -ahora estamos ensayando una obra de teatro que celebraremos aquí el próximo domingo. Si quieren vengan a verla porque habrá mucha gente y seguro que les va a gustar la representación y además vienen pulpeiras.

-Ya nos gustaría ya, pero el domingo ya estaremos de regreso en Tarrasa.

-Oiga y ¿De qué va la obra?- pregunta el tragaldabas algo mosqueado por tan extraño grupo.

-Es una obra sacramental acerca de la vida y de la muerte- les aclara Lucía -Esta señora hace de meiga, esta de pulpeira, este señor de abogado, ese de camionero, ese de sepulturero...

-Y esa hace de puta, seguro- dice el tragaldabas señalando a La Kika y como sabiéndose la trama.

-No, que va. Esa hace de turista despistada, pero siéntense y quédense a la representación- les dice Lucía a la vez que a empujones los echa hacía la salida.

Los turistas, más mosqueados que un pavo en nochebuena, se disculpan ceremoniosos y salen de estampida y con cara desencaja de aquel lugar. Se barruntaban que algo extraño sucedía y no estaban por la labor de averiguarlo. Claro que no eran los únicos que estaban mosqueados. A mí la cosa no me encajaba y decidí hacer un apartado con La Meiga de Sarría y confesarle mis dudas.

-De modo que tienes dudas existenciales- me dice Resurrección nada más comenzar nuestra conversación.

-Veras- le digo dando rodeos a la conversación -yo tenía la creencia de que nadie podía hablar con la Santa Compañía, porque te atrapa y quedas prendido a ella de por vida, pero aquí nada de esto esta pasando. La gente habla con nosotros, discute, nos relacionamos y no atrapamos a nadie. ¿Qué es lo que esta pasando, esto es un sueño o es una realidad?

-¿Cuál es la diferencia?- me pregunta Resurrección comprensiva por mis dudas.

-Hombre, la diferencia es grande. La diferencia es estar desarrollando una misión después de muerto o estar en una especie de sueño post-mortem que te haga figurar una fantasía irreal.

-Algo ya parece que esta claro- dice Resurrección satisfecha -sea lo que sea ya aceptas que estas muerto.

-Si, eso si- le digo sin vacilaciones -mi muerte la tengo muy clara. Lo que ya no tengo tan claro son los acontecimientos que se precipitaron a continuación, porque todo resulta tan extraño.

-Bueno- me dice medianamente satisfecha -yo te puedo aclarar algunas dudas, otras las tendrás que resolver tú mismo y las más quedarán flotando en el viento.

-Veras, la Santa Compañía no es algo que siga unas normas de obligado cumplimiento. Sencillamente morimos, aceptamos la muerte y pedimos una prórroga para resolver asuntos, por tanto cada corda actúa de una manera propia y diferente, dependiendo de sus componentes y de los asuntos a resolver, aunque bien es cierto que la tradición popular tiene la creencia de ciertos hábitos, poderes y conductas, y es cierto también que cuando obtenemos esa prórroga las aceptamos implícitamente.

-Una de las creencias más generalizadas y que a ti te intriga, es que la Santa Compañía atrapa a quien contacta. Eso es cierto y por supuesto no podría ser de ninguna otra manera, pues de lo contrario el mundo de los vivos se mezclaría con el de los muertos y se crearía un pánico generalizado y una crisis de identidad, pues la gente no podría precisar quién está en el mundo de los vivos y quién está en el mundo de los muertos.

-Exacto, eso es. Entonces estaba en lo cierto- le digo muy contento a Resurrección

-Por lo tanto y dado que nosotros contactamos con el mundo de los vivos y no atrapamos a nadie, esto debe ser, sin duda, un mal sueño tras una buena muerte.

-Inexacto, no es eso y tampoco estás en lo cierto- me replica contundente La Meiga -no puedo despejarte la duda de si estás en un sueño o estás resolviendo asuntos pendientes porque eso tendrás que resolverlo tú sólo, pero si puedo aclararte lo de los atrapamientos de la Santa Compañía.

-Como puedes suponer no podemos ir por ahí atrapando gente y amarrándola a la cuerda, porque correríamos el riesgo de que nos confundieran con un batallón de infantería, pero tampoco podemos dejar en libertad a aquellos que nos han contactado y que han tenido la evidencia de haber estado tratando con difuntos, por lo que te comenté anteriormente.

-¿Entonces?- le pregunto impaciente por resolver mis dudas existenciales.

-Todo aquel que nos ha contactado y es consciente de ello queda atrapado irremediamente de por vida a la Santa Compañía y tú habrás podido apreciar la cara de pánico con la que salieron nuestros atribulados turistas. Ellos han sentido la frialdad de la muerte y su capacidad de razonamiento ha quedado afectada por una especie de fuerza cósmica que sólo se manifiesta en los seres que han perdido el don de la vida. Ya nunca serán capaces de razonar o distinguir entre la vida y la muerte. Vivirán como quien vive en un sueño y sólo quedarán liberados cuando traspasen la barrera de la vida.

-¿Y los demás qué pasa con ellos?, porque de acuerdo que esta pareja ha salido despavorida, pero otros muchos con los que hemos hablado no me ha parecido a mí que hubiese nada en especial- le vuelvo a preguntar a La Meiga.

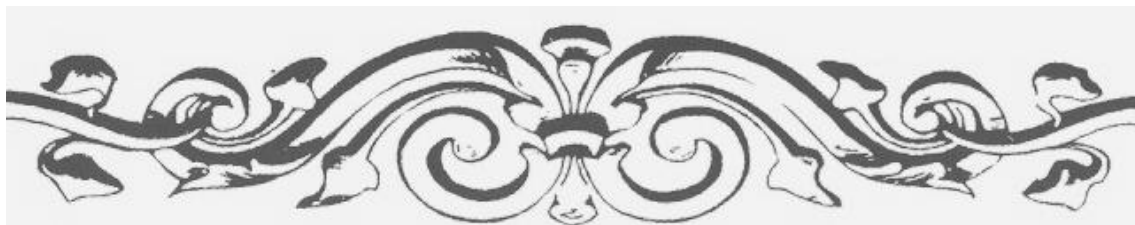
-A los otros claro que no- me dice convincente -quien nos contacte y no sea consciente de que ha estado tratando con difuntos, su vida no se vera alterada de modo alguno, porque no tendrán dudas que resolver.

Resurrección, La meiga de Sarría me daba respuestas convincentes. Yo la creía, pero no dejaban de asaltarme las dudas. Sólo me atreví a dejar en el aire la última cuestión

-¿Hay vida tras la barrera de la muerte?- le pregunté con cierta inquietud.

-Que cosas más extrañas te planteas- dice Resurrección, ya medio adormilada -Tú eres un hombre ilustrado y sabes que esto de la vida no es más que un tránsito temporal. Algo así como una misión en el largo navegar a través del espacio y del tiempo. Tenemos aún capacidades muy limitadas y sólo podemos identificar cuatro dimensiones: Alto, ancho, profundo y tiempo, por eso no podemos comprender ni el infinito, ni la eternidad, ni el universo, ni la vida, ni la muerte. Pero no tardaremos en descubrir más de una decena de nuevas dimensiones que nos aclararán todas las dudas del universo, del tiempo y de la vida.

Y no dijo mucho más. Todos los difuntos que conformábamos la corda de la Santa Compañía quedamos sumidos en una especie de estado parecido al sueño... o vaya usted a saber.



CAPITULO-VI Las cuentas del Lixeiro

Decidimos que los asuntos del Lixeiro serían los primeros que trataríamos de resolver. Ya saben, El Lixeiro murió despeñado con su camión al atravesar un puente provisional y tiene la seguridad de que alguien manipuló un pilar para provocarle el accidente.

La casa del Lixeiro estaba situada en El Incio y no quedaba muy alejada de la iglesia donde estábamos acampados; quizás unos cinco kilómetros por carretera, pero no más de tres por un atajo entre lameiros y arboledas, bien transitable y nada transitado, de modo que nos repartimos en dos grupos de trabajo para vigilar la casa de la viuda, para ver qué ocurría en torno a ella y para buscar algún hilo por donde tirar para encauzar nuestra investigación. Uno de los grupos de vigilancia lo formaban Kika La Zorra y El Sepulturero de Quiroga, el otro lo formábamos Pepiño Muñón y yo.

Por razones de seguridad al Lixeiro lo dejamos al margen de la investigación, pero la cosa no empezó nada bien. Nosotros vigilábamos y agudizábamos las orejas, pero no conseguimos avanzar demasiado, primero porque no sabíamos qué buscar y segundo porque no sabíamos

dónde buscar, de modo que a falta de otra línea de investigación nos centramos en la joven, guapa y nada aparente desconsolada esposa del Lixeiro y ello no porque tuviéramos la más mínima sospecha de ella, sino sobre todo porque no teníamos ni idea de cómo llegar a descubrir quién fue el que intencionadamente manipulo el pilar para que El Lixeiro se despeñase con su camión aquel día por aquel barranco.

La joven viuda entraba y salía para hacer pequeños recados y pequeños paseos por los alrededores, pero nada sucedía en torno a aquella vivienda y aquella mujer. Tampoco el haber pinchado la línea del teléfono de la vivienda, cosa que Pepiño realizó con maestría y soltura, nos aportó nada positivo.

Llamadas muchas, pero todas intrascendentes: Que cuánto echaba en falta a su marido, lo sola que se había quedado, la mala suerte que habían tenido, la fatalidad del accidente y otras retahílas de parecido porte, pero en todo este rosario de lamentaciones algo me empezaba a quedar claro. Tenía suficiente experiencia y sagacidad acumulada en una vida dedicada a la abogacía y a tratar con delincuentes, farsantes y maleantes para deducir una cosa:

-Esta mujer esta mintiendo- le dije a La Kika que en ese momento me acompañaba en mi turno de vigilancia y después de escuchar una larga y tediosa conversación telefónica entre Marisa, la desconsolada viuda del Lixeiro, y otra señora que, tal pareciera por el hilo de la conversación, fuese la esposa del administrador de la compañía para la que trabajaba nuestro querido difunto El Lixeiro del Incio.

La Kika y yo salimos corriendo hacía la iglesia de Hospital, donde teníamos instalado el campamento, para contarle al Lixeiro mis sospechas y sonsacarle toda la información adicional que pudiésemos. Lo primero que hizo El Lixeiro fue poner cara de sorpresa cuando le comenté el contenido de la conversación entre estas dos mujeres.

-Que raro- me dice El Lixeiro un tanto desconcertado por el contenido de la conversación que le relaté -si Marisa y Elena se odian a muerte.

-Me parece muy extraño que Elena llamase a mi mujer para consolarla, incluso en un caso tan desafortunado como este, pero mucho más raro me parece que Marisa se dejase consolar por ella. Elena es la

mujer de Folgado, el administrador general de la empresa que tiene poderes para hacer y deshacer a su antojo.

-Un personaje muy astuto y ambicioso- me insiste El Lixeiro -Entró de administrativo y a base de artimañas y dorarle la píldora a los accionistas se ha ido haciendo con las riendas de la empresa, pero yo siempre lo he considerado un aliado y un amigo, aunque es muy mujeriego y siempre andaba como un moscardón alrededor de mi esposa haciéndole insinuaciones y galanterías, que por supuesto halagaban a mi mujer y que yo nunca di demasiada importancia, porque tenía la suficiente confianza en mi mujer como para no preocuparme en absoluto, pero que desde luego desesperaban a Elena y a veces, era mi propia mujer la que incitaba a Folgado para encelar a Elena que la llevaban los demonios. Ya te digo: nada serio, pero estas dos mujeres se odian a muerte y nunca han podido relacionarse entre sí para nada.

-Pues según parece- le digo al Lixeiro -Marisa, tu mujer, tiene que verse mañana en Lugo con los de la compañía aseguradora para cobrar el seguro de accidentes y Elena llamó a Marisa precisamente para decirle que se había enterado por su marido que todo estaba arreglado y que la aseguradora no le pondría ningún reparo para cobrar la indemnización, pero no sé, me da a mí que la mujer de Folgado tenía razones ocultas y la llamada lo único que buscaba era sonsacar algo a tu viuda. Aunque no le sirvió de nada porque Marisa, tu viuda, se cerró en banda y no dijo más que lamentaciones en toda la conversación, pero aceptaba de muy buen grado las condolencias que le daba la mujer de Folgado.

-Que raro- vuelve a extrañarse El Lixeiro -¿Por qué tendría que poner la compañía aseguradora dificultades? Yo tenía una póliza de accidentes totalmente en regla y he fallecido en un accidente. Nada de particular y mucho menos que intervenga Folgado ni la compañía para la que trabajaba. Yo era autónomo y la póliza estaba a mi nombre. La empresa no tendría nada que ver con el asunto. De hecho me parece muy raro que Folgado tuviese conocimiento siquiera de la póliza que tenía suscrita, con la compañía que la tenía y desde luego mucho menos que él sea conocedor de las decisiones de la aseguradora para pagar las indemnizaciones que correspondan.

-¡Ah!, entonces ya entiendo el sentido de la conversación- le digo al Lixeiro. Elena, la mujer de Folgado, hablaba de la póliza de accidentes que la empresa tenía contratada a tu nombre y quizás es por eso que llamó

a Marisa. Sin duda se trata de otra póliza de accidentes diferente a la tuya y que según parece mañana tu mujer va a cobrar.

El Lixeiro se quedó totalmente confuso y muy abatido por las noticias que le contaba, pero yo muy al contrario estaba contento porque empezaba a hilar cabos. Ya tenía un hilo por donde tirar, así que al día siguiente, tempranito, me fui al Incio, cogí un taxi y esperé tranquilamente a que la joven, guapa y farsante viuda del Lixeiro saliese hacia Lugo a cobrar el premio gordo de la lotería ¡perdón!, la póliza de accidentes.

-Estoy esperando un coche que tiene que ir a Lugo para seguirlo sin que seamos vistos. ¿Usted me podría hacer este servicio y además guardarme el secreto?- le dije al taxista que desde que entré en el coche se mostró muy campechano.

-Naturalmente- me dice muy colaborador e intrigado por la aventura que se le venía encima -yo sé guardar un secreto y perseguir sin que me descubran. Usted confíe en mi discreción y en mi profesionalidad, pero prepare una buena propina.

Saqué del bolsillo una más que generosa propina y le dije -esto como adelanto, pero si el servicio termina con éxito esté seguro que habrá mucho más. Usted abra bien los ojos y cierre bien la boca-.

Los ojos los abrió bien, pero afortunadamente la boca no la cerró. Muy al contrario, le dio a la lengua lo que debía y lo que no debía cuando le dije que la persona que íbamos a seguir era la viuda del Lixeiro.

-Menuda pájara- me dice con rabia contenida -esa señoritinga es de La Coruña y es de esos gallegos que nos miran a los del mundo rural por encima del hombro y marcan distancias. Un día en la feria le preguntaron si era gallega y ella, desmarcándose de sus vecinos y poniendo distancia les contestó: Sí, pero de La Coruña. Habrá visto el mundo semejante estúpida; como si los de La Coruña measen colonia.

-Ya le digo a usted, El Lixeiro era un hombre muy servicial y muy tratable, pero se encoñó con esta presuntuosa y no veía más allá de sus narices. A mí que me da, que se la pegaba con Folgado, el administrador de la empresa de piedras de granito para la que trabajaba El Lixeiro, porque ¿sabe usted?, un día la vi por la carretera que bajaba detrás de mí

y al rato la perdí y ya no conseguí volver a verla por el retrovisor de mi coche.

-Como ese día la carretera estaba muy mojada, di la vuelta para ver si le había pasado algo, pero no la vi por ninguna parte, así que me metí por el desvío del pantano de Belasar y bingo, allí estaba aparcado su coche y cerca, en un paraje totalmente boscoso y escondido, estaba el coche de Folgado. Lo conozco porque es el único todoterreno de lujo y amarillo que hay en la región. Bien es cierto que no puedo aseverar que Marisa estuviese dentro, pero ¿dónde iba a estar? El día era lluvioso y por allí no hay tiendas de moda para pasear viendo escaparates.

-Y ¿quién es ese tal Folgado?- le pregunté al taxista mientras perseguíamos a prudente distancia a la desconsolada viuda que, apenada por el trance que había vivido y triste por la soledad en que se encontraba, se dirigía a Lugo a despachar negocios y darle un giro a tan desafortunado destino.

-Pues ese Folgado es un vaina de Canedo, un pueblo de aquí al lado, que no tenía donde caerse muerto y su única ocupación conocida era la de ir de discoteca en discoteca chuleándose a las incautas jovencitas que tuvieran dinero para pagarle sus caprichos y estomago para aguantar sus borracheras; pero como era guapete y de modales refinados para lo que se lleva en la región, pues encandilaba a las chicas y así iba tirando hasta que parece que la fortuna le sonrió y entró a trabajar en la empresa de piedras de granito, donde prosperó visto y no visto.

-Claro que también se dice que la esposa de Pardo, el accionista mayoritario de la empresa, parece que tuvo mucho que ver con la fulgurante carrera de ese macarra de vía estrecha. Pero en fin, ahí lo tiene, hecho un pincel, con el mejor todoterreno de la comarca y con las riendas de una de las mejores empresas de la región. Ya le digo: un chulo putas venido a más.

Y por lo que parecía, no sólo venido a más, sino que además también había venido a Lugo a apoderarse del botín, o a repartírselo, vaya usted a saber. Lo que desde luego supimos seguro tanto el deslenguado taxista como yo es que, en la compañía de seguros el Folgado esperaba la llegada de la inconsolable viuda, porque su horterera, caro y llamativo coche estaba aparcado en la entrada del edificio.

Esperamos pacientemente dentro del taxi a que la pareja de saqueadores, ¡perdón!, de deudos del Lixeiro, saliesen del edificio, cosa que no hicieron hasta bien pasadas unas dos horas. No sé qué papeleo tenían que resolver, pero desde luego se tomaron su tiempo.

A la salida, escopeteados, se subieron al coche del Folgado y ¿adivinen a dónde se dirigieron?: pues no señores no, no se dirigieron a la iglesia más cercana a rezar por el eterno descanso del Lixeiro ni a dejar una limosna para las ánimas del purgatorio, se equivocaron ustedes si pensaron tal cosa. Se dirigieron directamente y sin hacer siquiera un descanso para tomarse un cafelito, al banco.

La verdad es que la connivencia entre Folgado y la desconsolada viuda era demasiado cantada y a mí me entraron las dudas por lo evidente de la situación. También podría ser el caso que, sencillamente, Folgado no fuese más que un leal y servicial gestor y estar ayudando a la desvalida viuda de un buen compañero, así que decidí dar un paso hacía adelante en la investigación.

-Menuda pareja de granujas- me dice el oficial de la compañía de seguros cuando me presenté como investigador privado al servicio del consorcio de seguros. Se mostró desde el inicio muy colaborador y me enseñó todos los papeles.

Me enseñó la póliza del Lixeiro que no cubría más allá de una discreta indemnización en el caso de fallecimiento por accidente, pero me presentó otra póliza gestionada por la empresa de granitos y a favor de la viuda.

-Ésta si que era una póliza jugosa- me reafirma el oficial. En efecto la póliza que tenía a la vista contenía una cláusula con una indemnización millonaria en caso de muerte por accidente y que casualmente pagaba la empresa de granitos.

-Si no fuera porque El Lixeiro murió en un accidente tan claro al ceder el pilar de un puente, yo diría que este par de granujas lo habían matado para cobrar el seguro. Pero siéntese usted cómodo- me dice ceremonioso el oficial de la compañía aseguradora al darse cuenta de mi acusada rigidez.

-No- le digo con naturalidad, pero naturalmente mintiendo –es que padezco de artrosis en las vértebras lumbares y me produce cierta rigidez, pero no se preocupe, estoy cómodo. Pero cuénteme, cuénteme todo lo que usted sepa o lo que sospeche de este asunto, porque me vendrá muy bien para confeccionar un dossier del accidente.

Y me contó, joder que si me contó. Parece que aquí todo el mundo se conoce y claro, todo el mundo tiene su propia versión de los hechos. Que si esta chica es una pretenciosa y El Lixeiro un calzonazos que todo se lo permitía. Que estaba más que cantado que el Folgado se trajinaba a la señora de Pardo y que hacía lo que quería en la empresa. Que la empresa de granitos iba como la seda desde que la cogió Folgado, pero: ¿A qué no sabe usted a qué se dedican?

-A sacar piedras de granito de las canteras y a venderlas a los distribuidores- le digo incautamente y a sabiendas de que el tío tenía ganas de soltar la lengua y remover la mierda que rodeaba este caso.

-Que va- me contesta jactancioso el oficial -eso no es más que una tapadera. De dónde van a sacar tanto como despilfarran. El granito da para vivir, pero no da para lujos. El Folgado era un vaina discotequero que hizo amistad con un conocido narcotraficante de Cangas de Morrazo y muchos damos por hecho que ambos utilizan la empresa para blanquear el dinero de la droga.

Salí de la oficina de seguros con más historias de las que buscaba, pero existían dos coincidencias claras entre el taxista y el oficial de la aseguradora: El Folgado era un vaina y Marisa una pretenciosa. ¿Sería ésta la diabólica combinación que terminó en el asesinato del Lixeiro?

Regresamos al Incio y, tal como le había prometido a la salida, pagué generosamente al taxista la carrera y las confidencias. Cogí el atajo para bajar hacía el campamento base de la Santa Compañía y allí, apostados, vigilando la casa del difunto Lixeiro, estaban El Sepulturero y Kika La Zorra atortolados, como si el mundo se hubiera extinguido y no quedasen más que ellos dos para volver a recrearlo, aunque evidentemente lo único que se había extinguido era el latir de un par de corazones hambrientos de amor.

Los cogí y juntos bajamos al resguardo de las paredes de la iglesia donde El Lixeiro esperaba impaciente noticias tranquilizadoras, aunque

poco podía tranquilizarle, porque todo apuntaba a un plan diabólico entre Folgado y la viuda. Si no ¿A qué obedece un seguro de accidentes con una prima tan cara y por cuenta de la empresa y con una indemnización tan generosa en caso de fallecimiento?

El Lixeiro no quería ni oír hablar de conspiraciones en las que su esposa tuviese algo que ver. A todo lo que le contaba, le encontraba una explicación razonada a la evidente sin razón de los hechos, pero la realidad es tozuda y desafortunadamente no dejaba lugar a demasiadas dudas ni a otras interpretaciones.

-No te creas todo lo que te digan por aquí- me dice El Lixeiro con evidente falta de ánimo -por estos lugares lo que ocurre es que hay pocos sitios donde divertirse y la gente se tira las horas muertas viendo los culebrones de la televisión y maquinan las cosas más disparatadas.

-Folgado es un hombre astuto y ambicioso, pero incapaz de urdir un plan criminal y mucho menos mi esposa Marisa. Lo que ocurre es que mi mujer es una señora guapa, elegante y con glamour y la gente de por aquí la mira con recelo y con envidia.

-Mira Lixeiro, yo no sé si la gente de aquí ve mucha telebasura o lee muchas novelas del coyote, tampoco sé si el tal Folgado es una serpiente encantadora o un encantador de serpientes, ni siquiera puedo saber si tu mujer es una glamurosa o una pretenciosa, pero de algo estoy seguro: A ti te han asesinado y por eso, sólo por eso, estas aquí formando parte de la Santa Compañía.

-Tu misión- le digo un tanto imperativo -la única que a ti te puede proporcionar la paz eterna, es averiguar quién ha sido el hijo puta que ha manipulado el pilar para que te despeñases con tu camión un trágico amanecer mientras realizabas tu trabajo. Y para averiguar todo eso tenemos que saber quién se beneficia con tu muerte, o de lo contrario, nos tienes que decir qué tipos de enemigos tienes para investigar si el motivo de tu muerte ha sido una venganza en lugar de una ambición, porque para mí, Folgado tiene dos buenas razones para urdir ese desgraciado accidente que te costo la vida: sexo y dinero-

-Y tu desconsolada viuda- le digo ya un tanto más precavido -tiene los mismos motivos que Folgado y uno más: fugarse del Incio. Porque tal como le ha dicho hoy a un agente inmobiliario de Lugo cuando estaba

firmando el contrato de representación para que le venda la casa, es decir, el hogar conyugal que mantenía contigo, quería salir de estampida de ese pueblo y no quería volver a ver más a esas gentes.

El Lixeiro se echó a llorar desconsoladamente. Las evidencias eran abrumadoras y el mundo se le vino encima de repente. Su amigo Folgado, por quien El Lixeiro sentía cierta consideración y su encantadora esposa, a la que adoraba y tenía encima de en un pedestal, le habían jugado una mala pasada.

Lo que vino a continuación no era más que un suma y sigue de tanta inmundicia. Pepiño Muñón y el Avanto de la Vineira acababan de bajar del Incio y le dijeron sorprendidos al Lixeiro:

-Hay unos agentes inmobiliarios en tu casa poniendo un cartel de "SE VENDE". Les hemos preguntado quién la vendía y nos han dicho que era la viuda. Que ella y el administrador de la empresa habían cobrado la póliza de accidentes, se habían comprado un coche de lujo que ya tenían encargado y se habían marchado directamente a Marbella sin recoger siquiera sus pertenencias.

-Parece que en los próximos días va a venir un camión de mudanzas y les va a llevar sus enseres al nuevo domicilio- les sigue relatando Pepiño y El Avanto. -Por el Incio no se habla de otra cosa. Unos dicen que ha sido un flechazo de amor y otros dicen a ha sido una jugarreta. Unos dicen que ha sido el destino y otros que ha sido un complot, en fin, que cada uno tiene su propia versión, pero es evidente que en cuanto han cobrado se han fugado con el dinero de la indemnización.

-Joder con la desconsolada viuda, que pronto se ha consolado- dice Lucia La Tocapelotas, que en ese momento se incorporaba al grupo que arropaban y trataban de consolar a un inconsolable Lixeiro que estaba desgarrado de dolor por tan patética realidad.

Quizás muchos hayan sentido en sus carnes lo desgarrador que resulta en los entierros ver a los deudos del finado llorar su ausencia. Creo que es una de las experiencias más traumáticas a las que se enfrenta un ser humano en el momento que un ser querido y amado tiene que ser depositado en la tumba de un cementerio, pero créanme porque yo he vivido ambas situaciones: la escena no es ni siquiera aproximada cuando un difunto tiene que llorar por la pérdida de un ser vivo. El Lixeiro de

repente había perdido a su esposa a la que tanto seguía amando y había descubierto la traición de un amigo al que tanto respetaba. Y todo ello por un puñado de dinero y por la locura del sexo.

Sus lamentos no eran estridentes, como podrían ser los de una plañidera bien conocedora de su oficio en un velatorio, pero te desgarraban el alma. Sus lágrimas no brotaban de sus ojos ni recorrían su semblante porque los difuntos que componemos la Santa Compañía carecemos de fluidos, pero eran lágrimas secas y sonoras, como son las tormentas sin lluvia en las noches del verano. Su amargor no era de esos que sientes pastoso y vibrante en el paladar después de masticar un piorno en primavera, era un amargor sórdido y repugnante.

Como repugnante fue la trama que esta pareja de hijos de puta urdió contra un hombre de bien, enamorado de su esposa, cumplidor con su trabajo y amante de su pueblo y de sus gentes, del que ahora este par de malnacidos huía apresuradamente y ponía tierra de por medio, en un vano intento de esconderse del mal que habían provocado y de la ira y el reproche de todos cuantos habían intuido tan diabólica trama.

La finalidad de la Santa Compañía no es la de administrar justicia, ni tomarse venganzas, ni perseguir las tropelías de los vivos. El fin de la Santa Compañía es un tiempo extra de vida para resolver asuntos pendientes y enfrentarse en paz contigo y con el mundo a la vida eterna. De modo que no había dudas y dimos por saldados los asuntos del Lixeiro.

Quería saber quién y por qué le mataron. Ya sabía quién le había matado y sabía por qué le habían matado, pero no me pareció a mí que El Lixeiro hubiese encontrado ni el sosiego de su espíritu, ni que hubiese alcanzado la paz eterna. Muy al contrario, a mí me parecía que éste hombre sufría, ya muerto, el vértigo de la vida, y quizás ello se deba a que no hay tanta diferencia entre la vida y la muerte; o quizás es que la muerte no es más que un continuar de la vida en el largo y trepidante vagar por el espacio sideral en busca del apex de la eternidad.

Y en estas andábamos cuando Pepiño y Don Camilo prenden una queimada en el centro de la iglesia de Hospital del Incio y bajo la atenta mirada de una talla en piedra del Cristo lacerado que pende de una gran cruz que preside el altar.

Todos nos arremolinamos en torno a la calidez del pote que contiene la quemada y pronto, las flameantes llamas azules condensan la humedad de la estancia y los primeros goterones comienzan a serpentear por las pequeñas vidrieras de la iglesia. Emerita, La Pulpeira de Santalla, toma la iniciativa del conjuro y lanza una breve y bien estructurada invocación a los espíritus que revolotean sobre el flamear del orujo.

El conjuro fue breve, concreto y amoldado al momento y a la compañía. Se notaba la profesionalidad y el bien hacer de una mujer que a, lo largo de su vida, habría tenido que improvisar miles de conjuros en variadas circunstancias. Nada que ver con la perorata que lanzan los charlatanes de feria, que se dicen a ellos mismos entendidos en la materia y que invocan a meigas y meigallos, en absoluto ligados a un acto intimista, ligeramente carnal y fuertemente mundano, y cuya única misión es la de dar un toque de misterio y fantasía a la noche y desperezar todos los sentidos del cuerpo.

Y a fe que los desperezó. Muchas han sido las quemadas que he disfrutado como persona viva y con ganas de vivir, pero esta era la primera en la que participaba como difunto, de modo que no era necesario invocar a los espíritus, porque los espíritus éramos nosotros. Al aroma oxidado y tostado de la quemada le siguió el profundo y prolongado vapor de la apaga. Por razones inherentes a nuestra condición de difuntos no nos fue posible la ingestión del brebaje, pero maldita la falta que hacía.

Todos metimos la cuchara en el pote y la acercamos a la nariz. Primero la olimos, después la aspiramos y finalmente nariz, garganta, pulmones y cabeza quedaban inundados por los efluvios que soltaban los vapores ligeramente tostados del orujo reciente quemado.

Aquella noche era oscura y lúgubre, pero la quemada nos revitalizó el ánimo lo suficiente para desear prolongar la magia de la noche unos minutos más. Me apetecía pasear por la fresca hierba del lameiro colindante con la iglesia. Invité a La Meiga de Sarria a que me acompañara y ambos, a paso rígido y vacilante, nos dirigimos hacia la fantasmagórica y majestuosa frondosidad del General Castaño.

-Esto se nos esta enredando más de la cuenta- me dice Resurrección mientras paseábamos lameiro abajo. -Llevamos demasiados días y pocos logros. Debemos desperezarnos para gestionar nuestras cuentas cuanto antes. No debemos demorar por mucho más tiempo nuestro regreso,

porque corremos el riesgo de que La Muerte se impacienta por la tardanza y venga ella misma a buscarnos sin tener las cuentas resueltas y dudo mucho, si eso ocurre, que consigamos prorrogar el plazo.

-De cuánto tiempo más crees tu que disponemos- le pregunté a Resurrección, La Meiga de Sarria.

-Según mi creencia, el tiempo del que puede disponer la Santa Compañía para resolver sus asuntos es de un par de semanas, pero no mucho más. Cuando el tiempo se agote tenemos que regresar con las cuentas saldadas o por saldar, pero no hay prorrogas indefinidas- me dice inquieta Resurrección.

-Y si no saldamos todas las cuentas ¿qué pasará?, porque aún nos quedan saldar las cuentas de todos menos las del Lixeiro y además aun nos quedan por averiguar las cuentas de Lucía y de Loliña y de precisar un poco las de los demás- le digo.

-Las de La Tocapelotas no parecen complicadas- me dice Resurrección -intuyo que sus cuentas están relacionadas con la represión sexual a la que ha estado sometida toda su vida, y supongo que no tendremos demasiados problemas en proporcionarle algún hartazgo. Pero en cambio lo de Loliña es un enigma. No tengo ni idea de por donde pueden ir las cosas. En cualquier caso hay que tratar de presentarnos a la muerte con una buena nota, aunque no nos vayamos a graduar con matrícula de honor.

-¿Y qué propones que sigamos haciendo?- le pregunté con evidentes ganas de progresar en nuestra tarea y de cerrar con éxito el mayor número de cuentas posibles.

-Pues propongo que vayamos tomando contacto con los asuntos de todos los que podamos y tratar de ir avanzándolos poco a poco a expensas de rematar, en lugar de lo que hemos hecho con las cuentas del Lixeiro, que nos hemos centrado sólo en una y hemos desatendido todas las demás. Porque a la vez que no avanzamos lo suficiente, el resto que no está colaborando en las gestiones se quedan ociosos y eso no es bueno, porque podrían no sentirse útiles y eso, automáticamente, los apartaría del grupo.

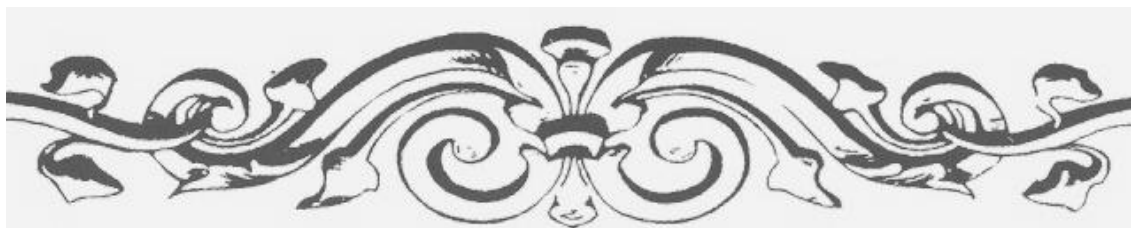
-Ten en cuenta que la Santa Compañía es un conjunto integrado y armónico y quien se quede al margen del grupo o no haga lo suficiente

para saldar sus cuentas y la de sus componentes, será relegado al último puesto en la corda y ligeramente descolgado de los demás para que, en cualquiera de los desplazamientos, La Muerte pueda desprenderlo y llevárselo, para que no siga por más tiempo importunándonos.

Resurrección era una mujer sabia y entendida en estas cosas ocultas y enigmáticas de los gallegos, pero más oscura que la Santa Compañía, de la que cada vez conocía más cosas, era la noche en la que resolvimos los asuntos del Lixeiro.

Según nos aproximábamos al resguardo de la iglesia se podía percibir el llanto inconsolable de un hombre bueno, víctima de un malvado complot. Sexo y dinero es una combinación excesivamente peligrosa y quien se cruce en su camino corre el riesgo de despeñarse. El Lixeiro quería saber quién le había matado para descansar en paz, pero lo que había descubierto, lejos de proporcionarle la paz que buscaba, le sumió en una profunda tristeza y le lleno de inquietud.

El orballo de la noche era persistente y frío. La espesa niebla lo cubría todo y no te dejaba ver más allá de tus narices. El silencio era sepulcral y en medio de aquella tenebrosa paz, te entraba un miedo que te calaba hasta los huesos y te hacía tiritar el cuerpo, pero el llanto del Lixeiro profundo y tenaz, te hacía tiritar el alma.



CAPITULO-VII El ensayo general.

La resolución de las cuentas del Lixeiro nos dejó a todos muy apenados, no solamente por la tristeza que envolvía al hombre desde que asumió la fatídica realidad, sino además por la sensación de impotencia que sentimos todos. Este par de hijos de puta se iban a salir con la suya y marcharse de rositas pero en fin, esos son los términos que rigen en la Santa Compañía. Puedes resolver tus asuntos pendientes, pero no debes intervenir en el discurrir de los acontecimientos.

De acuerdo a las indicaciones de Resurrección nos pusimos a dar un repaso y una toma de contacto con todos los asuntos pendientes de resolver. Lo primero que hicimos fue tratar de perfilar los asuntos de Loliña y de Lucía, La Tocapelotas.

Resurrección se encargó de la pobre Loliña y yo me propuse desentrañar los secretos que mantenían a la bella Lucía entre esta cuadrilla de difuntos en busca de una oportunidad para ganarse la paz eterna.

-Sólo por acotar los espacios y centrarnos en algún lugar, ¿Dónde crees tú que podríamos resolver tus asuntos pendientes?- le pregunté a Lucía que, según daba la impresión, tenía uno de esos escasos días de camaradería y de buen humor.

-Si tu quieres y estas dispuesto, los podemos resolver aquí mismo. Yo siempre estoy dispuesta y no tengo ningún interés en prolongar por más tiempo mi permanencia en esta situación, de modo que tú decides- me dice de lo más insinuante y provocativa.

-Que más quisiera yo Lucía que poder resolver tus cuentas con el destino, pero como muy bien sabes yo también soy un difunto en busca de mi propio destino, y dudo mucho que nuestros asuntos puedan converger. Además supongo que tu ardor será inmenso y no veo yo de donde bombear tanta agua para apagar semejante fuego.

-Tienes razón- me dice con cierto tono de frustración—mucho es el fuego que hay que apagar, porque muchos han sido los años en los que se han ido acumulando las privaciones injustificadas.

-No quieres contármelo y compartir tus frustraciones con un leal camarada, porque ya sabes que al compartir un problema con otra persona, su gravedad se divide y se empequeñece.- le digo invitándola a desahogarse conmigo.

Ella se queda en silencio, pero me mira a los ojos y quizás, sólo quizás, es posible que descubriera en ellos un cierto brillo de lealtad y honradez y primero lentamente y después con cierta fluidez, comenzó a relatarme una de tantas historias de frustraciones y privaciones de la época que le tocó vivir.

-Desde mi adolescencia sufrí una atroz represión sexual en el seno de una familia obstinada y obsesionada con las debilidades de la carne. Tal pareciera que no existiesen otros pecados en la vida más que los relacionados con el sexto mandamiento. Padecí la más severa educación escolar tras los muros de una institución religiosa dirigida por una de mis tías. Esta mujer ingresó en el convento desde su niñez y no conoció otro mundo que el que existía tras los muros de la institución y claro, mantenía el principio de que las tentaciones del pecado se combatían con la flagelación diaria y con la disciplina, pero llevada a tales extremos que más parecía sadismo que formación.

-Que barbaridad- le digo con evidente tono de indignación –pero lo que no me encaja es que tú, tan rebelde y contestataria como eres, no te revelases contra esa forma de esclavitud.

-Mi rebeldía es sólo de tiempos recientes. De hecho fue la causante de mi muerte. Anteriormente yo era una chica apocada y acongojada por los males mundanos que acechaban a las niñas de bien, pero claro, yo era de natural fogosa, así que mis necesidades iban por una parte y mis miedos por otra, de modo que tuve una adolescencia, por decirlo de la manera más sencilla, peligrosamente alborotada.

-Pero eres una mujer casada y supongo que todas esas situaciones de privaciones y frustraciones ya las habrías superado a lo largo de tus años de matrimonio y que no llegarías con ellas hasta encontrarte con la muerte- le digo como animándola a olvidarse de los años oscuros de la represión sexual y a deleitarse con el recuerdo de los años felices.

-Sí, es cierto, soy casada; aunque esa etapa de mi vida es la más sórdida de todas- me dice con la vista perdida y con los ojos entristecidos.

-Veras, yo me casé con un hombre muy religioso y miembro numerario del Opus Dei, de modo que cuando no era por el Opus era por el Dei, el caso es que siempre tenía un achaque para no cumplir sus deberes maritales conmigo, pero eso sí, él a lo suyo, es decir: a mariposear por todos los tugurios de la región, porque el muy hijo de puta era un maricón redomado y para eso no había privaciones.

-Yo creo que se tiraba a todo tío que se le ponía a tiro. Lo mismo le daba un camionero que una mariquita, porque todo le venía bien. Todo claro menos cumplir sexualmente con su esposa, así que había conseguido la situación perfecta. Estaba casado con una mujer pía y dócil para mostrarse respetuoso a los ojos de la sociedad más conservadora e influyente de Monforte y, dadas las facilidades que su situación le permitían y mi docilidad le proporcionaban, terminó metiendo en casa a un secretario que le alegraba las noches. Lo que para mí era racionamiento, para Osvaldo, que así se llamaba el amante cubano que contrato como pasante, era generosidad y despilfarro.

-¿Y como acabó todo eso Lucía?. ¿Cuándo dejaste de ser una mujer piadosa y reprimida y te convertiste en la rebelde sin bragas que eres

actualmente?, porque desde luego has pasado de un extremo a otro. No sé cómo serías anteriormente, pero sé como eres ahora y desde luego me cuesta creer que en algún tiempo fuiste la niña ñoña que cuentas. ¿Cómo sucedió el cambio?

-Pues como todo en la vida, sucedió poco a poco, pero cuando tomé conciencia de mi insostenible situación, los acontecimientos se precipitaron. Osvaldo atendía con diligencia y profesionalidad las obligaciones asignadas por el hijoputa de mi marido, que es uno de esos hombres que se regocija en mezclar el trabajo y el placer. Pero claro, como vivíamos los tres en la misma casa, Osvaldo se fue fijando cada vez más en mí y yo siempre buscaba la oportunidad de lucir mi espléndida desnudez ante los atónitos ojos del secretario amante de mi marido-

Lucía hilvanaba con soltura y minuciosidad su historia y continuó relatándonos los hechos -Esta situación endemoniaba al maricón de mi marido y a mí me daba alas para sacudirme de encima toda la ñoñería acumulada durante años de represión. Cada vez mi descaro era mayor y mayores eran las calenturas de Osvaldo. Era una hembra en celo y nunca en mi vida había podido experimentar en carne propia lo que es tener encima de una a un macho encelado, pero siento cierta satisfacción porque estuve a punto de conseguirlo.

-¿Cómo sucedió?, ¿No quieres compartirlo conmigo?- le dije ya convencido de que me la había ganado.

-Un día que mi marido salió a resolver asuntos en Lugo, yo me presente en el despacho de Osvaldo con la sana intención de acabar de una vez con mis años de represión sexual. Iba de lo más natural, es decir: en pelota picada y con las bragas en la boca. Tenias que haberlo visto. El pobre chico salto por encima de la mesa y me arrastró al dormitorio, pero el degenerado de mi marido andaba muy mosca y regresó a casa antes de que el atribulado Osvaldo pudiese saciar su calentura. Nos pilló en plena faena y nos la cortó a tiros. Nos dejó secos a los dos.

-Yo creo que le volvió loco ver que su abandonada y sumisa esposa le hubiese arrebatado los favores de su amante. Así que ya lo ves: soy una rebelde sin haber consumado la rebeldía. Me llamáis la Tocapelotas porque siempre ando incordiando a todo el mundo, pero puedes creerme, soy la gallega más melosa que gallego haya visto en su vida, pero no tengo a quien melosear.

Esto último, créanme, lo dijo con las lágrimas brotándole de sus encantadores ojos de color verde gallego, que es una especie de verde fulgurante y aterciopelado semejante al color de los lameiros de la Galicia del interior regados por la bruma de la mañana.

¡Sí!, ¡sí!, No hace falta que me lo recuerden. Ya sé que Lucía era una difunta y como tal carente de fluidos, por lo que no era posible que le brotaran lágrimas de los ojos, pero ¿qué sé yo? Quizás las lagrimas no brotaran de sus ojos y quizás sólo fuese una ilusión óptica de aquel embrujado momento, pero aquella endiablada incordianta que tenía ante mis ojos era la más bella, dulce, cameladora y engatusadora mujer que hombre haya visto en su vida.

Créanme que lamenté profundamente perder esta ocasión de oro de tener en mis brazos a tan encantadora mujer, pero uno en su actual estado, no es capaz de satisfacer las necesidades de tan exuberante difunta por mucho que la muerte atenuase sus ansias de amor.

Dejé a Lucía apenada por sus recuerdos y me fui en busca del Carabinero de la Puebla. Este hombre estaba obsesionado con el juez de Quiroga a quien él, de una forma despectiva y peyorativa le llamaba El Juez Campeador. Yo no entendía demasiado sus ansias por hacer justicia, pero suponía que a nada que sonsacase, sacaría la auténtica verdad de aquella fijación.

Como pueden deducir a estas alturas del relato, todos cuantos formábamos A Corda de la Santa Compañía éramos personajes que arrastrábamos antecedentes truculentos, como corresponde a las ánimas difuntas deambulando por los caminos en busca de la reconciliación con el destino. Así que debía de suponer que El Carabinero arrastraría una historia trágica y dolorosa y les aseguro que no me defraudó.

Su historia era de verdad truculenta y dramática. Mucho más allá de las ansias de venganza. Más, mucho más que el legítimo deseo de tranquilizar su atormentada alma. Más de lo que un hombre cabal y honesto puede llegar a soportar sin perder la razón y caer en brazos de la locura y de la sinrazón.

-Yo vivía en el cuartel de La Puebla de Brollon, con mi mujer y mi único hijo de quince años que asistía al Instituto- comenzó relatándome El Carabiniere.

-Como puedes suponer mi vida transcurría plácidamente entre la rutina diaria de un guardia civil patrullando los caminos, mi vida familiar al lado de mi mujer, ahorrar para la vejez y dedicar todo mi tiempo disponible a la educación de mi hijo y a las partidas de cartas con los compañeros del cuartel-

No fue fácil que El Carabiniere continuase con el relato. Tenía la garganta seca, pero no la podía refrescar con una vaso de agua. Tenía lágrimas en los ojos, pero no conseguía que le brotasen por la contumaz sequedad de nuestro estado. Tenía el alma rota y por cada rendija se le escapaba el ánimo, pero reunió las fuerzas necesarias para hilvanar un relato que nunca en mi vida desearía haber escuchado.

-Llevábamos algunas semanas tras las andanzas de un maleante de poca monta que traficaba en pequeñas dosis en las puertas del Instituto ofreciéndole droga a los chavales. Lo detuvimos un par de veces, pero todo resultaba inútil. Lo interrogábamos y hacíamos las diligencias pertinentes, pero posteriormente se lo entregábamos al juez de Quiroga y al día siguiente le volvíamos a ver merodeando por los lugares de diversión o por los alrededores del Instituto de La Puebla.

-Que pasaba ¿Qué el juez le protegía? Le pregunté para darle un respiro en su relatar.

-Bueno, al principio no sabíamos nada, porque esto del narcotráfico y lo del consumo de drogas era relativamente nuevo en esta comarca. Sabíamos la natural benevolencia del juez con los delincuentes, pero nada nos hacía sospechar la íntima relación que posteriormente pudimos comprobar entre el juez y el tráfico de drogas.

-¿Y fue eso lo que te obsesionó para desearle la muerte?- le volví a preguntar para ver si conseguía rematar su relato, porque de momento se me quedo encasquillado y ausente y no conseguía volver a encauzarle en el hilo del relato.

-No, no fue eso- me dijo con voz quebrada y muy abatido por la situación y los recuerdos, pero le animé para que continuase su historia y

casi sin voz y susurrando, pudo acabar la espeluznante exposición de los hechos que acontecieron en una tranquila y sosegada población, de la tranquila y sosegada Galicia del interior.

-Un sábado por la noche mi mujer y yo nos intranquilizamos porque a las once nuestro hijo todavía no había regresado a casa. Sabíamos que no debía estar muy lejos, porque nada nos hacía pensar que hubiese salido de la población y aunque hubiese salido, creíamos que el muchacho no tendría a su madre angustiada esperando su regreso. Claro que por otra parte reconocíamos que se estaba haciendo un hombrecito y no queríamos alarmar a nadie con nuestra angustia para que él no se sintiese culpable cuando regresase a casa, de modo que soportamos pacientemente su ausencia y su falta de noticias.

-Pero después de las dos de la madrugada, yo ya no aguantaba de ver la ansiedad de mi mujer y bajé a las dependencias de guardia del cuartel para ver si mis compañeros tenían conocimiento de algún suceso en la comarca.

Otra vez se quedó ausente y otra vez tardó un buen rato en poder continuar con la “exposición de los hechos”, como él decía.

-El caso es que cuando bajé al patio del cuartel pude ver tras los cristales de la puerta de la dependencia de guardia a varias personas en el interior. Yo me alarmé y entré corriendo y sobresaltado en la oficina temiéndome lo peor, y allí me encontré a los padres de una chiquilla, compañera del Instituto de mi hijo, que estaban denunciando la desaparición de su hija.

-Como puedes suponer- continuó relatando El Carabinero –cuando yo les puse al corriente de que mi hijo tampoco había regresado a casa, todos pensamos que había sido una aventura de adolescentes. Llamamos a los amigos de nuestros hijos por si alguno sabía algo o por si algún otro chico tampoco había regresado ese día a casa, pero no había suerte.

-Por fin uno nos dijo que había visto a mi hijo y a la chiquilla desaparecida, juntos por la tarde, pero no sabía dónde se habían ido. Queríamos creer que había sido tan sólo una travesura de adolescentes y que se habrían ido a pasar la noche a alguna discoteca y que al día siguiente aparecerían en casa con ojeras y con ganas de dormir.

-¿Pero no aparecieron con ojeras ni con ganas de dormir?- le pregunté al Carabinero temiéndome lo peor.

-No, no aparecieron de ninguna manera, aunque hicimos todo cuanto pudimos por encontrarlos. Normalmente cuando alguien viene a denunciar un caso de desaparecidos no hacemos gran cosa hasta pasadas las veinticuatro horas, pero el comandante del puesto movilizó todos los efectivos y pidió refuerzos a todas las policías estatales y municipales de los alrededores para ayudarnos en la búsqueda, pero todo fue inútil. Los chicos no aparecieron ni en toda la noche ni en toda la mañana del domingo. Por la tarde, al caer el sol, un vecino los encontró en un cobertizo, muy cerca del Instituto, abrazados y muertos por una sobredosis de heroína.

Al Carabinero ya no le quedaban fuerzas para continuar, así que yo fui improvisando para terminar el relato y ver si conseguía centrar el doloroso trance y entender cuáles eran las cuentas que debíamos de resolver, porque estaba claro que la vida de su hijo no nos sería posible devolvérsela, por muy doloroso que fuese para él.

-Debió de ser un golpe terrible- le dije -siempre que un padre entierra a un hijo no hay palabras de consuelo, pero dime una cosa ¿vosotros conocíais o sospechabais que vuestro hijo consumiese droga?

-No sospechábamos nada, pero no puedo asegurar que con anterioridad no la consumiera, aunque en la autopsia no le descubrieron marcas anteriores, de modo que pudo ser la primera vez. Yo quiero creer que fue un mal despertar a la vida lo que les hizo probar una transgresión, porque además por aquí no hay muchas posibilidades de comprar droga, salvo que el traficante del Instituto se la suministrase. El caso es que el suceso fue un valle de lágrimas en La Puebla, pero como todo, el hombre es capaz de sobreponerse a cualquier adversidad, así que, después de enterrarlo regresé a casa con mi esposa, que la pobre mujer estaba destrozada. La metí en la cama para que durmiera un poco y la dejé toda la tarde sola, sin molestarla, para que pudiese recuperarse, porque llevaba tres noches sin dormir.

-Yo salí a despejarme un poco por el pueblo y ya, sosegadamente, después de la tempestad pude disfrutar un poco de la calma. Tengo que confesarte que yo me metí en la Guardia Civil sin vocación. Fue como una manera de ganarme la vida, pero ese día me sentí, quizás por primera vez,

auténticamente orgulloso del uniforme que vestía. Todos mis compañeros me protegieron y me acompañaron en mi dolor.

-Recibí condolencias de quien ni me imaginaba podía estar al tanto de mi desgracia. Recibí cariño y recibí ánimo y cuando regresaba a casa, en el cuartel, un compañero me dijo que habían detenido al traficante del Instituto y había cantado de plano involucrando de lleno al Juez Campeador en el tráfico de drogas, con nombres, fechas, métodos y cuentas, así que me sentí feliz, o creí sentir un estado cercano a la felicidad.

-Y con ese ánimo y con ese sentimiento subí corriendo la escalera, abrí la puerta de mi casa y corrí a la habitación de matrimonio a contarle la buena nueva a mi esposa, pero al entrar en la habitación la encontré colgada de la lámpara y balanceándose suavemente sobre sí misma.

Nuevamente se hace un largo silencio. Esta vez tampoco yo tenía fuerzas para continuar preguntándole, pero no hizo falta. Por fin pudo terminar tan dramática exposición.

-No tuve más lágrimas para derramar porque mis depósitos lagrimales ya estaban vacíos. Tampoco tuve que pensar en lo que debía hacer. Lo había visto muchas veces en las películas americanas. Sabía muy bien lo que había que hacer en esas situaciones, así que me vestí con mi uniforme de gala, saqué lustre a los zapatos, repasé con la plancha el cuello de la camisa y le di un toque de almidón, me puse los corrajes de charol, me colgué las dos medallas obtenidas durante el ejercicio de mi servicio, me calé el tricornio hasta las cejas, desenfundé mi arma reglamentaria y me volé la cabeza.

Nuevamente el silencio y nuevamente el relato. -Al traficante lo tuvieron que soltar por considerar que la confesión fue producto de la coacción y se produjo sin suficientes garantías procesales. Por supuesto el juez salió sin mácula. Nadie se atrevió a acusarle de delito alguno y por supuesto nadie le impidió que continuara con sus tropelías. Es El Juez Campeador, dueño de vidas y haciendas, el Virrey de la comarca. Esta por encima del bien o del mal porque él es la ley. Sólo él es quien decide lo que es delito y lo que no lo es.

-Me preguntabas que ¿por qué mis ansias de venganza?- me dijo totalmente abatido y ausente del lugar y seguido de un silencio que ya nunca se rompió.

-Queda suficientemente respondido- le dije animándole -pero en algunas cosas te estas equivocando. Ese juez es un hijo de puta, no la ley. La ley somos todos los demás, él sólo se encarga de interpretarla, pero te prometo que no tardaremos en aplicarle la justicia a él en toda su dimensión. Ese malnacido no va a tardar mucho tiempo en rendir cuentas ante el Juez Supremo.

Al igual que las hilanderas tejen con paciencia y con tesón sus prendas, yo iba tejiendo historia a historia las cuentas por saldar. Quería tenerlo muy claro para poder afrontar con éxito las cuentas pendientes de los difuntos. Nada de improvisaciones como nos sucedió con los asuntos del Lixeiro, que nos fuimos enterando de las cosas a trompicones y la pareja del chulo y la diva se salieron con la suya y se fueron de rositas sin pagar su maldad. Me había conjurado para que las próximas cuentas las saldásemos a nuestro favor.

La siguiente historia que me propuse desenredar fue la de Emerita, La Pulpeira de Santalla. Esta mujer derramaba bondad por los cuatro costados, pero se le notaba, nada más escarbar superficialmente sobre su pasado, que arrastraba una pena inconsolable.

-Así que tu hijo desapareció un día y no has vuelto a tener noticias suyas- le dije a la vez que me sentaba a su lado tras las tapias que rodean la iglesia y sobre unos destartalados asientos de piedra que ella y La Meiga de Sarria habían improvisado para mantener sus largas y apasionadas tertulias de sus desventuradas vidas.

-No, no ha desaparecido. Me lo han matado y no he sido capaz de encontrar su tumba para llorar sobre ella.

-Y ¿tienes alguna idea de lo que le pudo suceder?- le pregunté a Emerita que a la vista de que tocaba revisar sus cuentas estaba presa de ansiedad. No, no me preocupaba que le fuera a dar un pasmo por el estado de excitación que tenía encima, porque lo bueno de los difuntos es que ya no se te pueden morir, pero me preocupaba que un exceso de ansiedad pudiese dar al traste con el relato.

Así que fui templando como pude, a veces preguntando, a veces callando, pero siempre escuchando atentamente esos pequeños detalles que a veces pasan desapercibidos, pero que no encajan adecuadamente con el acontecer de los hechos y pueden tener la clave para la resolución de un caso. Y creo que tuve suerte o quizás fuese oficio por mi pasado de abogado criminalista, en el que un detalle insignificante representa ganar o perder un caso.

-Yo por aquellos tiempos creí que mi hijo andaba tras los pasos de una chica de Pacios, de familia adinerada y con comercios en Monforte. Así que cuando desapareció mi hijo, me presenté en su casa a preguntarla si sabía algo de mi hijo, pero no me recibió. En cambio sí me recibió su padre y me dio una explicación bastante convincente. Sabía que mi hijo había desaparecido, pero me contó que su hija tenía novio, un dependiente de uno de sus comercios de Monforte y que tenían pensado casarse por esos días, como así sucedió. Se casaron por esos días así que me quedé sin sospechosa y sin saber por dónde tirar.

-Y no sospechas Emerita que, sencillamente tu hijo haya podido emigrar a las Américas y hoy pueda estar casado y con hijos en cualquier país del mundo, como sucedió con tantos gallegos que se marcharon sin decir nada a nadie.

-No, de ninguna manera- me contestó con rotundidad

-Ese día mi hijo había salido de casa vistiendo sus mejores galas. Se había lavado, peinado, echado brillantina en el pelo y colonia en el cuerpo, lustrado sus zapatos y con una cajetilla de tabaco en el bolsillo que le había pedido a uno de sus hermanos porque él no fumaba. En esas condiciones no se sale para emigrar a las Américas, se sale para cortejar a una chica. Lo que nunca pudimos comprender es para qué quería mi hijo una cajetilla de tabaco y por qué insistió tanto con su hermano para que se la regalase.

-Quizás es que fumase la novia- le apunté como solución al enigma que nunca habían solucionado.

-Si, ya lo pensamos, pero lo desechamos porque por aquella época las chicas casi no fumaban y las pocas que lo hacían fumaban cigarrillos rubios y él se llevó un cuarterón de tabaco y papel para liarlos. Eso era cosa de hombres no de mujeres y ya te digo que mi hijo no fumaba, de

modo que nunca pudimos comprender aquel extraño suceso y menos su misteriosa desaparición-

-Fue como si se lo hubiese tragado la tierra. Era domingo por la tarde y los pueblos estaban llenos de gente paseando, de modo que alguien tendría que haberlo visto por la carretera dirigiéndose a algún lugar, pero nada de nada y no crea que no hicimos para encontrarlo. Todos los hermanos, amigos y vecindario colaboraron en su búsqueda, pero todos nuestros esfuerzos resultaron inútiles; no encontramos ni un solo vestigio de su paradero-

Como pueden suponer y ellos mismos sospechaban, intuí que el detalle de la cajetilla de tabaco era crucial para desenredar aquel misterio, de modo que ya tenía el hilo por donde tirar para resolver aquella misteriosa desaparición. Aunque también había otro detalle que tenía que resolver ¿por qué nadie le vio por ningún camino si como ella decía, por aquellos tiempos los pueblos estaban llenos de gente y máxime en un domingo por la tarde?

Las cuentas de Emerita quedaban claras y tenía dos hilos de donde tirar. Sólo faltaba solucionarlas, pero las entendía y entendí por qué de su estancia en la Cuerda de la Santa Compañía. Lo que no entendía por más que lo intenté fueron los motivos que habían conducido hasta nuestro grupo al Avanto de la Vineira.

Intenté cuanto pude que me explicase de forma clara cuáles eran sus cuentas por solucionar, pero no conseguí más que generalidades. Que si no había conocido nunca estar satisfecho con nada, que por más cosas que tenía más necesitaba, que todo le parecía poco para él y mucho para los demás, en fin, que me llevé una gran decepción.

Me parecía a mí que no estaba en absoluto integrado con el grupo y por el contrario estaba muy molesto por lo que le habíamos pedido de participar en el ajusticiamiento del Juez Campeador. Tal fue mi desencuentro con él que lo dejé y no quise profundizar más, porque llegué a la conclusión de que cuanto más intentaba acercarme, más me alejaba.

Todo lo contrario de lo que me ocurrió con El Sepulturero y con La Zorra, pues como pueden imaginar a La Kika y a Baldomero había que tratarlos juntos. Tal era el grado de compenetración que había surgido

entre los dos que no me extrañó en absoluto la propuesta que me hicieron para saldar sus cuentas.

-Queremos casarnos- me soltaron casi a dúo y mirándose acarameladamente a los ojos.

-Pues me parece muy bien- les dije satisfecho -lo que no tengo muy claro es cómo se hace para casar a una pareja de difuntos, pero me imagino que no será muy distinto a las bodas convencionales. Dejarme a mí que ya lo arreglaré.

-Los dejé marchar cogidos de la mano y perderse ladera abajo en busca de un rincón solitario donde progresar en su amor tardío. Y tardío fue también el deseo de Pepiño Muñón por reencontrarse con la hija que nunca conoció.

-Y ¿Cómo quieres presentarte a tu hija?– le pregunté un tanto desconcertado -como el padre que nunca conoció o como un tío de América que ni es tío ni es nada. Porque además esta lo de tu mujer, que no creo yo que te reciba después de tanto tiempo con los brazos abiertos y con la puerta del dormitorio conyugal de par en par.

-Yo siempre he mantenido que ante una situación extraordinaria lo mejor es comportarse con naturalidad. Como dominando la situación aunque la situación claramente te sobrepase; de modo que me parece a mí que lo mejor será presentarme en el pueblo, llamar a la puerta y cuando salgan a abrirme decirles algo intrascendente, algo así como: ¿Parece que habéis cambiado la cerradura?.

Los dos nos echamos a reír y en un tono muy distendido, como correspondía al siempre buen tono de Pepiño le dije: -Me parece que tu mujer cuando te vea te va a meter una hostia que te va a enderezar la chepa- porque no sé si lo había dicho con anterioridad, pero es que Pepiño aparte del muñón que lucía en lugar de su mano izquierda también era un poco cheposo, y un poco calvo, y un poco barrigudo, y un poco patizambo, es decir: “una excelente persona”.

Y excelente y buena persona era Resurrección, La Meiga de Sarria, que llevaba todo el día intentando sonsacar a Loliña sus cuentas pendientes y visto el buen semblante que traía pensé que por fin lo había conseguido.

-No, no lo he conseguido- me dice muy satisfecha y esbozando una más que evidente sonrisa en sus labios. -Realmente la niña es incapaz de orientarnos acerca de cuáles son sus cuentas pendientes.

-Entonces a qué viene esa cara de satisfacción y por qué habéis estado tanto tiempo de cháchara si no has conseguido nada- le pregunté con evidente malhumor por la pérdida de tiempo y de posibilidades de avanzar en nuestra tarea.

-Porque esta niña es un encanto- me dice como toda explicación, a la vez que ateridos, nos dirigimos al interior de la iglesia al calor de las lareiras, ¡perdón!, de las estufas que Pepiño afanosamente encendía para nosotros.

Nos acomodamos todos como pudimos y hablando del frío que hacía Resurrección me empieza a relatar una de sus extrañas teorías relativa a que La Tierra se acercaba imparablemente a un periodo glacial. Yo ingenuamente le rebato su argumento y le digo que todo el mundo habla del calentamiento de la Tierra y que más bien me parecía que sería al revés, pero ella erre que erre se mantiene firme en su peregrina tesis. Me habla del último periodo glacial finalizado hace tan sólo cinco mil años. Me habla de que cuando el hombre pone en peligro a la naturaleza el hombre corre peligro... qué sé yo, el caso es que me recordaba de hace tiempo, mucho tiempo, cuando mi madre me contaba cuentos antes de dormir que hablaban de lobos hambrientos, de ánimas en pena y de la Santa Compañía.



CAPITULO-VIII Las campanas doblan a muerto

Decidimos mudarnos a otro lugar estratégicamente más operativo. Aquel lugar en el Incio era el paraíso, pero nosotros aún teníamos que transitar por el purgatorio. Decidimos bajar hacia La Fereirura, porque según decía El Carabinero, allí conocía un comfortable caserón propiedad de unos emigrantes gallegos residentes en el extranjero, algo alejado del pueblo y a cubierto de miradas indiscretas que hicieran levantar sospechas y diesen al traste con la consecución de nuestros objetivos.

No teníamos tantas cosas que recoger, ni teníamos abultados petates que transportar y por no tener no teníamos ni siquiera que preocuparnos por aprovisionarnos de agua o alimentos para reponer fuerzas en el camino, pero créanme, el zafarrancho que organizamos era de aquellos que te quitan las ganas de viajar. Aquello más que A Corda de la Santa Compañía parecía el ejercito de Pancho Villa.

Éramos pocos, pero eso sí, muy mal organizados. A la contumaz rigidez de nuestros cuerpos, se unía la anarquía e indisciplina de quien ya no tiene nada que ganar en la vida, ni la vida que perder, de modo que más

bien mal que bien, conseguimos Resurrección y yo amarrar a todos a la cuerda y por fin nos dispusimos a abandonar aquel sagrado apacible y encantador lugar conocido como la iglesia de Hospital en el Incio.

-Las campanas doblan a muerto- gritó El Lixeiro parando bruscamente la marcha apenas iniciada hacía un minuto.

-¿Qué pasa?- le grité muy molesto por la interrupción al Lixeiro, que se resistía ostensiblemente a reanudar la marcha a pesar de nuestros esfuerzos por continuar.

-¿No lo oyes? Las campanas del Incio tañen anunciando difuntos- me contestó intrigado, estático y atento a cuanto sucedía allí arriba, en lo que en otros tiempos fue su ciudad.

-Alguna venerable ancianita que habrá palmado de aburrimiento en esa perdida aldea de la montaña- le contestó Lucía al Lixeiro incomodada por su desafiante negativa a reanudar la marcha.

Yo tuve que salir a terciar, porque de buenas a primeras se había organizado una trifulca entre El Lixeiro que repentinamente abandonó la cuerda y se negó a continuar, y el resto de los componentes de A Corda que insistían en continuar la marcha y dejarle allí mismo con sus delirios de campanas y difuntos.

-Oye Lixeiro, tus cuentas ya han sido saldadas y no tienes ningún derecho a interrumpirnos el camino para saldar las nuestras- le dije muy molesto por su intransigencia y obstrucción.

-Marcharos vosotros si queréis- me dijo muy angustiado por la situación y casi sollozando -yo tengo que subir y averiguar lo que esta pasando en el Incio.

-Joder Lixeiro, qué va a pasar. Como dice Lucía alguna ancianita habrá muerto de aburrimiento de sofocos o de almorranas, pero no incordies más y agárrate a la cuerda- le dije abiertamente irritado por el rumbo que estaba tomando el incidente.

No dijo nada, pero no se agarró a la cuerda. Me le quedé mirando desafiante y se me quedó mirando suplicante, así que medité la situación por un minuto, ordené a todos que se sentarán al abrigo de unos piornos y

mandé a Pepiño y al Carabinero que se acercarán al Incio y averigüen la causa del repicar de las campanas.

Todos nos acomodamos como pudimos tratando de pasar el tiempo a la espera de los mensajeros. Todos menos El Lixeiro que continuaba de pie y en un más que evidente estado de excitación atento a cuanto sucedía allá arriba. Las campanas no paraban de doblar. Una y otra vez machaconamente repetían el mismo soniquete, tanto que su insistencia casi llegaba a producir una sensación de obscenidad. Bien estaba que anunciarán a difuntos, incluso se podría aceptar que lo repitiesen un par de veces, pero esto más que un aviso parecía que se estuvieran regodeando con la buena nueva. Ya les digo, una obscenidad.

Casi dos horas después de que se marcharán, vimos aparecer allá, a lo lejos, por el sendero que bajaba del Incio, a los mensajeros. El Lixeiro salió de estampida a su encuentro y al llegar a su altura los tres se pararon y pudimos contemplar cómo El Lixeiro rompía en sollozos en una más que extraña mezcla de muecas que desde nuestro puesto no atinamos a comprender si era de satisfacción o de pena.

Pepiño abrazó al Lixeiro y lo arrastró hacia nuestro encuentro. El Carabinero se adelantó y nos puso al corriente de los acontecimientos que se estaban produciendo en el Incio.

-Una salvajada, aquello es una salvajada. Todos están en los bares celebrando el acontecimiento- nos dijo El Carabinero casi sin aliento.

-¿Qué acontecimiento?, ¿De qué estas hablando?- le pregunté muy sorprendido por cuanto nos estaba contando.

-Marisa y Folgado han muerto esta noche en un accidente con su flamante coche nuevo. Todo el mundo en el pueblo lo esta celebrando. Aquello parece una romería. Unos cantan y bailan, otros están tocando las campanas y todos están bebiendo para celebrarlo. Hay más brindis que cuanto toca el gordo de la lotería. Una salvajada, aquello es una salvajada- repetía El Carabinero sin aliento y desconcertado por todo lo que había visto allá arriba.

Todos nos quedamos muy confusos. Cuando llegó El Lixeiro no sabíamos qué decirle, si felicitarle o darle el pésame. Yo creo que ni él mismo tenía en orden sus sentimientos. A veces lloraba, a veces reía, pero

el hombre se deshacía en agradecimientos por haberle proporcionado este momento que bien valía toda una vida.

Ahora sus cuentas estaban realmente saldadas y bien saldadas. Todos, en nuestro interior, nos alegramos del desenlace y sin más demoras nos dispusimos a reanudar la marcha. Bueno, quizás no todos estábamos alegres por el afortunado, ¡perdón!, desdichado desenlace. A mí no me pasó desapercibido que definitivamente habíamos perdido a Don Camilo, El Avanto de la Vineira.

No sólo es que estuviese ausente y al margen de nuestros avatares, es que además tal parecía que abiertamente rechazaba nuestra compañía, así que al reanudar la marcha no me extrañó demasiado que Resurrección, La Meiga de Sarria, dispusiera un nuevo orden de colocación en la cuerda y tampoco me extrañó que precisamente el último lugar de la cuerda lo ocupara Don Camilo. Aún no sabía la razón por la que insistió tanto en la colocación, pero no tardamos en comprenderlo.

Apenas llevábamos media hora de camino cuando al atravesar por un lugar umbrío y muy espeso de vegetación, notamos unos fuertes tirones al final de la cuerda.

-Que nadie vuelva la cabeza y no os paréis-, nos gritó La Meiga insistiendo enérgicamente en que no mirásemos hacía atrás.

Todos nos callamos y continuamos la marcha. Los tirones duraron unos minutos y al final nuevamente la marcha se hizo tranquila y liviana. No sabíamos qué estaba sucediendo atrás, pero lo intuía. Eché, pasados unos minutos, una mirada hacia el final de la cuerda y Don Camilo había desaparecido.

Comprendí que La Muerte había regresado a recuperar su presa. En este grupo había abogados corruptos, putas insatisfechas, necrófilos abominables y demás fauna de mal vivir. Todos teníamos una oportunidad para saldar cuentas. Todos, hiciéramos lo que hiciéramos en la vida, teníamos una oportunidad en la muerte. Todos claro menos el atribulado Avanto, que ni en la vida ni en la muerte fue capaz de disfrutar de la inmensa alegría que proporciona el compartir las cosas.

El camino hasta La Ferreirua no nos deparó más sorpresas. En los descansos se organizaban corrillos y se comentaban los acontecimientos.

Que si las cuentas del Lixeiro, que si el fiasco de Don Camilo. Cada uno aportaba su punto de vista y cada grupito departía de lo uno y de lo otro, pero había alguien que permanecía muy en vela y expectante de los próximos pasos del grupo.

Emerita, La Pulpeira de Santalla era consciente que este camino nos conducía definitivamente al esclarecimiento de sus cuentas o hacia el total olvido de los sucesos de aquel fatídico domingo por la tarde, en el que su hijo menor salió de su casa vestido para festejar y que ya nunca más le volvió a ver. Toda su angustia acumulada durante muchos años se precipitaba. La luz o la oscuridad estaban próximas, pero temporalmente fue la oscuridad la que nos sorprendió antes de que pudiéramos instalarnos en aquel destartado caserón de La Ferreirura, algo alejado del pueblo y cerca de la carretera que conducía desde La Puebla hasta Santalla y Piño.

El Caserón estaba muy abandonado por afuera, pero muy equipado y confortable por dentro. El salón principal era amplio y presidido por una enorme chimenea que Pepiño y El Carabinero enseguida prendieron para calentar la estancia.

-Oyes, ¿no corremos el riesgo de que alguien vea el humo de la chimenea y venga a averiguar quién se ha instalado en el recinto?- le pregunté inquieto al Carabinero.

-Asómate por la ventana- me dice tratando de tranquilizarme -la noche es tan oscura y el lugar tan apartado, que ni aunque pasarán por la puerta podrían descubrir el humear de la chimenea, además no te preocupes, si alguien llama a la puerta, le abrimos y le invitamos a que se siente un rato con la Santa Compañía. Ya veras como sale de estampida y no vuelve a aparecer por los alrededores.

Desde luego aparecer, no apareció nadie, pero a mí me parecía que aquel lugar estaba embrujado. Se oían ruidos extraños por todas partes y algo así como tos seca y profunda. Todos nos mirábamos pero todos callábamos. Desde luego fantasmas no podían ser, porque los fantasmas éramos nosotros. Meigas tampoco, porque hasta la mismísima Resurrección, La Meiga de Sarria, estaba cagada de aquellos extraños ruidos de aquel extraño caserón en aquella oscura noche de La Ferreirua.

-Mal como pudimos nos fuimos amodorrando en una especie de duermevela, con un ojo cerrado y otro abierto, hasta que definitivamente a eso de las tres o las cuatro de la madrugada los abrimos como platos. Un chillido despavorido de mujer nos sobresalto a todos y nos quedamos atónitos viendo en el medio de la escalera que bajaba de las dependencias del piso superior, a una mujer mugrienta que se había quedado pasmada viendo a todo el grupo en el salón.

El revuelo fue de no te menees. A la mujer le entró el canguelo y no podía correr escalera arriba huyendo del lugar. A nosotros aquello nos sobrecogió porque creíamos que era una aparición que venía en busca de nuestras atribuladas almas, y, para rematar tan estrambótica escena, aparece por la escalera un desafiante personaje, palo en mano, que trataba de defender a su compañera de nuestra presencia.

Pasado el primer susto, llegaron las explicaciones. Resulta que la casa tenía ocupas. Una pareja de mendigos borrachines que estaban durmiendo la mona en uno de los dormitorios del piso superior. Nosotros, a falta de otra explicación más convincente, nos identificamos también como ocupas así que Zacarías, el mendigo borrachín, nos abraza con toda franqueza y nos da la bienvenida.

-Nada colegas, aquí cabemos todos- me dice El Zacarías dándome palmadas en el hombro como si se tratara de un conocido de toda la vida.

Apenas había intercambiado un par de frases retóricas e intrascendentes cuando aprecié con toda nitidez que aquel hombre volaba sobre los nidos de cuco, de modo que no me extrañó lo más mínimo cuando al cabo del rato Resurrección, que había estado un buen rato hablando con los mendigos, se me acerca y me cuchichea al oído su diagnóstico de la nueva situación:

-El Zacarías me parece un esquizofrénico paranoide, totalmente incapaz de discernir entre la fantasía y la realidad, así que por el momento no tenemos que preocuparnos. En cuanto a La Trini hay que esperar a que se le pase la borrachera y ya veremos cómo reacciona.

No sabíamos cómo reaccionaría cuando estuviese sobria, pero sí sabíamos que tardaría bastante en estarlo, porque no sé de dónde, pero se había hecho con un tetra brik de vino y voceando por todos los sitios “esto

tenemos que celebrarlo” se estaba trasegando ella solita el contenido del cartón.

Decía que teníamos que celebrarlo, pero la única que lo celebraba era ella, porque no crean, no nos ofreció un trago ni por cortesía. Se lo tragó ella solita. Esa mujer parecía una esponja. -Con la borrachera que tiene y el litro que se acaba de meter sin pestañear, la mona le va a durar un día entero- pensé para mí.

Pero me equivoqué. No habían pasado más de dos horas y cuando ya todos estábamos otra vez adormilados, unos chillidos de pánico procedentes del piso superior donde se encontraban los mendigos nos puso nuevamente en pie y sobresaltados. Todos subimos las escaleras a trompicones para ver qué estaba pasando y todos nos quedamos acongojados cuando descubrimos el motivo de los desgarradores chillidos que profería aquella mujer.

Todos entramos en la habitación sobrecogidos por el pánico que producían aquellos chillidos, pero más sobrecogidos nos quedamos cuando descubrimos la dantesca escena que se estaba produciendo en una esquina de aquella habitación. La Trini estaba inmersa en un proceso de delirium tremens. Con las manos se estaba arrancando a jirones la ropa chillando “que me comen”, “que me comen”.

Estaba casi desnuda y seguía arañándose las carnes tratando de sacarse de encima los bichos que la comían y que sólo estaban en su imaginación. No paraba de patear y proferir gritos agónicos y el pobre Zacarías, llorando amargamente y totalmente desconcertado por la situación, trataba inútilmente de calmarla.

-No cariño no, ya no tienes nada. Ya te los he sacado todos- sollozaba Zacarías que era blanco de las patadas y manotazos de La Trini que no atendía a razones, porque la razón hacía tiempo que había salido de su cabeza.

-Ninguno sabíamos qué decir o qué hacer. Todos estábamos tan asustados que aquello, sin lugar a dudas, nos pareció un adelanto del infierno que nos estaba acechando. Ante tanta impotencia yo me repuse como pude y obligue a todos a bajar al salón y dejar a aquel par de infelices que pasarán en la intimidad el calvario de la locura. Resurrección

empezó a buscar afanosamente por los cajones de los muebles lápiz y papel y nerviosa como todos, apuntó una receta sobre un papel.

-Necesito que vayas a buscarme esto a una farmacia- le dice a Pepiño, entregándole en la mano el papel que acababa de escribir.

Yo intercedí ante Resurrección y me opuse a que Pepiño se dedicara a hacer recados. -Pepiño no puede ir a ningún sitio, tiene tareas que resolver, además a estas horas tan intempestivas de la mañana daríamos el cante buscando un tranquilizante. Déjalos que se le pase el síndrome y ya buscaremos remedio. Ahora lo importante es planificar con cuidado nuestras próximas acciones-.

Planificar claro que planificamos, pero La Meiga de Sarria era mucha meiga para abandonar a su suerte a ese par de desdichados, de modo que buscó por la cocina e improvisó una pócima que no tardó en subírsela a La Trini. Que por cierto no pareció que surtiera el más mínimo efecto, porque los chillidos no cesaron en horas.

Para cuando bajó Resurrección ya todos estábamos en faena. A Pepiño Muñón y al Carabinero de la Puebla les había encargado que se fuesen a la casa de Emerita y que buscasen por el entorno todos los caminos que saliesen desde la casa. Que averiguasen a dónde conducían y que tomasen buena nota de cuanto resultase de interés para la investigación. A Baldomero El Sepulturero y a Kika La Zorra los había mandado a Pacios a vigilar la casa del padre de la supuesta novia del hijo de Emerita, para ver si sucedía algo extraño, porque extraño e intrincado fue el plan que tramé para desenredar las cuentas de Emerita.

Sin pensármelo dos veces me acerqué con Lucia y con Loliña a La Puebla. Ellas para comprar en una farmacia unos medicamentos que les había encargado Resurrección para el tratamiento de los mendigos. Yo para coger un taxi y presentarme en un comercio de Monforte que regentaba el marido de la presunta novia del hijo de Emerita y lanzar un bulo para averiguar si alguien se ponía nervioso.

El establecimiento era el Maricielo, un supermercado muy bien abastecido, pero claro, no me dejaba mucho margen de maniobra, pero maniobré en la dirección adecuada.

-Hola, soy de Madrid y me han encargado unos gallegos, vecinos míos, que les compre unas libras de chocolate especial para hacer, que por lo visto comercializan en los establecimientos de esta región- le dije, totalmente improvisando, a una especie de encargada, ya entrada en años y en carnes, que se encontraba en ese momento reponiendo mercancía en las estanterías.

Ella, muy atenta y alegre, me acompañó a unos estantes donde estaban expuestos un buen surtido de diferentes marcas y calidades de chocolate, de modo que la elección entre tanta variedad me dio pie a charlar con Anita, la dependiente gordita y golosa de la tienda.

-Yo no le puedo aconsejar. A mí me gusta el chocolate con locura. Para mí todos son muy buenos- me dice pavoneándose con coquetería. Yo, aprovechando tanto la buena disposición de la chica como el sentido de la conversación, voy y le suelto de corrido todos los anzuelos para ver si en alguno picaba alguna presa.

-Soy policía judicial y estamos en la región reabriendo un caso de un desaparecido en la aldea de Santalla hace unos veinte años. Hemos localizado el cadáver en el pueblo de Pacios y estamos tras los pasos del asesino. ¿Usted no sabrá nada de este caso para que lo podamos aportar a la investigación?

Como era de suponer la chica no se inmuta por el suceso, ni por supuesto aporta información alguna a mi investigación, pero obviamente la moza estaba en periodo de merecer y no estaba dispuesta a perder la ocasión que se le presentaba para ligar con un desconocido, bien vestido y bien educado, que se le había presentado en su tienda solicitando consejo de chocolates e información sobre un desaparecido, así que su ofrecimiento fue de lo más sugerente:

-Nosotros cerramos a las dos de la tarde. Si me viene a esperar a la salida, le llevo el chocolate envuelto para regalo y llamo a mi hermano que esta casado con una chica de Pacios para ver si él sabe algo de ese asunto y se lo cuento.

Pero a la salida la chica no estaba para cuentos. Me entrega ariscamente los paquetes de chocolate envueltos con unos lacitos de lo más hortera y escabullendo la mirada trata abiertamente de evitarme. Yo tengo

que emplearme a fondo y exhibir todos mis encantos varoniles para tratar de detenerla un minuto.

-Perdóneme, quizás la he ofendido. No debí pedirle que me envolviera el chocolate para regalo. Comprendo que me he extralimitado al pedírselo- le digo en un tono de lo más insinuante y almibarado, pero que desde luego surtió efecto.

-No, que va. No es eso- me dice derritiéndose en deseos de contarme, pero decidida a finalizar el trance. -Es el calzonazos de mi hermano. Cuando le conté lo del desaparecido de Pacios, él llamó corriendo a su mujer para contárselo y ella le echó una bronca que usted no se puede imaginar. Le ha dicho que como yo hablé con la policía que me despide del trabajo hoy mismo. Ya ve usted, ni que tuviéramos nosotros algo que decir o que ocultar. Lo que pasa es que a mi hermano lo casaron con esa señoritinga para que apechugara con la barriga que otro le había hecho y lo trata como a un criado. Ni siquiera quiere a su propio hijo. Si no fuera por mi hermano que lo adora y por nosotros que le hemos dado todo el cariño, Fernandiño no tendría familia, porque tanto la madre como el abuelo son unos bichos.

La chica me mira con ojos desilusionados y se disculpa por no poder contarme nada. Pues menos mal que no me contó, porque ya lo único que quedaba por averiguar era saber quién lo había matado y dónde lo habían enterrado. ¡Ah! y quién fue el cabronazo que se fumó la cajetilla de tabaco y no dio las gracias por el regalo.

Aunque desde luego, yo sí que le di las gracias a Anita por envolverme las libras de chocolate para regalo, aunque fuese con esos lacitos tan horteras. Y por contarme lo que no debía contarme para no poner en riesgo su puesto de trabajo, así que la abracé y tan tiernamente como pude, la besé en sus jugosos labios y me despedí con un “hasta pronto cielo”.

Ella, realmente desconcertada por la situación, sólo acertó a decirme -que frío esta usted-.

-O quizás tu muy caliente- le repliqué a la vez que le hacia un sugerente guiño de ojos.

Los dos nos echamos a reír y la vi perderse por la calle del Cardenal, mezclada entre la gente, meneando sus caderas y luciendo unas más que generosas nalgas rellenas de chocolate y de buena sangre, que es a mitades, la receta magistral para hacer la buena gente. Y Anita y su hermano eran gente confiada y sincera, utilizados a conveniencia por una familia de desalmados que, casi con toda certeza, arrastraban sobre su conciencia la muerte del hijo de Emerita, La Pulpeira de Santalla.

Cuando regresé a la estancia de La Ferreirua, Emerita impaciente sale a mi encuentro y me hace una pregunta de lo más elocuente:

-¿Qué se sabe de lo mío?

-Pues de lo tuyo Emerita se sabe bastante. Déjame tomar aliento que ya te lo cuento, porque vengo muerto de tanto trajinar. Como pueden suponer lo de tomar aliento no es más que una alegoría, porque en nuestro estado por no tomar, no tomamos ni agua, pero una cosa me preocupó mucho al entrar en el salón de la vivienda. Sobre un aparador había un paquete de medicamentos entre los que pude identificar claramente una caja de Prozac.

-¿Quién se va a tomar esto?- pregunté a Resurrección suponiéndola responsable de aquellos productos.

-La Trini esta en un estado de deterioro que necesita con urgencia tratamiento o en muy poco tiempo la veremos como nosotros arrastrándose por los caminos, amarrada a una cuerda y con destino a ninguna parte. Yo sé cómo ayudarla y lo voy hacer- me dijo con tono desafiante y delante de todos los integrantes de la Santa Compañía.

-Resurrección, de sobra sabes que no podemos intervenir en el destino de los vivos, pase lo que pase- le dije también desafiante y decidido a cumplir las normas que deben regir en el comportamiento de A Corda de la Santa Compañía, pero su respuesta fue a la vez clara y alta.

-Maldito seas difunto de mierda. Nos has hecho creer que eras un abogado que había cometido un tropiezo en la vida y que estabas aquí para enmendar aquel error, pero no eres más que un hijo de puta, corrupto, sin entrañas y sin conciencia. A ti te importa una mierda respetar las leyes de los vivos o las reglas de los muertos. A ti sólo te importa saldar tus malditas cuentas y lavar tu conciencia. Hemos perdido al Avanto de la

Vineira porque no hemos hecho lo suficiente para congraciarle con el destino, pero no volveré a cometer otro error. Ayudaré a este par de desgraciados aunque tenga que hacerlo sola.

Pero no me pareció que lo fuera hacer sola, porque todos, sin dudarle y sin vacilaciones, tomaron posiciones al lado de La Meiga de Sarria y fui yo quien se quedó solo, sin aliados y sin argumentos. Así que lo que dije, lo dije porque no tenía otras opciones... o quizás lo dije porque deseaba como nadie que alguien me diese un mínimo argumento para ayudar a Zacarías y a La Trini, porque esta pareja de desdichados estaban pasando el infierno en la tierra y bien se merecían recibir noticias de Dios, aunque fuese a través de tan extraños mensajeros.

-Bueno, ya estamos muertos. ¿Qué más nos puede suceder?- les dije a todos como disculpa y a Resurrección le supliqué al oído -por favor, haz todo lo que puedas para que La Trini llegue a descubrir todo el amor que le tiene Zacarías.

-Entonces ¿me dijiste que algo se sabe de lo mío?- corrió Emerita a preguntarme, nada más zanzar el asunto del Prozac.

-Sí Emerita, algo se sabe de lo tuyo. Hasta ahora no tenemos nada confirmado, pero creo que tu hijo dejó embarazada a la chica de Pacios y que tienes un nieto que se llama Fernandiño, muy querido por su padrastro.

-Dejé a Emerita en un valle de lágrimas y me fui en busca de Pepiño y del Carabinero para que me pusieran al tanto de sus averiguaciones.

-Sólo hay un camino que conduce directamente a la carretera. Todo lo demás son cercados que lindan con fincas de labradío. Tuvo necesariamente que salir a la carretera, pero hemos tenido suerte. El Carabinero recordaba que había por allí un carreiriño que ya no esta transitable y que salía a unos diez metros del enlace del camino de la casa de Emerita. Lo seguimos como pudimos porque esta lleno de zarzas y a que no aciertas a donde lleva.

-A Pacios- les dije sin vacilaciones.

-¡Joder! Exclama sorprendido Pepiño. -Pues a nosotros nos costo un montón de arañazos averiguarlo, pero hay algo más. El carreiriño pasa

por delante de un cobertizo, ya medio destartalado, que esta a medio kilómetro de Pacios. Quizás el viaje del hijo de Emerita se interrumpió en ese lugar.

-Quizás- les dije –porque hoy he averiguado que la chica de Pacios a la que cortejaba el hijo de Emerita se casó con un dependiente del comercio de su padre, pero iba embarazada de otro.

-¡Hijos de puta!- exclamó El Carabinero con ojos furiosos por la rabia. –Han matado al pobre chico porque no era un buen partido para la hija de hacendado.

-A todo esto se preguntarán ustedes qué paso con los vagabundos ocupas de la casa. Pues a La Trini se la veía adormilada dando vueltas por la estancia. Resurrección la había atiborrado a tranquilizantes y Prozac y le había dado a comer algo de Jamón de York que Lucía, sin que nadie se lo encargase y por decisión propia, había comprado en La Puebla para que los dos comiesen algo.

Y Zacarías a lo suyo, es decir, a fantasear de lo divino y de lo humano. Su imaginación volaba por encima de los nidos de cuco, que como saben, son los pájaros que más alto construyen sus nidos. Y claro, tan calenturienta imaginación no podía llegar a comprender quiénes diablos éramos nosotros y qué hacíamos allí. Así que todo se le iba en conjeturas: qué si éramos una secta, qué si éramos traficantes, qué si éramos terroristas. Pero el colmo de su delirio fue cuando me agarró por el brazo y me dice:

-Oye colega, ya sé lo que sois vosotros.

-A sí, y ¿qué somos?- le pregunte aún a sabiendas de que sería una nueva de sus patochadas.

-Vosotros sois la Santa Compañía- me dice serio y trascendente.

-Acertaste- le dije sonriente –eso es lo que somos. Difuntos en busca de nuestro destino.

El Zacarías cruza los dedos, repite convulsivamente “lagarto, lagarto” y me dice: -venga colega, no me vaciles y dime de una vez lo que sois y lo que hacéis. Yo soy un buen camarada y ya sabes que soy muy

discreto. Lo que me digas es como si lo enterrases en una tumba. Nunca saldrá de mi boca.

Como dijo anteriormente Resurrección, con Zacarías no había problema. Era incapaz de discernir entre la fantasía y la realidad. Y en eso andábamos, ya bien entrada la noche, cuando entran por la puerta el Sepulturero y La Kika, que como saben, se habían marchado a Pacios a vigilar la casa del padre de la novia del hijo de Emerita por si sucedía algo inusual.

Pepiño, El Carabinero y yo, salimos a su encuentro y le preguntamos por la vigilancia.

-La verdad es que nos pasamos el día sin averiguar absolutamente nada. Pero al anoecer y cuando ya estábamos a punto de regresar vimos salir de la casa a un señor bastante decrepito. Lo seguimos y a que no sabéis a donde fue.

-A un cobertizo abandonado a las afueras del pueblo- respondimos los tres a la vez.

-¡Joder!- Exclamaron los dos a la vez -¿Cómo lo sabéis?

Les explicamos lo del carreiriño que conduce a Pacios y nos explicaron con detalle el lugar exacto donde el viejete, ayudado con una linterna, inspeccionó el terreno y cómo, tras dar un par de vueltas al cobertizo, regresó a su casa.

La trama había surtido efecto. Anita la dependienta llamó a su hermano; el hermano habló con su esposa y la esposa con su padre y éste, sabedor del lugar donde enterraron el cadáver, salió por la noche a cerciorarse de que todo continuaba en orden. Su canallada había sido descubierta, pero él aún no lo sabía. Esta noche aún dormiría tranquilo, la siguiente ya veríamos.

Y tengo que decir que el que lo vio más claro fue El Carabinero. Nos expuso su plan y lo encontramos razonable. De esa manera sí era posible, de modo que al día siguiente, nada más amanecer el día ya estaba llamando por teléfono al comandante del puesto del cuartel de la guardia civil de Puebla de Brollon.

-Teniente, le llamo en mi nombre y en el de otros amigos nuestros, para darle el pésame por los luctuosos acontecimientos sucedidos hace unos días en esa casa cuartel- le dije nada más ponerme al habla con él.

-Muchas gracias, pero ¿no quiere decirme su nombre?- me pregunta cortésmente.

-Prefiero callarlo por el momento- le digo –pero le llamo también para informarle del lugar exacto donde se encuentra enterrado el cadáver de un joven muchacho de Santalla desaparecido hace aproximadamente unos veinte años.

-Sí, conozco el caso- me responde muy interesado –yo aún no estaba en este destino, pero conozco a la familia y a su madre, La Pulpeira de Santalla, que por cierto también ha fallecido hace unos días.

Le informé detalladamente del lugar donde debían de buscar el cadáver. Apelé a su profesionalidad e invoqué a los fallecimientos del cuartel para que, en su recuerdo, diligenciasen el caso con rapidez. Y con toda la rapidez que me fue posible regresé a buscar a Emerita.

La senté en una silla y le dije: -Emerita, van a levantar el cadáver de tu hijo dentro de un rato. ¿Quieres presenciarlo?

-Sí, por Dios. Llevarme a verlo por Dios- nos dice presa de la emoción.

Agarran a Emerita entre Lucia y Resurrección y para allí nos marchamos todos: Loliña, la más bella inocencia que ser humano haya podido imaginar nunca; Baldomero y La Kika que por fin habían encontrado un amor puro y digno; El Lixeiro, muy colaborador ya superado el trance de sus cuentas; Pepiño el gran animador del grupo; El Carabinero que masticaba con frialdad su venganza y yo que empezaba a reconocermelo como un abogado no tan digno y como un hombre no tan íntegro. Y claro, como no, La Trini, que viene, pero viene algo adormilada y El Zacarías que no se lo perdería por nada del mundo.

Y no tardamos mucho tiempo en llegar al lugar, pero al lugar ya habían llegado antes los guardias civiles. Nos aposentamos en un cerro, medio escondidos, desde donde se podía contemplar con todo lujo de detalles el teatro de las operaciones, es decir: el lugar donde hace veinte

años algún desalmado había enterrado en cadáver del hijo de Emerita que, curiosamente y contra pronóstico, se mantenía erguida, atenta y serena, contemplando las evoluciones de los guardias.

Uno de ellos no tardó en descubrir nuestra presencia en el cerro y corrió a informar al comandante del puesto. El teniente me mira y yo le miro. Le dice algo al agente para que no se preocupe de nosotros y se vuelve hacia mí y con las manos me hace una señal como diciéndome: “he recibido tu mensaje y estamos en ello”.

Y estaban en ello. Joder que si estaban. Allí no paraban de llegar coches de la guardia civil, de la policía nacional, de la policía urbana, furgones de la policía judicial y hasta el mismísimo Juez Campeador acabó llegando al lugar.

El Carabinero nos iba poniendo al tanto de quién era cada cual. Estos son policías de Monforte de Lemos, ese que acaba de llegar es el alcalde de Puebla de Brollon. Esos no los conozco personalmente, pero me parecen de los juzgados de Quiroga. Y así poco a poco se fue juntando un pelotón de trabajo que, afanosamente y con todo esmero cavaban en el lugar que le había indicado al Teniente Centella, como cariñosamente llamaban los subordinados al comandante del puesto de la guardia civil.

Pero no eran sólo policías y autoridades los que acudían al lugar. Apenas iniciadas las primeras paladas, Emerita nos informaba de los deudos del finado que se acercaban al lugar. Esa es mi hija Dolores, ese es mi hijo Luis, ese es mi hijo... así hasta siete. Al octavo estaban tratando de desenterrarlo.

Y cavaron y cavaron. Primero sólo los guardias civiles, posteriormente también los hijos de Emerita, más tarde todos juntos, fuerzas de seguridad, familiares y vecinos formaban un compacto grupo de trabajo tratando de desentrañar uno de los más oscuros episodios del lugar: la desaparición de un chico de familia humilde que cortejaba a una chica hija de un hacendado.

Y seguía llegando gente, mucha gente. Más policías, más guardias civiles, curiosos del lugar, un coronel de la guardia civil en su coche oficial, un laboratorio móvil de la policía judicial, periodistas para cubrir la noticia, pero de pronto escuchamos la voz ronca y serena de Emerita

que nos informaba de la identidad de una mujer que acababa de llegar al pie de las excavaciones:

-Esa mujer que se acaba de situar en primera fila, es la chica que cortejaba mi hijo.

En efecto me fijé en ella. Vi que con toda decisión se abrió paso entre los curiosos, habló con los guardias que custodiaban el lugar, consiguió franquear la barrera que impedía el paso al lugar de trabajo y se situó en primera fila de la zanja.

De pronto todos cuantos cavaban se pararon y se escuchó un rumor esclarecedor: Habían encontrado el cadáver.

Lo siguiente que sucedió tengo que decir que me sorprendió brutalmente, pero también sorprendió a las fuerzas que custodiaban el lugar. La mujer que acababa de llegar y que según Emerita era la novia de su hijo se tiró al fondo de la zanja, se abrazó a un montón de huesos y andrajos y gritando como gritan los locos en el manicomio, llorando como lloran las madres que entierran a sus hijos, suspirando como suspiran los moribundos exhalando el último aliento y susurrando como se susurran los enamorados a la luz de la luna repetía y repetía:

-¿Qué te han hecho cariño? Me habían dicho que te habían ofrecido dinero para dejarme y que lo habías aceptado. Me habían dicho que te habían visto en América casado y con hijos. Me habían dicho que no me querías y que sólo buscabas mi dinero. Me habían dicho... ¿qué te han hecho amor mío?

El momento no podía ser más dramático. Los operarios que trabajaban en la zanja se habían quedado como petrificados y no sabían cómo reaccionar. Emerita seguía erguida y serena, ajena a cuanto la rodeaba y atenta a cuanto sucedía allá, en el fondo de la zanja.

Pasados los primeros momentos de incertidumbre vimos entre la muchedumbre que un hombre corpulento se abrió paso y con decisión y firmeza saltó al fondo de la zanja, cogió cariñosamente a la mujer en sus brazos, gateó como pudo hasta salir del agujero y le vimos alejarse sereno, llevándose a la mujer en brazos. La mujer iba sollozando y repitiendo las mismas expresiones, pero esta vez ya arropada por su marido que, en un

gesto de generosidad y de amor, había venido a rescatarla del infierno del pasado.

Al pasar ambos a la altura del grupo que formaban los hijos de Emerita, repentinamente uno de ellos comenzó a aplaudir a la pareja y en un segundo todos, Emerita incluida, estábamos aplaudiendo la sinceridad de la mujer a la que la habían convencido de que el novio la había abandonado por dinero.

La guardia civil continuó con esmero su desagradable tarea. De allí no se movía nadie, al contrario, la gente seguía llegando. Y entre los recién llegados pude reconocer a una chica regordeta, pelo ensortijado y nalgas generosas. Sí, era Anita que venía acompañada de un joven muchacho al que acercó hasta la orilla de la tumba. Me acerqué hasta Emerita y le susurré al oído:

-Ese chico es Fernandiño, tu nieto. Ha venido a conocer a su padre.

Ella le lanza un beso desde la colina y el chico, como sintiendo una extraña llamada, como reconociendo la fuerza de la sangre más allá de la vida o de la muerte, volvió la mirada hacía Emerita y le devolvió el beso con una más que elocuente sonrisa. Ella no dijo ni hizo nada más. Se volvió hacia nosotros y nos dijo:

-Llevarme a casa. No deseo seguir viendo nada más.

Me costó. No crean que no me costó arrancar a la pandilla del lugar. Todos estaban ensimismados viendo la exhumación del cadáver. El regreso a lo cotidiano fue cruel. La mujer nada más sentarse al lado de la chimenea empezó a sollozar y a repetir convulsivamente gracias. Gracias Dios mío por haberme proporcionado este momento, ven a por mí cuando quieras. Ya estoy lista, gracias, gracias.

Pero nosotros aún no estábamos listos para dar las gracias. Quedaban asuntos por resolver en las cuentas de Emerita, así que pasadas unas horas, nuevamente me puse en contacto con El Teniente Centella.

-Hola garganta profunda- me dice como saludo rememorando hechos famosos en otros tiempos y en otros lugares.

-Aún quedan cabos sueltos- le dije.

-No, quizás no- me dice muy seguro –cuando llegamos a la casa del padre de la chica nos lo encontramos con la cabeza volada. Por la mañana un vecino entró en su casa gritando que estaban levantando un cadáver en el cobertizo del carreiriño. La hija se enfrentó furiosa a su padre y le dijo “¿qué has hecho malnacido?” y salió corriendo hacia el lugar. El anciano también salió. Salió en busca de la escopeta y se voló la cabeza. Ya te digo, por lo que a nosotros concierne, caso cerrado.

-No corras teniente, no corras. El caso lleva muchos años pendiente y aún puede seguir unos días más abierto-. Y le conté lo del tabaco. Le conté mis sospechas de que un confidente de la pareja al que el hijo de Emerita regalaba cajetillas de tabaco, tenía que ser necesariamente cómplice de su muerte. –Ese hijo de puta no le dio las gracias por el tabaco y tiene una deuda pendiente de saldar.

El teniente tomó muy buena nota y me dijo: -el tabaco es malo para la salud y ese cabrón lo va a comprobar muy pronto. Por cierto– me dice antes de colgar –he creído ver entre tus acompañantes a Trinidad López.

-Sí, cierto. La Trini esta con nosotros ¿algún problema?- le pregunté un tanto sorprendido por el descubrimiento.

-Ninguno por nuestra parte- me dice –pero te informo que su hija, que vive en Lugo, lleva tiempo buscándola y esta denunciada como desaparecida. Es posible que yo vea pronto a su hija ¿puedo transmitirle esperanzas?

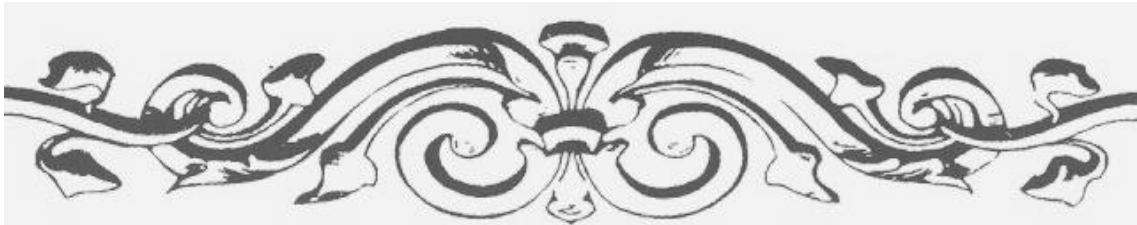
-Si, desde luego, pero déjame unos días. Ha empezado un tratamiento y en poco tiempo habrá recuperado el semblante.

Quien no recuperaba ni un ápice de cordura era El Zacarías. Ya abiertamente ambos se habían integrado en el grupo como un par de difuntos más, pero estos un tanto diferentes: comían y bebían. Y cómo comían. Al Zacarías todo le venía bien, pero La Trini seguía en un prolongado estado de amodorramiento.

Y entre cuentos y zarandajas de Zacarías, ingenuidades y simplezas de Loliña, desplantes de La Tocapelotas y pócimas de La Meiga, nosotros, los varones difuntos de la Santa Compañía, planificábamos minuciosamente

saldar cuentas con un hijo de puta, corrupto, deshonesto, inmoral y además intocable, el todopoderoso Juez Campeador.

Nuestra siguiente misión sería la de ajusticiar a la justicia.



CAPITULO-IX *Días de vino y Prozac*

Los siguientes días fueron días de vino y Prozac. El Zacarías, no se sabe cómo, siempre tenía un cartón de vino a mano y La Trini, sí sabemos cómo, siempre estaba atiborrada a Prozac, de modo que molestar, molestaban, pero bendita molestia, porque a la pobre Trini se le notaba la mejoría según pasaban los días y las horas.

Todo el grupo estaba muy animado por el feliz desenlace de las cuentas de Emerita y todos los que aún tenían sus cuentas sin saldar reclamaban para que sus cuentas fuesen las siguientes. Pepiño que si sus cuentas se podían resolver fácilmente y quedaban a mano. Lucía que si sus cuentas corrían prisa porque el cadáver de su amante se podía descomponer y luego podrían tener problemas para hacerle la autopsia. Resurrección nos advertía que los legajos que tenía que entregarle a su hija y donde constaba todo el saber de las meigas de antaño podrían caer en manos de indocumentados y perderse para siempre y Baldomero El Sepulturero y Kika La Zorra agarrados de la mano reclamaban que sus cuentas ya estaban maduras para saldar.

-¿Y tus cuentas Loliña cómo están?- le pregunté por si había suerte y sonaba de una vez la flauta mágica.

-Non che teñen duda- respondió lacónicamente con una frase hecha que significa algo así como “sin novedad”. Así que tuve que dar las novedades a los que reclamaban atenciones.

-Todas las cuentas serán saldadas en su momento, pero ahora toca saldar las cuentas del Carabainero. Ir recogiendo los bártulos y preparando A Corda porque hoy será un día largo y nos espera una larga caminata, de modo que no perdamos tiempo en divagar porque cada día tiene su afán y el de hoy esta muy claro.

-Oye colega mis cuentas también serán saldadas ¿verdad?- me comenta sigiloso El Zacarías, que el pobre no sabía de qué iba la cosa, pero que intuía que él también podría conseguir su minuto de gloria.

-Claro Zacarías- le contesté también sigilosamente y le hice una confidencia que le dejó muy pletórico.

-Tus cuentas serán saldadas como las de los demás. Ya sabes que tus cuentas son las de devolverle a La Trini la cordura y cuidar de ella de por vida. Ella necesita a su lado un hombre que la cuide y que no la vuelva a dejar beber vino porque eso acabaría con su vida- le digo para hacerle cómplice de la curación de su compañera y sobre todo para evitar que le siga proporcionando cartones de vino a escondidas.

-Cuenta con ello colega- me dice eufórico y muy seguro de sí mismo y a la vez orgulloso de asumir responsabilidades. Aunque lo que me dijo a continuación no fue precisamente una tranquilidad para mí.

-Ya sabes que a La Trini a veces se le cruzan los cables y se vuelve algo chiflada, pero aquí estoy yo que tengo las ideas muy claras y según me dijo un buen colega del hospital de Monforte tengo la cabeza muy bien amueblada-

-¡Joder!- pensé para mí. -Cómo tendrá ese colega su cabeza para pensar que Zacarías es un cuerdo responsable, cuando en realidad esta como un cencerro, porque nada más dejarme y conocedor de que íbamos a dar un escarmiento al Juez Campeador le dice a La Trini que llamase al Juez y que le citase en donde nosotros le dijésemos.

La Trini, medio despierta medio dormida por los efectos del Prozac, viene y me pregunta sin ninguna vacilación dónde queremos que cite al juez y a qué hora. Yo me quedé desconcertado por el ofrecimiento y no fui capaz de desautorizarla o de pedírselo.

El Zacarías interviene al ver mi perplejidad y me pone al corriente de la situación.

-La Trini fue la primera novia del juez de Quiroga cuando sólo eran unos adolescentes, pero la dejó cuando asumió que era homosexual, aunque nunca pudo superar la frustración de no consumir relaciones con ella y nunca ha dejado de estar persiguiéndola, incluso después de casada. Esta obsesionado y no deja de intentarlo cada vez que puede aunque La Trini jamás le volvió a dar cuartelillo- termina El Zacarías su bien argumentada propuesta.

La Trini ya harta de tanta explicación y con más fuerza de voluntad que ganas de hacer nada me insiste –Dime de una vez la hora y el lugar, lo demás déjalo de mi cuenta.

Yo intercambio miradas de complicidad con El Sepulturero, con Pepiño Muñón, con El Lixeiro y por supuesto con El Carabiniro. Ninguno dice nada, pero adivino en todos ellos ansias de saldar cuentas así que con decisión, aunque no con demasiadas esperanzas de conseguirlo, le digo a La Trini:

-A las cinco de la tarde en la iglesia de Hospital del Incio. Queda con el juez de Quiroga a las cinco de la tarde en ese lugar. Haz o dile lo que quieras; prométele, insinúale o júrale pero consigue como sea que esté allí a esa hora-

Ella no dice nada. La verdad es que esta sin fuerzas y más dormida que despierta. Se me acerca lentamente, alarga su blanca y fría mano a mi cara, me hace una leve caricia y me dice casi susurrándome al oído:

-No te preocupes cariño. Tú prepara lo que tengas que preparar, porque ese hijo de puta acudirá a las cinco de la tarde a una cita con la gloria o con la muerte, pero acudirá, no tengas duda de ello-

A continuación se sienta cómodamente en un sofá al lado del teléfono, enciende un cigarrillo y le da unas caladas profundas, aspirando, saboreando y viviendo intensamente el momento. Acerca sus largos y delgados dedos al dial del aparato y marca parsimoniosamente un número detrás del otro hasta completar una serie que conoce de memoria y espera reposada y tranquila la respuesta al otro lado del hilo.

-Soy Trini, quiero verte a las cinco en la iglesia de Hospital del Incio. Acude sólo y ven sin prisas- le dice al aparato con voz dulce, melodiosa, insinuante y firme.

A continuación se hace un largo silencio en la conversación de Trini con el juez, sólo roto de vez en cuando por un escueto ¡sí!. El silencio se hace interminable. Todos estamos atentos a la cara casi inexpresiva de La Trini que sigue pegada al teléfono asintiendo tanto con la cabeza como con su voz ronca y dulce. Con un monosílabo tras otro va hilvanando una cita con ese extraño personaje para, como ella le dice lacónicamente, enfrentarse con la gloria o con la muerte. Al cabo de un buen rato cuelga el teléfono, se levanta, nos mira y sólo acierta a decir:

-Vámonos, hay mucho que caminar hasta ese lugar-

Todos nos aferramos a la cuerda. Todos incluso La Trini y Zacarías, pero en este viaje no nos acompañaría El Lixeiro, el cual tenía que solventar ciertos asuntos para no dejar cabos sueltos. El Carabinero antes de salir busca afanoso entre los armarios de la casa y en el almacén que hace de taller del sótano. Coge varios pertrechos que mete cuidadosamente en un saco, lo cierra sigilosamente y ya todos juntos salimos a saldar cuentas. No tengo muy claro ni lo que lleva ni por qué lo lleva, pero tampoco me atrevo a preguntar porque su cara lo dice todo. Este hombre ha padecido hambre y sed de justicia, pero presiento que pronto, muy pronto, vera saciadas sus ansias.

Teníamos que desandar el camino hecho días antes, porque la cita era al pie del General Castaño, aquel viejo árbol de considerable base y de exuberante ramaje, aunque antes de llegar al lugar El Carabinero nos desvía de la ruta y nos mete hacia Monte Agudo donde la vegetación y los riachuelos de cantarinas aguas abundan por todos los recovecos de aquellas montañas.

-¿A donde nos llevas?- le pregunté intrigado por el extraño proceder, máxime cuando el tiempo no escaseaba pero tampoco íbamos nada sobrados.

-Por estos lugares suele haber caballos sueltos. Voy a lazar un garañón y llevarlo con nosotros.-

Para qué querría El Carabinero un caballo. No me lo puedo imaginar pero como pueden comprender, yo a estas alturas no estaba dispuesto a preguntar nada. Pero lo que sí me pareció es que no sería fácil cuando al acceder a una vaguada estrecha y sin salida vimos una pequeña manada de caballos sueltos compuesta por media docena de yeguas hermosas, un par de potrillos retozantes y un garañón rojo pajizo que nos miraba sorprendido y atento para cuidar la manada.

-¿Cómo lo vamos a coger?- le pregunté muy escéptico de que nuestra misión acabase felizmente.

-A mí me parece que esta manada no se va a dejar lazar fácilmente- le confirmé a sabiendas de que a nada que hiciéramos saldrían al trote y no los volveríamos a ver más.

Lo que vino a continuación nos dejó boquiabiertos a todos. Loliña se soltó de La Corda, se desnudó íntegramente delante de la manada, cogió la cuerda que El Carabinero había traído para tal fin y casi flotando en el aire y casi bailando en lugar de andar, se acercó a la manada que, sorprendidos por aquel extraño proceder de Loliña, no le quitaban ojo de lo que hacía.

Aquello que estaba presenciando no podía ser cierto. La niña ya dije que era bella, muy bella, pero en aquel momento, desnuda e iluminada por los rayos del sol que asomaban entre las ramas de los árboles, su hermosura era angelical.

Ya les dije que tenía una hermosa cabellera rubia, pero verla como la estábamos viendo desnuda, acercándose a la manada y con la cabellera mecida por el viento y acariciando su sedosa espalda les juro que más que una criatura terrenal, parecía un ángel salido de los pinceles de Velázquez o de Murillo... o quizás es que realmente era un ángel, porque al acercarse al garañón lo lazó suavemente, lo besó en la frente, le palmeó el cuello y dócil, muy dócil, lo acercó al grupo que no salíamos de la sorpresa.

Ella, como toda explicación por tan inexplicable rito nos dio una explicación medio convincente:

-Yo asistía todos los años a la rapa das bestas y este era mi método favorito para domesticar a los caballos salvajes-

Y nuevamente todos juntos, caballo incluido, proseguimos el penoso y lento caminar hacia nuestra cita. Llegamos pronto y con tiempo suficiente para tomar posiciones, emboscarnos debidamente y dejar a buen recaudo a los miembros de La Santa Compañía que no iban a participar en este brutal acto de saldar cuentas con el destino.

No tardamos en ver aparecer por el lugar a un coche de la Guardia Civil, del cual se bajó El Teniente Centella. Yo extrañado por su presencia en aquel recóndito lugar me acerqué hasta el teniente para enterarme del motivo de su presencia.

-¿Qué te trae por estos santos lugares Teniente?- le pregunté nada más llegar a su altura e intercambiarnos un cálido apretón de manos. Como pueden suponer lo de cálido lo digo sólo metafóricamente, porque a él no le pasó desapercibida mi recalcitrante frialdad.

-¿Qué té pasa Garganta Profunda?, Tienes las manos muy frías, ¿Quizás es que estas nervioso?

-No, es sólo un simple problema de circulación. Nada de importancia, pero dime ¿Estas aquí por alguna misión o simple turismo?

-No corras Garganta Profunda, no corras. Yo soy la autoridad y yo soy quién hace las preguntas. Primero quiero agradecerte tu valiosa información. Tengo que decirte que he recibido felicitaciones de todos los estamentos por haber resuelto este caso que se había enquistado, aunque algunos están muy mosqueados de cómo he obtenido la información para resolverlo. Supongo que no querrás explicarme cómo sabías tú donde estaba enterrado el cadáver.

-No Teniente Centella, té equivocas. No tengo nada que ocultarte-

Y le expliqué minuciosamente lo de la chica regordeta con pelo ensortijado y las nalgas rellenas de chocolate. Y le expliqué

minuciosamente la salida nocturna del padre de la novia para comprobar el lugar de los hechos y le expliqué, aunque no le di detalles, de cómo Emerita, La Pulpeira de Santalla había muerto con el alma llena de pena por no poder besar la tumba de su hijo.

-Por cierto-, le dije finalmente a tan extensa y minuciosa explicación -Quedan todavía cabos sueltos. Un malnacido se ha fumado los cigarrillos del hijo de Emerita y aún no ha dado las gracias-.

-Ya te dije anteriormente que el fumar es malo para la salud- me contesta muy satisfecho el Teniente Centella –Investigamos y descubrimos que Barroso, un criado mal encarado, pendenciero y fumador empedernido que por aquellas fechas trabajaba para el padre de la novia vivía precisamente en esa chabola. Este hombre en la actualidad agoniza en el hospital de Monforte víctima de un cáncer de pulmón. Le interrogamos y le presentamos pruebas que le comprometían personalmente en el asesinato y terminó cantando de plano, aunque también es cierto que no tiene nada que perder.

-Desdichadamente- dice el Teniente con cierta tristeza -no va a poder cumplir cárcel por encubridor de un delito execrable, pero puedo asegurarte que morirá con dolores, con muchos dolores, porque me aseguré que el médico que le atiende conociese ampliamente y con todo lujo de detalles sus hazañas y me aseguró que no va hacer absolutamente nada para proporcionarle una muerte dulce. Va a dejar que la naturaleza haga su trabajo. Ese hijo de puta conocerá el infierno en vida- termina con rabia su relato el teniente.

Hablamos de más cosas. Yo le conté mis andanzas por los juzgados de Madrid. Él me contó las suyas por las casas cuarteles de la Guardia Civil. Yo le conté cómo me las ingení para amasar una gran fortuna. Él me contó cómo se las ingenia para estirar mensualmente un sueldo que a duras penas llega para superar la quincena. Yo le conté de las alegrías del lujo, las mujeres y el placer. Él me contó de los sinsabores de sacar adelante mujer y tres hijos, de las privaciones, de las penurias y también me contó que a veces, cuando llega a casa cansado, harto de ver tanta maldad por el mundo, su mujer se le acerca, le quita el tricornio y le dice: “los niños están acostados, pero te esperan para que les des un beso”.

Entonces sentí que por mis mejillas corría una gota de agua. No, no podía ser una lágrima porque ya saben que los difuntos carecemos de

fluidos y no nos es posible llorar, de modo que quizás fuese que de algún árbol cayese una gota de rocío y justo fuese a parar en ese momento a mi cara, pero fuese lágrima o fuese rocío no importó demasiado. El Teniente Centella me abrazó para consolarme de una vida de soledad y me advirtió.

-No sé ni por qué estáis aquí ni lo que queréis hacer, pero el juez de Quiroga vendrá dentro de una media hora y nos mandó que revisásemos esta zona por si había algo extraño. Yo le voy a decir que todo esta tranquilo, pero no os confiéis, porque lleva un aparato de alarma y si lo pulsa os caerán encima una brigada de guardias civiles que están apostados un kilometro carretera abajo. Tampoco sé lo que viene hacer él aquí, ni tampoco me interesa. Yo te prevengo: soy el Comandante del puesto de La Puebla y si me llaman cumpliré con mi deber.

Y nos abrazamos y se marchó carretera abajo. Yo eché un vistazo desde el altozano para revisar el teatro de operaciones, es decir, el lugar donde íbamos a colgar a un malvado. Allí, a la sombra del General Castaño y medio tendida en una manta, al más puro estilo cortesano, como si fuese la maja de Goya, medio desnuda, medio vestida, estaba La Trini.

Su gesto y su postura era dulce e insinuante, su cuerpo lucia terso y sensual, su sonrisa era inquietante, algo picarona o quizás socarrona o simplemente despectiva, pero allí estaba ella, cual Amantis Religiosa esperando ansiosa que la cubriese el macho para causarle la muerte. Y allí, por el recodo de la carretera apareció el amante en busca del placer o de la muerte.

El encuentro duró una eternidad porque el juez se tomó la revancha de tantos años de paciente espera. La Trini estaba colaboradora, incluso diría que halagada por tal derroche de pasión y de lujuria. El uno bramaba y la otra suspiraba, él buscando afanoso cada centímetro de su piel para besarlo y acariciarlo, ella entregando generosamente su cuerpo y sus caricias que prodigaba acariciándole amorosamente sus cabellos. Ella desnuda tranquila y sensual, él vestido nervioso y apasionado. Ella gimió tímidamente, él voluptuosamente sació tantos años de espera y de abstinencia femenina.

La soga cayó plumiza sobre un hombre desconcertado entre el mayor de los placeres y una visión fantasmagórica al ver los ojos de ira del Carabinero de la Puebla que, inclemente y vengativo, tiraba ferozmente de la cuerda anudada a su cuello para, en unos instantes,

levantar su cuerpo y dejarlo suspendido a una de las más altas ramas del General Castaño. La Trini se levantó rápidamente y desapareció de la escena. Casi se diría que los estertores del placer, sin solución de continuidad, dieron paso a los estertores de la muerte.

El cuerpo comenzó un lento balanceo sobre sí mismo y los varones de la Santa Compañía, todos a una, Zacarías excluido, anudamos con firmeza la soga a la base del castaño. Todos miramos espantados la cara agonizante del Juez Campeador que, amoratado y con un rictus de sorpresa y pánico en la cara, pataleaba, se retorció y movía con desesperación la vista en busca de alguna ayuda, que por supuesto no iba a encontrar y poco a poco, lentamente, los pataleos se fueron apagando, los estertores se hacían más lentos y menos violentos, la cara se le desencajó, los ojos parecieron salirse de las órbitas y la lengua pendía fuera de la cavidad de la boca, quizás en un último intento de buscar aire, de aferrarse a la vida o de gritar pidiendo auxilio.

El Carabinero no apartó ni un solo segundo la vista de la cara del ahorcado. Disfrutó cada estertor, cada mueca, cada pataleo, cada intento vano de zafarse de la soga, cada intento por conseguir una bocanada de aire y finalmente, cuando ya el cuerpo inerte no mostraba el más mínimo espasmo o síntoma de vida, sacó del saco que había traído de La Ferreirua un cuchillo de grandes dimensiones, dio un tajo limpio y certero a la soga y el cuerpo sin vida del Juez Campeador, dueño de vidas y haciendas del lugar, corrupto, vengativo y traficante, cayó al suelo como si se tratase de un simple fardo de patatas. El Carabinero nuevamente echó mano al saco y de su interior extrajo una sabana de hilo blanca, desanudó la soga del cuello del ahorcado y con meticulosidad y oficio envolvió el cadáver en la mortaja y mirándonos a todos nos dijo:

-Lo demás lo tengo que hacer sólo. Marcharos y muchas gracias por haberme ayudado a saldar mis cuentas.-

Yo no tenía muy claro qué más tenía que hacer El Carabinero, pero desde luego su decisión de finalizar con La Santa Compañía era firme, así que uno a uno se fue despidiendo de cada miembro del grupo. Yo tardé bastante más en despedirme de él. Traté de sacarle cuanta información pudiese acerca del Teniente Centella, porque muy pronto iba a necesitar de un albacea para saldar mis cuentas y me pareció que quizás este guardia civil, honrado y sincero, podría ser la persona adecuada. Quería saber si era una persona íntegra y responsable y descubrí que la

integridad y la responsabilidad por estos lugares la llamaban Teniente Centella.

Quise saber si era hombre leal y capaz de guardar secretos y también descubrí que la lealtad y la discreción eran las señas de identidad de ese guardia civil, de modo que no tuve más que preguntar y, ambos, El Carabinero de la Puebla y yo nos fundimos en un prolongado abrazo de despedida y con un gran pesar y con una gran alegría por haber ayudado a un difunto mortificado a saldar sus cuentas, me alejé del lugar y allí, a la sombra del General Castaño, un árbol de una exuberante frondosidad en los aledaños de la iglesia de Hospital del Inicio, quedaban el vengador, su víctima y el caballo, que ya me dirán ustedes para qué querría un caballo salvaje un difunto, miembro de la Santa Compañía.

Aunque no tardamos mucho tiempo en descubrir la utilidad del caballo. El día se nos había escapado y la noche nos sorprendido a medio camino de descenso hacía La Ferreirua que como saben, o si no yo se lo recuerdo, queda en la misma dirección de La Puebla de Brollón, la ciudad donde esta la casa cuartel de la guardia civil y por supuesto el lugar donde El Carabinero tenía enterrados a su mujer y su hijo.

La noche era oscura y tormentosa. De vez en cuando los relámpagos iluminaban el camino y los truenos ensordecedores retumbaban entre las paredes montañosas del lugar. Todos aferrados a la cuerda apurábamos el paso para llegar cuanto antes a nuestro provisional escondite, pero de pronto creímos que el infierno se había abierto y Lucifer venía a nuestro encuentro.

Por el camino bajaba una visión estremecedora, dando gritos que al principio no entendíamos e iluminada a veces por los rayos de la tormenta. Al pasar muy cerca de nosotros pudimos reconocer al Carabinero montado sobre el caballo, galopando alocadamente, con la cabeza del Juez Campeador colgada de las crines del caballo, sujetando sobre su puño que levantaba desafiante hacia el cielo un pedazo de carne sangrante y gritando enloquecidamente:

¡VENGANZA!
¡VENGANZA!
¡VENGANZA!

Todos nos quedamos descompuestos y aterrados por la visión. En su locura casi nos arrolla y tuvimos que tirarnos apresuradamente a un lado para esquivar los cascos del caballo, y desconcertados, lo vimos perderse camino abajo, gritando convulsivamente las mismas palabras e iluminado a veces por los relámpagos de una noche de tormenta.

Al reanudar la marcha y aún horrorizados por semejante visión se me acerca Resurrección La Meiga de Sarria y me explica el significado de aquella fantasmagórica escena.

-Los antiguos celtas colgaban de las crines de sus caballos las cabezas de sus enemigos y le arrancaban el corazón para entregárselo como trofeo de guerra a sus mujeres. Creo que lo que agarraba sobre su puño podría ser el corazón del juez-

Y en efecto eso era, porque nada más amanecer el siguiente día recibí la llamada indignada del Teniente Centella.

-¿Sabes que nos hemos encontrado hoy al amanecer en el cementerio de La Puebla?- me dice realmente muy sobresaltado.

-Supongo que sí- le contesté muy tranquilo –la cabeza y el corazón del juez de Quiroga.

-Oye esto es una locura, voy a dar orden de desenterrar los cuerpos del Carabinero y de su familia para ver quién esta enterrado en sus tumbas y voy a mandar una patrulla para que os detenga a todos y vengáis al cuartel a declarar, porque por aquí la gente anda comentando que esto ha sido obra de La Santa Compañía- me dice el Teniente cada vez más enfadado y sobresaltado.

-Mira Teniente- le digo tratando de calmar los ánimos y de apaciguar su furia –lo de la Santa Compañía esta muy bien como folclore y como reclamo para el turismo de la región, pero achacar un simple arreglo de cuentas entre narcotraficantes a un misterio del más allá resulta de lo más insólito. Imagínate la cara de estupefacción que se le iba a poner a tus mandos si enfocas el caso como un asunto de difuntos en busca de venganza.

-Bueno- me dice algo más calmado y reflexionando –quizás no mande desenterrar los cuerpos del Carabinero y de su familia, pero

vosotros tendréis que pasar por el cuartel a prestar declaración. Esto es muy extraño y quiero saber qué os traéis entre manos.

-No hace falta que pasemos, porque además las próximas horas vas a estar muy ocupado resolviendo este caso tan extraño. Uno de mis amigos ha visto entre Pacios y La Ferreirua un coche estrellado cerca del río, quizás ahí descubras que su propietario es un conocido narcotraficante y quizás también descubras que esta huido y en busca y captura- le dije con intencionalidad y con un sutil toque de complicidad, y además le añadí cuanto pude para hacer más creíble la historia.

-La cosa puede ser bastante fácil de resolver, porque ayer, cuando bajaba de visitar aquella hermosa iglesia donde te encontré, vi un coche que aparcaba al lado de la carretera y que un par de individuos se bajaban y se dirigían andando a ese lugar. Quizás es que simplemente iban a realizar una operación de compraventa de droga y las cosas se liaron y mataron al juez, porque vosotros sabéis de sobra que ese hijo de puta era un narcotraficante ¿verdad?- le pregunté con indisimulada intención de desviar el motivo de la muerte del Juez Campeador.

-Bueno, todas esas cosas se dicen, pero aún no se ha podido demostrar nada concreto. Lo único cierto es que el juez está muerto y descuartizado y que esto hay que ponerlo en claro. Sin pruebas no hay acusación posible ni se puede resolver el caso, así que o me aportas pruebas o tendré que llamaros a todos a declarar- me dice en una clara invitación a que le siga aportando datos.

-¿Pruebas?, ¿Quieres más pruebas? Pregunta en Pacios y te dirán que ayer vieron pasar el coche al anochecer a gran velocidad y procedente del Incio. Revisa con mucha atención las huellas que hay en el coche y posiblemente descubras en él las huellas del juez. Revisa los asientos y casi con toda seguridad descubrirás restos de heroína. ¿Qué más pruebas puedes necesitar para cerrar el caso como un simple ajuste de cuentas entre narcotraficantes?- le pregunté ya seguro de tener ganada esta batalla.

-¿Y el cuerpo?, ¿Dónde está el resto del cuerpo?- me pregunta ya convencido de la veracidad del relato, o quizás convencido que esa es una versión cómoda y razonable para cerrar el caso.

-Hombre yo no sé dónde está el resto del cuerpo, pero yo que tu miraría en los alrededores de un gran castaño que hay al lado de la iglesia de Hospital. A lo mejor los narcotraficantes han utilizado alguna de sus ramas para colgarlo y después lo han descuartizado y llevado el cadáver al cementerio de Puebla para hacerlo parecer como una venganza del más allá. Ya sabes que como los gallegos creen en esas cosas de la Santa Compañía, pues a lo mejor han supuesto que vosotros, la guardia civil, íbais a caer en la trampa, pero estoy seguro que no vais hacer caso a esas patrañas- le digo machacando el asunto.

-Bueno-, me dice algo mosqueado, pero inquieto por comprobar todas las cosas que le había apuntado- Yo voy a investigar el asunto, pero vosotros no os marchéis de la zona porque quiero hablar más cosas contigo.

-Por supuesto que trataremos más cosas Teniente, por supuesto-

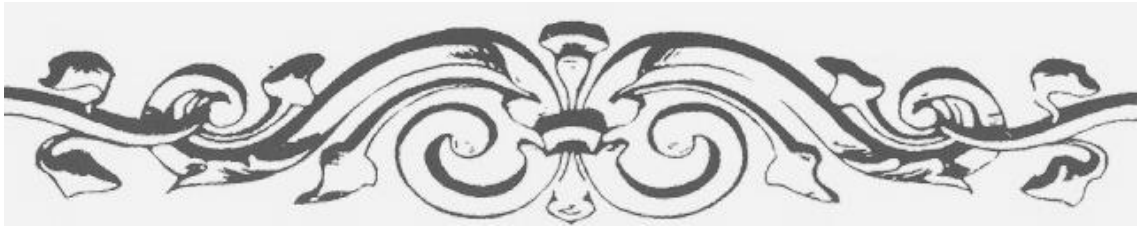
El hombre no entendió mi mensaje, pero yo sabía lo que decía. Este hombre aún tenía que hacer muchas más cosas por nosotros, aunque nosotros ya las estábamos haciendo por él.

Porque en efecto, el Carabinero nos dio información precisa para montar una coartada creíble y El Lixeiro había robado ese día el coche de un conocido narcotraficante huido de la región, lo había subido a la iglesia de Hospital, habíamos impregnado el coche con las huellas del Juez Campeador, ya difunto por supuesto, y habíamos esparcido algo de droga por los asientos, requisada de un lugar donde El Carabinero sabía que se ocultaba. Había pasado haciéndose notar por Pacios a la hora adecuada y finalmente, amparado en la soledad del lugar y la espesa vegetación, lo estrelló en el lugar convenido.

Todo encajaba, así que no habría ningún problema por continuar nuestro quehacer de saldar cuentas con el destino. Bueno, todo, todo, no encajaba. Supongo que El Teniente Centella nunca podrá explicarse razonablemente, si el coche se estrelló cinco kilómetros antes de La Puebla, cómo pudo llegar la cabeza y el corazón al cementerio, ni tampoco se podrá explicar cómo había huellas en el coche, pero no había manchas de sangre.

En fin, no se lo vamos a dar todo resuelto. Habrá que dejarle que sea creativo y que improvise. Que se imagine alguna explicación coherente

que encaje razonablemente y sin buscarle tres pies al gato, porque pensar que esta atrocidad ha sido obra de La Santa Compañía, eso, mejor descartarlo, no sea que sus mandos crean que esta chiflado, que le tomen por loco, que pierdan la confianza en él y que le manden a vigilar semáforos.



CAPITULO-X Cuentas ocultas

Casi sin reponernos de la resolución de las cuentas del Carabinero de La Puebla nos pusimos en marcha para solucionar las cuentas de Resurrección, La Meiga de Sarria. Los miembros de la Santa Compañía que aún quedábamos en la cuerda y los nuevos agregados nos dispusimos para enfrentarnos a un nuevo reto.

Esta vez el camino era más largo que de costumbre, casi un día de marcha hasta llegar a Sarria que era el lugar donde La Meiga tenía escondidos los legajos que debía entregar a su hija Caridad, una joven médico especialista en psiquiatría del hospital 12 de Octubre de Madrid.

Como de costumbre, en los largos periodos deambulando por los caminos de la Galicia interior, escondiéndonos y amarrados a una cuerda, siempre surgían anécdotas, chascarrillos y percances que amenizaban el tedioso caminar a trompicones por la pertinaz rigidez de los difuntos, lo que ya de por sí nos hacía parecer más bien patos que gacelas, lo cual por supuesto no le pasó desapercibido a una, cada vez más despierta Trini, que no hacía más que meterse con Pepiño Muñón y sus tropezones con piedras, salientes o entrantes que encontraba por el camino.

-Oye Pepiño, lo haces a postas para que me fije en ti o realmente eres así de patoso para todo- le dice La Trini con buen humor y con un especial gracejo.

-Pepiño, que cada vez le brillaban más los ojos deslumbrado por la serena belleza de La Trini, le contesta provocativo e insinuante –Si no fuera por dónde estamos y cómo estamos, estarías todo el día repitiendo “que bello es el muñón”, pero no te hagas ilusiones porque el próximo en abandonar la cuerda seré yo-

Lo cual por supuesto dice con la más clara intención de que apremiaba solucionar sus cuentas, aunque Lucía La Tocapelotas, que últimamente estaba muy tranquila, no desaprovechó la ocasión para reclamar atención para las suyas, y El Sepulturero y Kika La Zorra y hasta el mismísimo Zacarías reclamaba atención para solucionar las suyas, cosa que no le pasa desapercibido a la ya casi espabilada Trini que le pregunta de lo más intrigada.

-¡Ah!, ¿Pero tú también tienes cuentas pendientes Zacarías?, y ¿Cuáles son? - le dice un tanto escéptica y divertida.

-No sé- le respondió lacónicamente El Zacarías, -aquí mi colega que me ha dicho que yo también saldaría cuentas- le dice señalándome.

La Trini vuelve la mirada hacía mí y me mira con cierto desconcierto, aunque yo eludo la cuestión como puedo y le respondo con una mueca de no querer saber nada, a lo que ella responde con otra de querer saberlo todo, aunque a su tiempo.

Y entre estas y otras cosas entre divertidas y entretenidas divisamos Sarria. A la entrada de la ciudad localizamos un cobertizo al lado de la carretera, aparentemente abandonado y al cubierto de miradas indiscretas, aunque por aquellos lugares pocas miradas había, porque el lugar no podía estar más desierto. Nos instalamos en su interior y decidimos convertirlo en nuestro campamento base para afrontar este nuevo saldar de cuentas.

Ya estaba totalmente anochecido, de modo que apenas nos sentamos un rato para tomar un respiro y nuevamente Pepiño y yo reanudamos la tarea. Como aún era relativamente temprano, decidimos aprovechar la

oscuridad de la noche para pasar desapercibidos y salimos a buscar los legajos de La Meiga a su casa.

Al llegar a la casa de La Meiga nos entró tal canguelo que ni respirábamos, porque aquello se podía convertir en una ratonera. La calle, aunque poco transitada, estaba llena de edificaciones a una y otra mano, de modo que si alguien nos descubría podría llamar a la policía y pillarnos “in fraganti” registrando una casa que no era nuestra, así que extremamos las precauciones para salir bien parados del trance.

La casa estaba situada en un edificio de tres plantas y precisamente la vivienda de Resurrección era la planta del medio. Teníamos la llave tanto del portal como de la puerta, pero claro había que subir las escaleras y tener la suerte de no encontrarnos con nadie, porque la situación podría volverse embarazosa.

En esas andábamos tratando de abrir la puerta de la vivienda y no ser descubiertos por nadie, cuando del piso de arriba escuchamos un portazo y seguido unos pasos precipitados descendiendo la escalera. Al llegar a nuestro piso vemos que una chica muy jovencita vestida, o quizás disfrazada, toda de negro, se para, nos mira con mucha atención, se moja los labios con la lengua en un más que insinuante gesto de deseo y provocativa nos dice:

-¡Joder con La Meiga!, vaya tíos tan buenos. A la muy puta le gustan refinados.

La muy puñetera de la niña del piso de arriba nos había dado un susto de muerte y la muy jodida ni se había enterado de que La Meiga hacía días que había muerto, así que aprovechamos un respiro, nos colamos en la vivienda y nos dispusimos a buscar los legajos de Resurrección, la meiga que debía entregar a su hija toda la sapiencia de sus ancestros para continuar la saga, es decir, el oficio de meiga y que en nuestros tiempos, parece ser, era un oficio de mucho provecho, o eso al menos aseguraba Resurrección, una meiga difunta en busca de saldar cuentas con su destino.

Los legajos estaban en una gran cartera de cuero y en el armario que ella misma nos había señalado de modo que los cogimos y salimos de vuelta al cobertizo. A la salida nada de tropiezos indiscretos con vecinos despistados, nada de sobresaltos y nada de miradas indiscreta. Un asunto

de lo más sencillo vaya, así que llegamos al cobertizo y entregamos la cartera a Resurrección.

Ella la abre impaciente y comienza un reordenar de papeles. Esto por aquí, eso por allá, esto no es tan importante, aquello es lo esencial. Vamos, que un marear de papeles para dejarlo todo más o menos como estaba, pero estar, lo que se dice estar, estaba clarísimo que esta mujer andaba por los cerros de Ubeda, porque si esto era saldar cuentas con el destino, qué destino tan chapucero.

Más tarde o más temprano, la desconsolada hija abriría el armario de casa de su madre, se encontraría con la cartera y físgonearía en su contenido, de tal suerte que si la doctora, o sea su hija, encontrase el contenido interesante lo estudiaría, o de lo contrario al cesto de los papeles, que es más o menos lo que a mí me daban ganas de hacer por tal pérdida de tiempo.

-Esto es lo esencial- me dice muy trascendental Resurrección, a la vez que me hace entrega de un paquete de unos cien folios manuscritos y desde luego muy manoseados.

Yo los cogí con una cierta desgana y empecé a ojearlos tratando de asimilar el contenido de aquellos folios. Hice cuanto pude por interesarme en el asunto y cerrar de una vez unas cuentas insulsas y sin especial relevancia, aunque la verdad es que según pasaba las hojas, cada vez me iba centrando más en el temario e interesándome por las anotaciones minuciosas de esta meiga.

-Tienes fijación por los esquizofrénicos- le comenté al verla tan atenta a mi lectura de sus apuntes.

-La esquizofrenia es la locura por excelencia- me dice segura y muy convencida tanto de sus anotaciones razonablemente desestructuradas, como por su amplísima experiencia, según su relato, en el tratamiento a personas con síndromes de esquizofrenia.

-¿Qué es un esquizofrénico?- le pregunté haciendo una pausa en el ojear de los folios y tratando de animar su más que visible decaimiento.

Ella parece que recobra fuerzas y algo más animada comienza su particular diagnóstico acerca de esta extraña enfermedad.

-En general, los esquizofrénicos son gente buena- me dice muy reflexiva y midiendo bien sus palabras.

-Hay dos clases básicas de esquizofrenia: los paranoicos que por lo general sufren alucinaciones auditivas y los catatónicos que en su mayoría son muy retraídos. Todos padecen una alteración en la actividad normal de su cerebro. Es una enfermedad extraña, poco investigada como casi todas las que afectan a la personalidad del individuo y que tampoco nadie conoce bien cómo se produce, aunque yo tengo mis propias conclusiones a ese respecto-

Yo la interrumpí en ese momento, más por amenizar su monologo que realmente por interés de sus explicaciones y le pregunté

-¿Más tarde nos explicarás tus conclusiones del cómo se produce verdad?-

-Claro, para eso estamos aquí- me dice ya totalmente integrada y animada por tratar un tema que evidentemente dominada y al parecer la seducía.

-Los esquizofrénicos cotidianamente sufren alucinaciones y delirios y adoptan una conducta desorganizada. Sufren un proceso crónico que les incapacita laboral, social y personalmente, aunque su capacidad intelectual suele ser muy alta. Su conversación es poco estructurada, se inventan palabras, son suspicaces, tienen humor delirante y sufren delirios de persecución, por eso casi siempre terminan suicidándose.

Ya realmente interesado por el relato de Resurrección y por los pormenores de esta fascinante enfermedad que tantas personas padecen le pregunto

-¿Y por qué se suicidan?, porque según creo los esquizofrénicos en su mayoría suelen tener tendencias autodestructivas.

-Pues veras- me dice muy segura y sabiéndose protagonista de la tertulia de aquella noche en la que todos nos arremolinábamos al calor de la lareira en un apartado cobertizo a la entrada de Sarria.

-Ellos escuchan unas voces que comentan su conducta, repiten su pensamiento y le dan órdenes imperativas. Se terminan suicidando precisamente para no seguir escuchando esas voces que les vuelven locos. Yo he conseguido resultados espectaculares para evitarles el suicidio.

-Mi tratamiento- sentencia con firmeza Resurrección -consiste en convencerles de que sólo existen ellos y que no hay nadie que les hable, pero desde una posición bien diferente a los tratamientos convencionales. Parto siempre del hecho de que efectivamente hay un hombrecillo que les habla al oído y que les da ordenes. Después trato de que no le obedezcan y finalmente de que no existen y que sólo están en su imaginación, pero si de entrada tratas de convencerles de que no existen, el fracaso esta garantizado. Son tres fases muy claras y muy identificadas que es necesario andar: Primero aceptar al hombrecillo, después no obedecerle y finalmente no reconocerle.

-¿Y por qué se produce la esquizofrenia según tus conclusiones?- le pregunté intrigado de que ella tuviese realmente conocimiento de los orígenes de esa extraña enfermedad.

-Pues según mis conclusiones, la esquizofrenia siempre se manifiesta en la juventud o en la adolescencia y yo mantengo la tesis de que ésta enfermedad es una infección en el cerebro durante la niñez. En ese proceso ciertos virus se acantonan en el cerebro y se manifiestan aleatoriamente a lo largo de la vida con mayor o menor virulencia. Mi tratamiento por tanto es virico, es decir, lo trato sencillamente como una infección más y paralelamente trato de afianzar su resquebrajada personalidad-

-Hay que tener en cuenta que la personalidad de una persona con esquizofrenia varía exclusivamente por los virus que anidan en su cerebro. Esto les va minando paulatinamente hasta que acaba por desquiciarlos y empiezan los trastornos de su personalidad y precisamente, en esos primeros momentos en los que los virus se muestran activos en su cerebro, surge como un mecanismo de autodefensa el hombrecillo que trata de aliviar su angustia, aunque finalmente le destruye-

Un largo silencio da paso a su dilatada y minuciosa exposición de sus criterios y de sus prácticas, medio brujería, medio científica, del tratamiento que aplica a sus pacientes. Poco a poco todos los integrantes de la Corda de la Santa Compañía, agregados incluidos, se habían ido

interesando por el bien documentado relato de Resurrección y todos los que la rodeábamos, estábamos atentos a su explicación.

Yo la interrumpí porque no podía aceptar ciertos criterios que ella daba como validos y que realmente no eran más que delitos de intrusismo en la ciencia médica, avalados en este caso de Resurrección por el hecho de que ella además recetaba medicinas a sus pacientes, cosa que por supuesto nadie puede hacer excepto un titulado en medicina y que ella naturalmente no lo era, aunque tengo que reconocer que su respuesta fue coherente y bien argumentada.

-Mira las personas padecen básicamente dos tipos de enfermedades bien diferenciadas, las somáticas y las psicosomáticas. Esta claro que para las somáticas nuestra ciencia no vale para nada, es decir, si tú padeces una obstrucción en la aorta, o te hacen una operación de corazón para implantarte un bypass o esta claro que no lo vas a superar. Sería inútil venir con ese problema a una meiga y sería un fraude que una meiga tratase a ese tipo de pacientes, pero claro existen otro tipo de dolencias muy relacionadas con la psique de la persona.

-Sí, esta claro que hay enfermedades o dolencias que sólo están en la mente de la persona- le dije avalando su teoría.

-Claro, eso es- me dice muy contenta por mi intervención -Nosotras para ese tipo de enfermedades somos mucho más eficaces que la medicina tradicional, porque nosotras podemos autosugestionar al paciente de que le estamos aplicando un tratamiento oculto, milagroso y heredado de nuestros ancestros, aunque la mayoría de las veces le aplicamos pócimas totalmente inocuas para la salud de las personas, pero eso no importa, lo que importa en realidad es que el paciente crea en eso y ponga en marcha todos sus mecanismos de autodefensa de los que dispone el cuerpo y cure su enfermedad, partiendo siempre del hecho de que la enfermedad realmente sólo esta en la mente de ese paciente, porque si realmente hay una enfermedad, nosotras no debemos de actuar.

-Sí, eso es lo que en medicina se llama placebo, es decir un medicamento totalmente inofensivo y sin propiedades, pero que los pacientes no lo conocen y creen realmente que están tomando un medicamento curativo- le dije conocedor de esa situación.

-Tú lo has dicho- me dice reafirmando en su teoría -en medicina existen los placebos, es decir ellos también a veces hacen de meiga, pero hay una gran diferencia: los médicos no pueden utilizar oficialmente los placebos porque se podría interpretar como un engaño al paciente, mientras que nosotras, las meigas, lo hacemos con toda naturalidad y además con un plus de cierto esoterismo y de poderes ocultos, que siempre es más efectivo que si un hombre con bata blanca va y te dice “tómese este medicamento que no vale para nada pero que le va a curar” ¿Entiendes nuestra ciencia y el por qué permanece en vigencia a pesar de los años?.

Todos entendimos claramente su ciencia, sus métodos y en qué consistía el trabajo de una meiga. Uno podría aceptar o no aceptar sus procedimientos, pero lo que hacía y lo que decía tenía cierta coherencia. Yo no tenía más que objetar, así que cerré el manuscrito, lo guardé cuidadosamente en una carpeta y le pregunté.

-Entonces Resurrección yo voy mañana a la cita con tu hija y cuando me entrevistaste con ella le entrego esta documentación, le doy una somera explicación del contenido y ya ella procederá según su propio criterio, teniendo en cuenta claro que tu hija es una médico psiquiatra- le digo convencido de que esas eran sus cuentas y que su pasado y sus cuentas quedarían saldadas.

-Sí, eso es- me contesta escuetamente.

Nuevamente se produce entre nosotros un largo silencio. Yo traté de leer en sus ojos, pero ella rehuye la mirada. Ya muy mosqueado por su extraño alejamiento y sus extrañas cuentas le vuelvo a preguntar:

-Resurrección, yo le entrego estos papeles mañana a tu hija y tus cuentas quedan saldadas ¿no es cierto?

-Sí, eso es- me vuelve a contestar tan escuetamente como antes, pero esta vez hay una pausa y añade algo más a su respuesta, mucho más. Ella esta vez levanta la mirada, la fija en mis ojos y con un cierto tono entre suplicante y reflexivo añade:

-Bueno, y si te pregunta algo más tendrás que improvisar.

En ese preciso momento caí en la cuenta. Cómo era posible que no lo hubiera visto hasta ahora. Yo que en vida fui un sagaz abogado, que

apenas había tratado un asunto con un cliente ya comprendía la situación. A mí, que en vida me bastaba con cruzar un par de frases con mis clientes para comprender sus problemas y ahora, apenas llevaba unos días como difunto vagando por los caminos y no fui capaz hasta ese momento de ver el infierno que arrastraba esta mujer. Su cara y sus ojos lo decían todo. Resurrección traía una pena en el alma que ahogaba su existencia.

Me senté a su lado, la abracé y la dejé llorar. Lloró como niña, lloró como mujer, lloró como anciana. Lloró como lloran los difuntos, sin lagrimas en los ojos pero rasgándose el alma. Todos lloramos con ella, pero no, nadie sabíamos exactamente cuáles eran los motivos, nadie conocíamos cuál era aquel profundo dolor que la hizo volver después de muerta a solventar sus asuntos, pero tampoco necesitábamos saberlo. Sabíamos que esta mujer no quería morir sin saldar sus cuentas, así que, lo que la dije la tranquilizó, le calmo su angustia y cesó su llanto.

-Resurrección, ¿Qué es lo que me tiene que preguntar tu hija?-

Yo no dejé ni un solo momento de abrazarla, pero no sólo era yo quien la abrazaba. Loliña, esa criatura angelical que por extrañas circunstancias estaba entre nosotros, sin saber por qué ni qué cuentas saldar, se acurrucó junto a ella, le cogió una mano y tendió la cabeza en su regazo. Resurrección acarició sus rubios y sedosos cabellos, la besó dulcemente en la frente, me miró serena, fijó su vista en la lumbre, como ausente y comenzó un largo, profundo y doloroso relato. Eran sus cuentas, las cuentas ocultas de Resurrección, La Meiga de Sarria.

El Lixeiro y Pepiño, presintiendo que aquella narración iba a ser larga y la noche iba a ser fría, se levantaron a por unos troncos para atizar la lareira. El fuego no tardó en reavivarse y también el relato de Resurrección.

A lo largo de la noche un par de veces más tuvieron que atizar el fuego. Como suponíamos la noche se hizo corta para desgranar tantos asuntos enquistados en el alma de una mujer atormentada y ya, al alba, terminado su relato y apagada la lumbre todos pudimos descabezar un sueño, o algo que se asemeja a un sueño y que no es otra cosa que una especie de duermevela que experimentan los difuntos para recuperar bríos en su deambular por los caminos.

Ese día volví a paladear el dulce encanto de la abogacía. Me enfrenté a un problema muy enmarañado y de difícil resolución. Tuve que asumir mis propias conclusiones y tuve que planificar mi estrategia para resolverlo. Estaba preparado y al día siguiente podría enfrentarme a un duro trance: hacer creíble lo increíble y resolver el caso.



CAPITULO-XI Cita en el Alfonso IX de Sarria

A las diez de la mañana era la cita con Caridad, la hija de Resurrección. El lugar el Alfonso IX, un espléndido hotel de la ciudad de Sarria, relativamente cerca del cobertizo donde los difuntos y los agregados de la Santa Compañía esperaban impacientes mi regreso. El hotel es un bellissimo edificio que por un costado linda con el Camino de Santiago y por el otro con unas huertas donde los gruesos troncos de las berzas se alzan desafiantes a la vista del espectador y que te hacen recordar que nos hallamos en la Galicia del interior donde el lujo, la funcionalidad y el paisaje se funden en una simbiosis de naturaleza y urbanismo característicos del lugar.

El interior esta muy bien conservado y mejor equipado, el trato es excelente y el rincón elegido discreto y acogedor. La puesta en escena era perfecta y sólo faltaba que los actores interpretarán bien la función.

Yo cuidaba hasta los más mínimos detalles, por eso llegué con casi media hora de antelación, pedí que me sirvieran en la mesa un más que generoso desayuno y aguardé a mi cita para pedirla el café. El objeto, como pueden suponer, no era otro que el de ocultar mi incapacidad como

difunto para ingerir alimentos, de modo que sólo tenía que esperar la llegada de la hija de Resurrección, entregarle la carpeta con las anotaciones de sus prácticas de meiga y contestar a las preguntas que me hiciera, eso sí, sin improvisaciones, porque su madre me puso al corriente de cómo la violaron, cómo se negó a abortar y cómo mantuvo hasta hoy la ilusión de la hija por conocer a su padre.

A la hora acordada, o unos minutos más tarde como corresponde a una dama, la vi entrar acompañada por un más que agradecido camarero por tan suculenta propina recibida a mi llegada. Me levanté, la besé en las mejillas y el camarero le acercó la silla para que se acomodara. Era una mujer adulta y musculosa, treinta y pocos años, esbelta, ojos verdes que irradiaban el esplendor de la dulce y melancólica Galicia y pelo negro a media melena que descansaban sobre sus fornidos hombros. Su cara y su gesto denotaban cierto nerviosismo y sus labios a duras penas dejaban asomar una mas que esforzada sonrisa. Me miró fijamente, se sonrió por dos veces, se acarició la melena y por fin me preguntó aquello que Resurrección decía que debía improvisar, pero para lo que me ilustró minuciosamente detalle a detalle.

-¿Eres mi padre?- fue su más que elocuente e ilustrativa pregunta.

-No exactamente- fue mi más que elocuente y evasiva respuesta.

-No te estoy preguntando si eres el hijo de puta que violó a mi madre. Te estoy preguntando si eres mi padre- volvió a preguntarme con cierta ansiedad y casi con lagrimas en los ojos.

-Sí, ese sí soy- le dije casi temblándome la voz, abrumado por la responsabilidad de hacer creíble una historia increíble de agresión sexual, amor de madre e ilusión de niña.

Me agarró de la mano y como pudo recompuso su figura y atendió al camarero que en ese momento le servía un humeante y olorosa café de La Guinea. Su mirada ya no se apartó en ningún momento de la mía. Comió y probó de todo cuanto había en la mesa y atropelladamente me iba haciendo todas aquellas preguntas acumuladas año tras año y que ahora, por fin, tenían respuesta. Una respuesta elaborada minuciosamente por Resurrección, su madre, pero que hacía que todo encajase perfectamente y que Caridad iba asimilando con toda naturalidad. Cada pregunta tenía su respuesta y no había ni lagunas ni titubeos.

-Es curioso- me dice alborozada por la felicidad del momento –no puedo recordar cual fue el cumpleaños más feliz de mi vida. Desde niña ya sabía que tú no vendrías a mis cumpleaños porque estabas en La Pampa Argentina trabajando para que a mi no me faltara de nada, pero también sabía que ese día mi madre me haría una espléndida fiesta con todas mis amigas y que, antes de que la fiesta finalizara, me llegaría tu regalo de cumpleaños y que, como todos los años, sería mucho más grandioso y bonito de lo que yo esperaba.

Caridad, la hija de Resurrección hablaba y hablaba. Me iba contando cómo cada cumpleaños su ilusión se veía colmada por tanta felicidad y tanto acierto en los regalos que recibía de su padre. Me contó que llegó a pensar, cuando ya era adolescente, que en realidad su padre no existía y que era su madre la que le enviaba el regalo, pero siempre le quedaba la duda al comprobar las evidencias. El paquete siempre llegaba con signos más que evidentes que delataban el origen del destinatario. Incluso una de sus amigas se quedaba siempre con el envoltorio para guardarse los sellos de La Argentina y por si eso no fuese suficiente, los regalos que recibía eran juguetes que ninguna otra de sus amigas tenía y que apenas se conocían por estos lugares.

Me contó cómo presumía durante semanas y semanas del regalo de su padre y se lo enseñaba a todas sus amigas para que vieses lo mucho que su padre la quería y como se acordaba de ella. Me contó que apenas jugaba con ellos para no estropearlos, que los tenía como un tesoro y que su ilusión era verlos cada noche antes de acostarse, porque eso le compensaba de alguna manera del beso antes de dormir que nunca recibió de su padre.

Poco sabía Caridad que un conocido falsificador de Madrid, amigo de su madre, cada año recibía el encargo de preparar un regalo insólito y generoso, envuelto adecuadamente y con signos externos suficientes para que hiciesen creíble la falsa procedencia y con el compromiso de entrega en el día, en la hora y en el lugar adecuado, aunque a su madre cada regalo le costase una pequeña fortuna, pero era la ilusión de su hija y eso para ninguna madre tiene precio.

-Y lo del regalo del coche el día de mi licenciatura- me dice alborozada por el recuerdo

-Ese día recibí la mayor sorpresa de mi vida y me sentí la reina del universo. No cabía más felicidad ni creo que yo me la mereciera. Todos mis compañeros se quedaron atónitos por la originalidad y más de uno se moría de envidia. ¿Cómo conseguistes saber el coche y el color que me gustaba? Y ¿cómo se te ocurrió dejarlo envuelto con aquel lazo rojo delante de la facultad?, si ni mi madre sabía el coche que me gustaba porque me cuidé de no decírselo para no comprometerla.

-Casualidad- le dije sin darle más explicaciones, aunque las explicaciones no eran el fruto de la casualidad, sino de cómo Resurrección observaba la mirada de su hija cada vez que se cruzaba en la calle con uno de esos modelos. Y lo del lazo tampoco casualidad. Fue aquel día en el cine viendo aquella película americana donde el chico regalaba a la chica un coche envuelto con un gigantesco lazo rojo y el posterior comentario de Caridad, en el sentido de que se moriría de felicidad si alguien le hiciese un regalo así y eso, justamente eso, es lo que Resurrección quería para su hija, darle tanta felicidad que nunca echara en falta la presencia de su padre y de una familia estructurada, porque esta mujer había vivido toda su vida en la más completa soledad dedicada exclusivamente a su hija y a su oficio, el cual desde luego no daba para derroches, pero consiguió a base de sacrificios personales darle una buena formación a su hija.

Caridad me hizo muchas más preguntas y a todas respondí con mayor o menor acierto, pero jamás me preguntó por qué no estaba con ella. Se ve que su madre la había educado para no hacer ciertas preguntas o sencillamente no quería preguntar demasiado para no deshacer el encanto de aquel momento.

Caridad era una mujer lista, adulta y de una gran personalidad, pero lo ignoraba todo acerca de su madre, que era en extremo reservada y que jamás exteriorizaba sus sentimientos, de modo que por primera vez tenía la oportunidad de preguntarle cosas de su madre a alguien y de obtener respuestas.

Y por fin, después de casi una hora de un semi interrogatorio, se quedó mirándome fijamente a los ojos, se hizo un silencio interminable entre los dos y con cierto nerviosismo me hizo la pregunta que siempre esperó hacer y que a Resurrección la hizo volver después de muerta para no dejar preguntas sin respuestas.

-¿Cómo fue?- me preguntó.

-Brutal- le respondí.

Nuevamente un largo silencio. Ella no se atrevió a seguir preguntando, pero no quería vivir sin conocerlo. Resurrección jamás se lo había contado a nadie, pero sabía que su hija quería saber y no quiso morir sin contárselo, aunque para eso estaba yo allí. Así que comencé un largo y minucioso relato de una salvaje violación a una joven, hermosa y alegre mujer que cierto día, al resguardo de la noche cometió un desalmado, amparado por la oscuridad y la soledad del lugar y valiéndose de la sorpresa y de su mayor fuerza física.

-Fue a la salida de una fiesta en un pueblo cercano. Ese día tu madre había estado bailando muy alegre y divertida toda la tarde. Era verano, de modo que ella vestía una exigua minifalda y un escotado suéter por donde se le escapaban los pechos. Había bebido algo y quizás había bailado provocativamente y es posible que alguien la hubiese estado vigilando y creyese que eso le daba carta blanca para hacer con ella lo que quisiese, porque eso es lo que ese hijo de puta hizo con tu madre. Nada más abandonar el campo de la fiesta y dirigirse a una parada de autobús para regresar a casa, alguien se le abalanzó por detrás, la cubrió la cabeza con una chaqueta y la dio un puñetazo que la dejó medio inconsciente.

-La llevó auestas a un lugar alejado. Le ató con el cinto una chaqueta a la cabeza, la desnudó totalmente y la violó vaginal y analmente durante más de una hora. A partir de ese momento ya no hubo violación, hubo ensañamiento. Encendió varios cigarrillos y los apago en sus pezones. Cuando la pobre mujer quiso chillar, el violador le metió toda la ropa de ella en la cara y apretó el cinto hasta casi llegar a ahogarla. Apenas podía respirar y si se movía la golpeaba sin contemplaciones, así que a partir de esa situación de indefensión comenzó un largo, cruel e interminable ritual escatológico.

-Se meó encima de ella y restregó los orines con tierra. Defecó sobre su barriga, la embadurnó por todo el cuerpo y con sus propias manos le introdujo las heces en su vagina. La escupió e hizo cuantas barbaridades se le ocurrieron. La tuvo retenida hasta el amanecer y cuando se hartó de hacerla perrerías desapareció sin abrir la boca. Ella cuando notó que estaba sola se desanudó el cinto de la cabeza y se vio hecha una autentica marranada. Allí mismo había un riachuelo y salió corriendo a lavarse.

Toda su ropa estaba allí, de modo que no tuvo muchos problemas en vestirse y alejarse del lugar.

-Como sabes, ella vivía sola porque su madre hacía unos años que había fallecido, así que llegó a su casa, se acostó y estuvo llorando y aterrada por el suceso todo el día. El violador debía ser un conocido porque se cuidó mucho de que en ningún momento le viera la cara y además no pronunció ni una sola palabra, de modo que eso la tenía muy aturdida y amedrentada.

-Sabía que era un hombre fuerte y corpulento, porque cuando la llevó auestas lo hizo sin demasiado esfuerzo a pesar de que tu madre por ese tiempo era una mujer rellenita. La chaqueta que le anudó al cuello era de mujer, de modo que supuso que la habría robado específicamente para ese fin. Le dio vueltas y más vueltas de quién podría haber sido el desalmado que tan brutalmente la había agredido. No se atrevió a denunciar el caso porque estaba sola, confundida y aterrada y al cabo de los días, extrañada por el retraso en su menstruación, comprobó horrorizada que se había quedado embarazada.

-¿Y por qué no abortó?, porque en un caso tan brutal como el ocurrido estaría más que justificado- me preguntó la chica que estaba anonadada por el relato.

-Lo intentó, lo intentó- le dije a Caridad que ni pestañeaba escuchando mi relato. -Una amiga la acompañó a Londres para abortar. Llegaron y a las pocas horas ya estaban en el hospital, pero nada más traspasar la puerta del paritorio se dio media vuelta y regresaron. Los médicos se quedaron sorprendidos, la amiga pasmada, pero ella regresó feliz con su barriga.

-Pasadas tres semanas volvieron a Londres ella y la amiga. Esta vez iba totalmente decidida, porque seguir con el embarazo era una locura, pero nada más aterrizar y poner el pie en el aeropuerto, se fue derecha al mostrador de Iberia y regresaron en el primer avión. Ni siquiera se tomaron un refresco en Londres. Ya no lo volvió a intentar, además ya se le había pasado el tiempo de gestación para poder abortar.

-Y nació yo- me dice con cierto aire de culpabilidad.

-Y naciste tú, y a partir de ese momento Resurrección fue la mujer más feliz del mundo. Se dedicó en cuerpo y alma a las dos cosas que más la ilusionaban: ser madre y ser meiga. Lo de madre no tengo nada que decirte porque tú lo has disfrutado, lo de meiga sí, lo de meiga algo tengo que darte y decirte-

Y en ese momento saqué la carpeta, se la entregué y Caridad comenzó a ojear aquellos folios y aquellas anotaciones. Las fue pasando casi sin reparar ni en el contenido ni en los asuntos que trataba. Yo creo que ella tenía suficiente conocimiento de las prácticas de su madre y sencillamente ni las admitía ni las rechazaba, eran cosas de otros tiempos y de otras gentes, o quizás no, porque de pronto se paro en unas hojas y la escuché un comentario muy revelador acerca de las conclusiones que su madre vertía en aquellos folios manoseados.

-Parece mentira, pero llegar a estas conclusiones tan determinantes a la ciencia médica le ha costado muchos años de estudio y de investigación, además ciertas aseveraciones actualmente se empiezan a tener en cuenta, porque podrían tener cierto fundamento-

Yo no dije nada, pero tengo que confesar que me sentía orgulloso de aquella chica, de ser el mensajero de Resurrección y del momento tan feliz que estaba viviendo y del papel que estaba interpretando.

-¿Y tú?- me pregunta aturdida por tantas novedades y después de ojear superficialmente toda la carpeta.

-Yo he venido a traerte mi último regalo de cumpleaños. Voy a iniciar un largo viaje y es probable que no pueda seguir enviándote cada año tu regalo, de modo que te voy a dar uno para que te acuerdes de mí todos los cumpleaños de tu vida-. Y saqué del bolsillo de mi chaqueta un cheque y se lo entregué.

-Seis millones de dólares. ¿Qué quieres que haga con tanto dinero? Me preguntó sorprendida.

-Disfrutarlos- le respondí escuetamente. Ella no respondió, se quedo en silencio, en un largo silencio.

-Y mi madre ¿murió en paz?- me preguntó tímidamente con voz ronca y temblorosa, como quien intuye la respuesta, como quien quiere y

no se atreve a saber, con miedo y con temor de profundizar en una pesadilla que siempre estuvo presente.

-No, no murió en paz. Dejo cuentas pendientes de resolver-

Y en ese momento saqué del bolsillo de mi chaqueta un sobrecito de plástico con varios cabellos en el interior y se lo entregué.

-¿Quieres que haga un análisis de ADN y que compruebe si los resultados se corresponden con el mío?- me preguntó sin demasiada sorpresa y sin querer hacer mayores averiguaciones.

-Exacto- le dije.

-Tú sólo encárgate de hacer el análisis de ADN y si como suponemos coincide con el tuyo, saca un billete de avión para Nueva York y quédate dos semanas en esa ciudad disfrutando de tu regalo de cumpleaños. Ya tienes reservada y pagada la estancia en el hotel Plaza. No te demores en el análisis. En tu hospital seguro que encontraras a alguno de tus compañeros que te lo puede hacer sin demasiadas complicaciones y sin ninguna pregunta.

-Ya has reservado mi estancia en el hotel. Estas muy seguro de que la prueba va a coincidir.

-Estamos seguros, pero no queremos precipitarnos porque podríamos cometer un error fatal.

Y no hubo mucho más que hablar. Caridad se abrazó a mí y estuvo una eternidad abrazada y sollozando sobre mi hombro. La vi marchar acompañada por el camarero del hotel, aturdida por tantas novedades, pero muy satisfecha de haber dado respuestas al pasado.

Apenas una semana después de nuestra cita en el hotel Alfonso IX de Sarria, cogía un avión para descansar dos semanas en la ciudad de los rascacielos.

Esa era justamente la señal que aquel amigo de Resurrección, aquel que falsificaba los paquetes de regalo de cumpleaños, esperaba para hacer, también él, un viaje por Galicia, precisamente por las cercanías de Sarría.

Por aquellas fechas coincidió que un vecino que vivía un par de portales más allá de la casa donde vivía Resurrección apareció muerto y tumbado en una cuneta de la carretera con todo el cuerpo magullado a golpes y cosido a balazos.

-Un ajuste de cuentas- dijo la Guardia Civil cerrando el caso y sin querer hacer más averiguaciones sobre el asunto.

Y es que ese hijo de puta, según cuentan las gentes del lugar, tenía cuentas pendientes de ajustar.



CAPITULO-XII El camarero cotilla.

Con las cuentas ya saldadas de la meiga mi atención se centro en los agregados. Zacarías como de costumbre seguía volando gracias a su calenturienta imaginación, por encima de los nidos de cuco, pero La Trini ya estaba francamente recuperada y era el momento de desprendernos de ellos. Llamé a Resurrección para ponerla al corriente de ciertos detalles que ella ignoraba. Detalles que ya para mí carecían de importancia, como era el destino de mi inmensa fortuna amasada a lo largo de los años y que tenía a buen recaudo repartida en distintos paraísos fiscales. La informé de que Caridad sería la beneficiaria de un buen pellizco, pero también la informé de que había acordado con ella que utilizaría la casa de Sarria para alojar a un par de desvalidos.

-Pero quiero contar con tu aprobación. Al fin y al cabo ella es la única heredera y puede hacer o deshacer, pero hablamos de tu casa y queremos contar con tu aprobación para utilizarla en estos menesteres- le dije a Resurrección.

Ella ni siquiera sabía lo que le estaba diciendo. Le temblaban las piernas al saber la cuantía de la dote que le había entregado a su hija. No

hacía más que deshacerse en agradecimientos y repetir convulsivamente “Que Dios te lo pague”.

-¿Entonces qué?- le volví a preguntar a la meiga.

-¡Ah!, la casa. Hacer lo que queráis. Yo ya no tengo nada más que pedirle al destino-

Y se marchó hacía donde estaba Emerita, La Pulpeira de Santalla, se abrazó a ella y ya nunca más las volví a ver separadas. Ellas habían resuelto sus cuentas y apaciblemente esperaban el momento de reencontrarse con la dulce e inexpresiva Muerte.

Lo primero que hice fue mandar a Pepiño y a Lucía, La Tocapelotas, a comprar ropas para Zacarías y para La Trini y a continuación, ya decentemente vestidos, los lleve al hotel Alfonso IX y los alojé en una habitación. El Zacarías alucinaba de verse como un señor, La Trini temblaba por la responsabilidad de la nueva vida a la que se iba a enfrentar y yo andaba templando gaitas con unos y con otros, porque el personal del hotel inmediatamente se dio cuenta de lo estrambótico de la situación, pues por más que quisiera disimular, El Zacarías daba el cante de una manera descarada.

Los deje alojados en la habitación y regresé al cobertizo para urdir el plan de emancipación de ese par de desamparados. Había acordado con Caridad que ella vigilaría periódicamente la estabilidad psíquica de la pareja y que le iría ajustando el tratamiento adecuado para cada uno. Yo le había contado lo del Prozac, aunque no le había aclarado que era su madre la que se lo había recetado. Caridad no hizo más que confirmar lo adecuado del tratamiento y corrigió un poco la dosis, era demasiado alta y necesitaba estabilizarla con otros medicamentos menos agresivos. Digamos que nuestro plan de emancipación estaba bien encaminado, pero faltaba lo más importante.

-Esta pareja no es como nosotros- les dije a Pepiño y al Lixeiro. Necesitan comer y beber todos los días y eso cuesta dinero. Habrá que buscar a un albacea que se haga cargo de su mantenimiento y de las necesidades de la casa y que administre adecuadamente los recursos económicos que nosotros les dejemos.

-¿Y en quién has pensado?- me preguntó Pepiño muy interesado por el asunto

-Yo todavía tengo fortuna pendiente de repartir y puede que también necesite sus servicios-.

-Pero tú tienes hija- le dije -nadie tiene mejor derecho que ella a llevarse tu fortuna, además se va a casar dentro de unos días y ese será tu mejor regalo de bodas y por si fuera poco también esta tu mujer. Ella nunca más se volvió a casar, entre otras cosas porque siempre estuvo esperando tu regreso. Ella también se merece una satisfacción, aunque sea dineraria, porque afectiva no creo que ya sea posible.

Pepiño Muñón, que ardía en deseos de saldar sus cuentas, me hace que le cuente lo que sabía y cómo lo sabía, aunque poco más había que contar. Sólo lo que me había contado el camarero del Alfonso IX. Ese hombre conocía vidas y milagros del vecindario de la comarca. Era un excelente cotilla y si había dinero de por medio el hombre contaba lo que le pidieras. Y le pedí muchas cosas, aunque tuve que pagárselo generosamente. Así que amañamos un plan maestro, repasamos los pormenores y lo pusimos en marcha.

Lo primero que hicimos fue tratar de asegurarnos al albacea, que como pueden suponer y gracias a la información aportada en su momento por El Carabinero de La Puebla habíamos decidido proponérselo al Teniente Centella.

Cuando fui a hospedar a Zacarías y a La Trini había dejado caer al camarero cotilla que el teniente de La Puebla se había interesado por el paradero de La Trini. Conociendo la incontinencia que padecía este hombre para guardar un secreto, me imaginé que a estas horas ya habría telefonado al teniente para informarle de la identidad de los nuevos huéspedes y cronometrando el tiempo y la distancia calculé que si salía ahora hacía el hotel, casi con toda seguridad me encontraría con la guardia civil haciendo averiguaciones.

Al llegar al hotel el coche patrulla delataba la presencia del Teniente Centella en el interior. Nada más penetrar en el hotel me encuentro al camarero cotilla de cháchara con el teniente. Nada más verme el camarero y oliéndose que la siguiente propina también podría ser de lo más generosa nos ofrece sentarnos en el rincón de las confidencias.

Aceptamos la invitación y allí nuevamente estaba delante del Teniente Centella para proponerle un ventajoso trato y aparentemente nada comprometido, o al menos eso pensaba yo.

-No puedo aceptar la gestión de unos fondos económicos de los que desconozco su procedencia- me replica casi malhumorado nada más proponerle la gestión de mi fortuna.

-Por eso no tienes que preocuparte- le digo para tranquilizarlo –los fondos proceden de un banco americano, están invertidos en bonos del tesoro americano y la procedencia esta ligada íntegramente a transferencias de un bufete de abogados de Madrid, de modo que el dinero es limpio y transparente, liquidado sus impuestos y depositados en una cuenta nominal a la cual ya he mandado orden de transferencia a tu nombre en el banco de Puebla de Brollon. En unos días te llamarán de la notaria de Monforte para que firmes el documento de apoderamiento y con ese documento el dinero quedará registrado en el banco a tu nombre.

-El teniente se queda apabullado por lo minucioso del trato y de las gestiones realizadas hasta el momento, así que no le queda otro remedio que preguntarme por la índole de su cometido

-¿Tendré que dedicarle mucho tiempo?, ya sabes que mi oficio me deja poco tiempo libre disponible y el poco que me queda no quiero sacárselo a mi familia.

-Claro- le respondí con toda naturalidad para que viese en esta extraña propuesta algo rutinario y cotidiano

-Tú sólo debes hacer seguimiento a las necesidades económicas de una pareja de desvalidos que vivirán en Sarria y de otra familia de Madrid, víctima de un grave error farmacéutico en el que resultó afectado uno de sus miembros-

-Muy bien- me dice ya entregado a la causa –y ¿de qué cantidad estamos hablando y quiénes serán mis protegidos?

Al decirle la cantidad que tenía que administrar fue tal la sorpresa que casi se le salen los ojos de las órbitas, pero al decirle la identidad de los desvalidos yo creo que se le salieron definitivamente, porque se llevó las manos a la cara y se quedó pálido de la sorpresa.

-No me jodas- pero si El Zacarías esta más zumbado que las maracas del Machin y La Trini según creo esta totalmente alcoholizada-me dice refunfuñando.

-Se ha recuperado mucho. Mírala- le digo señalando hacia la puerta del salón, por donde en ese momento hacia su entrada vestida con un maravilloso vestido largo de color azul turquesa, acompañada por El Zacarías que venía vestido con un traje gris y una corbata verde fosforito que no sé dónde la abría conseguido, pero que desde luego le sentaba de lo más hortera. Venían conducidos por el camarero cotilla que los acomodó en una mesa del salón y no los dejó de la mano hasta verlos dignamente instalados.

El Teniente Centella se quedó pasmado al ver la elegancia y distinción de la nueva imagen de La Trini. Claro que para pasmo el que le dio cuando le informé que el veinticinco por ciento del monto económico que debía administrar era para él como pago de sus gestiones y a fondo perdido. Había adquirido nuevas responsabilidades y con toda seguridad surgirían nuevos problemas y muchas complicaciones de toda índole, pero esta vez al menos estaban bien pagadas.

-Esa cantidad de dinero no lo gano yo en la guardia civil ni en cien años de trabajo. Yo no puedo aceptar tanto dinero porque no sabría qué hacer con el- me dice muy confuso y abrumado por tan generosa oferta.

-Ya le buscarás destino- le dije sonriendo y le dejé en la mesa con La Trini y con Zacarías para que fueran conociéndose y tratando los pormenores de su nueva relación.

Ya salía cuando el teniente se vuelve y me dice -¡Ah!, he quedado con la hija de La Trini para ir a recogerla y que venga a ver a su madre. La he citado a las ocho de la tarde. ¿No quieres venir a presenciar el reencuentro entre madre e hija?

-Naturalmente- le respondí sin vacilaciones. -Eso no me lo perdería por nada del mundo, además vendré acompañado con unos amigos que también disfrutarán mucho de ver el reencuentro. Nosotros a las ocho estaremos aquí esperándote. Tú encárgate de traer a la hija.

Y salí del hotel muy bien escoltado por el Teniente Centella que me acompañó hasta la puerta y por el camarero cotilla que disponía de más información acerca de la hija de Pepiño Muñón y claro, ante tanta diligencia y cortesía no me quedó más remedio que alargarle una succulenta propina como compensación a tanto desvelo por hacer agradable nuestra estancia en el hotel Alfonso IX de Sarria, que según me cuenta nuestro amigo cotilla, el tal Alfonso IX no fue otro que el mismísimo rey de León y padre de Doña Berenguela, así que ya ve usted las cosas que se pueden averiguar y la de historia que se puede aprender a nada que charle y pregunte a los camareros de los hoteles.

Y a las ocho en punto ya estábamos todos sentados apaciblemente en un saloncito del hotel esperando el tan ansiado reencuentro de madre descarriada e hija responsable. Con nosotros estaban claro La Trini y El Zacarías, los dos vestidos de domingo que daba gloria verlos. También estábamos todos los difuntos que seguíamos formando a Corda da Santa Compañía y estaba, como no, el camarero cotilla que no hacía más que preguntar a todos los asistentes si querían tomar algo y que ya andaba algo mosqueado por la persistente negativa de que ninguno aceptara ninguna bebida.

El único que estaba dispuesto a beber era El Zacarías, que a todo decía que sí, aunque nosotros claro, no se lo permitíamos. Menos mal que enseguida entran en la estancia el Teniente Centella acompañado por la hija, los dos hijos de la hija, el marido de la hija y un señor alto, delgado y un tanto desgarbado que no sabía de quien se trataba.

La Trini apenas podía levantarse de la emoción, así que Lucia, que le había tomado un aprecio especial a esta pareja, la ayudó a levantarse y la acompañó en todo momento. Ambas, madre e hija se fundieron en un abrazo interminable. No hubo lágrimas, no hubo explicaciones, no hubo reproches, sólo hubo un derroche de buenos sentimientos, de modo que todos babeábamos de contemplar una imagen tan entrañable. La madre prodiga regresaba a casa y todos vestían sus mejores galas para recibirla.

Y llegaron las horas de las presentaciones y La Trini coge a su hija del brazo, se vuelve hacia nosotros y le va presentando a cada uno de sus nuevos amigos y salvadores. Cada uno de nosotros le dice una cosa y le desea lo mejor en su nueva andadura, pero la sorpresa estaba por llegar y al llegar a mi altura La Trini llama al señor desconocido que llegó con la hija, éste se nos acerca muy nervioso y titubeante y me lo presenta como su

marido. Yo, muy sorprendido por la identidad del individuo y confuso por la nueva situación, reaccioné con suma descortesía.

-No sabía que estabas casada ¿piensas vivir con él? Le pregunté ya digo de forma inoportuna, porque aquel pobre hombre se me disculpó sin tener por qué.

-Perdóneme señor, yo no tengo ningún derecho sobre mi mujer. He sido un alcohólico y no tengo nada que reclamar ni qué esperar, sólo pedir perdón. He venido a ver cómo estaba Trinidad y desearla que sea muy feliz, pero no se preocupe usted porque yo no les daré ningún problema- Esto último ya me lo dice corriéndole las lágrimas por las mejillas.

Trinidad se me acerca, me agarra del brazo y me dice –Podemos hablar un momento los dos solos-

Busqué con la vista al camarero cotilla e inmediatamente nos proporciona un lugar donde podemos hablar tranquilos. Yo me disculpé por mi torpeza y me senté delante de ella para escucharla. Trinidad tiene que hacer auténticos esfuerzos para aglutinar las pocas fuerzas que le quedaban y poder tener conmigo una charla de lo más inesperado, pero de lo más coherente.

-Verás, yo no estoy muy segura de casi nada en este momento, pero sé que me habéis rescatado de las puertas del infierno, cuando ya era muy difícil escaparse. La medicación que me esta dando Resurrección cada día me sienta mejor y espero recuperarme totalmente, porque voy a poner todo el esfuerzo en conseguirlo.

-Muy bien Trinidad. Estoy seguro que lo vas a conseguir- le digo para animarla.

-Yo no estoy segura ni quiénes sois ni lo qué hacéis.- continua su cansino pero lúcido relato –En este momento ya he conseguido la suficiente lucidez para poder preguntar y entender. Yo quiero creer que sois Ángeles que habéis bajado a la tierra para hacer el bien, pero no deseo preguntarlo ni hacer demasiadas averiguaciones, porque temo quedar atrapada en una dimensión para la que aún no estoy preparada. Me ha contado Resurrección lo que has ordenado para Zacarías y para mí y me ha dicho que económicamente no nos va a faltar de nada. Comprendo

tu disgusto al enterarte de la existencia de mi marido porque eso puede alterar tus planes.

-Por eso no te preocupes Trinidad. Los recursos económicos nunca te van a faltar y es intrascendente que haya que mantener a dos o a tres personas, pero ¿realmente has pensado vivir con los dos? –Le pregunté un tanto intrigado.

Ella hace auténticos esfuerzos para aglutinar las pocas fuerzas que le quedan y poder continuar su relato. –Yo he sido la única culpable de arrastrar a mi marido al alcoholismo. El pobre hombre lo ha perdido todo, su trabajo, su casa, sus amigos y como has podido apreciar hace un rato, también su dignidad, pero no ha sido él, he sido yo la que le ha arrastrado. Mi marido cuando se dio cuenta del abismo en el que habíamos caído me abandonó tratando de salvarme, porque siempre creyó que él me había arrastrado a la bebida y que era el culpable de nuestra situación-

-Cuando me vi sola y abandonada en medio de la calle- continua relatándome Trinidad -mi caída se precipitó y llegué hasta las puertas del infierno, pero esa vez tuve suerte porque allí estaba Zacarías que me salvó en el último instante de una muerte cierta. Yo, en un acto de lucidez me había tragado un frasco de somníferos, pero Zacarías al darse cuenta del peligro que corría me hizo vomitar y me salvo la vida. Hizo cuanto pudo durante más de un año para protegerme, pero al pobre le patinan las neuronas y no es capaz de distinguir entre ayuda y perjuicio, pero me cuidó como nunca nadie lo había hecho antes-

Trinidad no puede seguir su relato porque se queda exhausta, así que yo tuve que improvisar para ayudarla a finalizarlo.

-Así que claro, ahora que tú eres la fuerte no puedes abandonar a ninguno- le digo creyendo intuir la respuesta.

Ella sencillamente asiente con la cabeza y dibuja una especie de sonrisa forzada.

-Oye, y esto no acarreará problemas de celos, porque dos hombres y una sola mujer puede prestarse a muchas confusiones. ¿Quién de los dos se acostará contigo?

-Ninguno- me contesta muy segura.

-¿Y en cuanto al alcohol? Ya sabes que Zacarías empina el codo en cuanto puede y tu marido es un ex alcohólico. Eso más tarde o más temprano terminará creando problemas.

-Pues sí, supongo que con eso tendré problemas. Y tendré problemas con los vecinos, porque Zacarías meterá la pata continuamente. Y supongo que mi marido, pasados los primeros días, reclamará más atención y será muy difícil vivir un matrimonio de tres personas, pero ya los arreglaré. Los tres necesitamos ayuda y los tres hemos pasado por un infierno. Lo que sí tengo muy claro es que en mi casa no volverá a entrar una sola botella de alcohol y también tengo muy claro que éste es el último autobús que se para delante de mi vida y que si no lo cojo, nunca más se me presentará otra oportunidad, de modo que no te preocupes, sabré estar, por primera vez en mi vida, a la altura de las circunstancias.

Trinidad lo tenía muy claro y yo no tenía más preguntas que hacerla ni ella tenía más fuerzas para seguir contando, así que la abracé, le di ánimos para afrontar su nueva vida y juntos regresamos al salón. Allí estaba Zacarías haciendo payasadas a los niños y haciéndolos reír. El marido de Trinidad no perdía ojo de cuando sucedía en aquella estancia y nada más salir se queda expectante y sólo se tranquiliza cuando la Trini, sonriente, le acaricia la mejilla.

Allí estaban mis colegas de La Santa Compañía abrumados por tanto alboroto y deseando desaparecer del lugar. Y allí estaba el Teniente Centella, su nuevo Ángel de la Guarda, esperando pacientemente para llevárselos a todos al nuevo domicilio, que en el futuro él sería el encargado de administrar y hacerlo funcionar adecuadamente para que aquello se pareciese lo más posible a un hogar.

Los vimos marchar a todos juntos y más o menos felices y esperanzados ante la nueva etapa que se abría en sus vidas. Y por fin, todos los difuntos a solas, nos miramos y casi al unísono dimos un suspiro de alivio.

-Esta vida mata a cualquiera- me dice Pepiño Muñón urgiéndome a que abandonásemos aquel espléndido hotel de Sarria. El Alfonso IX, que por cierto no conseguí, por más que lo intenté, averiguar el motivo de tan rebuscado nombre.

Al salir el camarero cotilla descaradamente sale corriendo a mi encuentro y se me acerca. Yo creí que venía a trabajarse una nueva propina, pero no. Esta vez a lo que venía era a contarme otra nueva confidencia, aunque yo ya la sabía.

-Oiga señor, ¿usted se ha fijado en esa niña? –me dice un tanto hipnotizado y señalando a Loliña.

-¿Qué le pasa?- le pregunté preocupado por si había descubierto lo que no debía descubrir.

-Esa niña no es mortal. Esa niña es un ángel- me dice extasiado al verla abandonar el lugar tan sonriente.

Yo miré a Loliña y la vi salir alegre y despreocupada. Sus bellísimos cabellos rubios ondeaban sobre sus hombros y su caminar era de tal porte que bien se podría decir que más parecía volar sobre nubes de algodón que caminar sobre el rudo suelo. Su blanca palidez y su estilizada silueta irradiaba una especie de magnetismo a su alrededor que tal pareciera que un halo de luz dorada la siguiera allí donde iba, de tal manera que más parecía una virgen desprendida de un cuadro de Murillo que una difunta en busca de solventar sus asuntos terrenales y miré al camarero cotilla, que estaba hechizado con aquella estampa y le dije.

-Tienes razón. Esa niña es un ángel.



CAPITULO-XIII La chica Benetton.

*N*uevamente de regreso en el cobertizo la discusión se centró en la prioridad de los asuntos que quedaban pendientes. Todos los que teníamos cuentas por resolver exponíamos nuestros argumentos, pero los de Pepiño eran contundentes.

-Dejaros de cuentos. Pasado mañana se casa mi hija en Sober y no hay tiempo que perder. He hablado con el camarero del hotel de Sarria y me dijo que conocía a los novios. El chico trabaja en un banco en Monforte y la chica, o sea mi hija, trabaja en una tienda de moda también en Monforte. Dice que es guapísima y muy agradable de trato y que es conocida entre sus amistades como la chica Benetton. Me dijo que ya tienen todo preparado para la boda y que, según comentan sus allegados, su único pesar es que no hayan podido localizar a su padre para que asistiese a la boda, así que me pienso autoinvitar y todos vosotros estáis invitados. Me voy a presentar en el pueblo y que sea lo que Dios quiera.

Por supuesto que los argumentos de Pepiño eran irrefutables y claro, ¿A quién no le apetecía irse de fiesta por última vez?, Así que nos amarramos a la cuerda y enfilamos nuestros pasos con dirección a Sober.

A mitad del camino y en uno de tantos descansos que hacíamos durante el recorrido se me acerca El Lixeiro para tratar asuntos de logística.

-Oye, en Sober conozco una casa rural que se alquila por días. Creo que sería interesante llamar para ver si esta libre y nos la pueden alquilar, porque con el trajín que nos espera, a lo mejor no encontramos el sitio adecuado para aposentarnos hasta que resolvamos los asuntos de Pepiño, teniendo en cuenta además que es posible que nuestra estancia en Sober se pueda prolongar más de lo debido, porque me parece un lugar estratégico para resolver más asuntos.

Me pareció acertada la propuesta del Lixeiro y les llamó para ver si la casa estaba libre. Por supuesto la casa estaba libre, aunque lo extraño sería lo contrario, porque el tiempo no acompañaba para nada a hacer turismo por esta zona. El orballo, el viento y el frío eran la tónica de cada día, aunque tan mal tiempo a nosotros nos venía muy bien: los caminos estaban desiertos y había pocas posibilidades de tropezarnos con alguien que nos descubriese y pudiera extrañarse de nuestra presencia. El Lixeiro dejó concertado el alquiler de la casa y reanudamos la marcha, aunque no fuimos directos. Hicimos una parada en Monforte para comprar ciertas cosillas que nos vendrían bien para la boda.

Al llegar a Sober empezaba a anochecer y teníamos que pasar por una cafetería del pueblo para recoger las llaves y para pagar el alquiler, así que nos acercamos Lucía y yo a recogerlas. El señor que nos las tenía que entregar, que no era otro que el dueño de la cafetería y de la casa rural, era una especie de jilipollas neoliberal, con barbita muy arreglada al más puro estilo de socialista anticuado y con una vestimenta de progre desorientado, que no hacía más que incordiar con preguntas indiscretas que no venían al caso para una simple operación de un alquiler de fin de semana y que, tal pareciera, el interrogatorio no iba a tener final, así que para saciar su pertinaz insistencia le di una explicación de lo más morboso, pero que le dejó de lo más satisfecho.

-Bueno, se ve que es usted un hombre de mundo y ya sabe de estas cosas. Realmente la casa la vamos a ocupar un par de matrimonios que venimos a practicar el intercambio de parejas, de modo que usted comprenderá que nos gustaría que nadie nos molestase- le dije de lo más cínico, pero que resultó de lo más convincente.

El jilipollas neoliberal le echa una mirada de complicidad a Lucia, que la pobre esperaba aburrída en la entrada y no sabía de los chanchullos que nos traíamos entre manos, y me dice muy autosuficiente y comprensivo.

-No, si yo de todo esto estoy al tanto. Ya me imaginaba yo que el asunto iba por ahí, porque al decirme que la casa la iban a ocupar dos matrimonios y al ver a su esposa tan atractiva y en edad de merecer, pues ya suponía de qué iba la cosa. Ustedes no se preocupen que ya me encargaré yo de que nadie les moleste lo más mínimo. Ustedes a disfrutar, que la vida es muy corta y después de muerto ya no hay posibilidades de disfrutar de ninguna aventura.

¿Sabrá este jilipollas la cantidad de aventuras que se pueden vivir después de muerto?, pero en fin, había conseguido las llaves y había conseguido algo muy importante. Nadie vendría a husmear por la casa para ver quién la ocupaba, aunque desde luego tampoco era probable que nadie se acercase por el lugar porque la casa quedaba bastante apartada del casco urbano del pueblo y bastante escondida. Justo en la orilla de un riachuelo y en un camino que finalizaba en la finca que rodeaba el pequeño complejo rural.

Ya todos dentro y aposentados en nuestro nuevo cuartel general, lo primero que hicimos fue organizar una pasarela de moda que la llamamos “Mausoleo de Finisterre”, es decir, algo así como la pasarela Cibeles o Gaudí, pero en gallego y en difunto.

Todos se vistieron sus galas para asistir a la boda de la hija de Pepiño y desfilaron ante el resto de difuntos con todo el garbo y desparpajo que la pertinaz rigidez les permitía. Yo, que quieren que les diga, les veía guapos a todos, teniendo en cuenta claro las alternativas, que no eran otras que verlos ataviados con las desfavorecedoras mortajas con las que visten a los muertos para afrontar su último viaje por los senderos de la vida.

El siguiente día, era el gran día para Don José Armas, más conocido familiarmente como Pepiño Muñón. Desde aquel día que salió de su casa en busca de tabaco, pero que en lugar de comprarlo en el estanco del pueblo se fue a buscarlo a La Argentina, jamás volvió a tener noticias de su mujer, la cual quedaba embarazada de una niña que hoy se casaba.

El hombre se mostraba con evidente nerviosismo, aunque no era para menos. A Pepiño le angustiaba la idea de enfrentarse a su mujer, de darle explicaciones y de presentarse delante de su hija que no conocía el mismo día de su boda, pero para eso estábamos allí y esas eran sus cuentas pendientes con el destino.

La boda era al mediodía, así que, como a eso de las diez de la mañana nos presentamos delante de la casa de la mujer de Pepiño de donde saldría la hija para contraer matrimonio en la cercana iglesia del pueblo. A Pepiño le acompañábamos Lucia que haría las veces de amiga y valedora, El Lixeiro que haría el papel de tío rico, Loliña que haría el único papel que sabía hacer, es decir de ángel, y yo que haría las veces de abogado y albacea de su fortuna, aunque posteriormente y para asistir tanto a la ceremonia como al convite pensábamos presentarnos al completo todos los miembros que quedábamos formando parte de la Corda de la Santa Compañía de la Sierra de Fornelas.

Pepiño pulsó tembloroso el timbre de la casa y al instante abrió la puerta una chica joven, de cuerpo escultural, de amplia sonrisa, y de suaves y acarameladas facciones, era la chica Benetton, la hija de Pepiño Muñón, aunque por supuesto ella no reconoció ni por asomo a su padre.

-¿Qué desea?, le preguntó esbozando una amplia sonrisa de satisfacción, dado lo feliz que en ese día se encontraba la muchacha.

-Estos amigos y yo venimos a entregarte este regalo de boda- le dijo señalando el flamante y lujoso coche que ayer habíamos adquirido en Monforte para la ocasión y que teníamos aparcado en la acera delante de su casa.

La chica desconcertada por el valioso e inesperado regalo y por tan extrañas y desconocidas personas sólo acertó a preguntar muy nerviosa-¿Y quiénes son ustedes?

-Ese hombre es tu padre- le contestó escuetamente la madre que en ese momento hizo su aparición en el quicio de la puerta y después, dirigiéndose a Pepiño con cierto tono de solemnidad le dijo.

-Y esta chica se llama María de la Esperanza. Es tu hija y siempre mantuve la esperanza de que algún día la conocerías-

La chica como pueden suponer se quedó estupefacta por la sorpresa y no acertó a reaccionar. Pepiño enmudeció y no fue capaz de articular palabra alguna delante de su mujer. Ella sí, ella tal pareciera que llevaba desde el primer día de su ausencia deseando hacer la misma pregunta, así que no tuvo que improvisar y con aplomo y sin acritud le preguntó

-¿Has comprado el tabaco?-

-No- le contestó Pepiño titubeante y añadió –ya sabes que yo no fumo, me sienta mal a los bronquios.

-¿Y qué tal te ha ido por ahí afuera, has hecho las Américas?- le volvió a preguntar Margarita, la mujer de Pepiño.

-Si- le contestó –he hecho mucho dinero.

-¿Y has sido feliz? Le volvió a preguntar.

-No, eso no, no he conseguido ser feliz- y se calló.

Ya no fue capaz de responder más al breve interrogatorio de su mujer ni ella quizás tenía más preguntas que hacerle, así que dirigiéndose a su hija que aún no había salido de su asombro le dijo -¿es que no vas a invitar a tu padre y a sus amigos a entrar en casa?-

Ella no dijo nada, sólo se abrazó a su padre y lloró de alegría. Era el día más feliz de su vida y se había llevado la mayor sorpresa de su vida, así que era comprensible que no atinase a reaccionar ni a preguntarle nada a su padre. Margarita ya rehecha de la primera impresión, tomó la iniciativa, nos mandó pasar a todos al interior de la casa y con la mayor naturalidad le dijo a su hija.

-Llama al restaurante y diles que habrá cinco comensales más.-

-Nueve, seremos nueve comensales más. Hay otras cuatro personas que no están aquí, pero que asistirán a la boda- tercié rápidamente y añadió:

-Pero no hace falta que llaméis, ya nos hemos pasado nosotros por allí y ya hemos hecho la reserva-

-Da igual, tú llama de todas maneras para confirmarlo- le dice Margarita a la hija –por hoy ya ha habido suficientes sorpresas y no quiero que al final surja ningún contratiempo-

La hija descolgó el teléfono, marcó el número del restaurante donde en unas horas se iba a celebrar su banquete de bodas y se identificó. No dijo nada más, sólo escuchó durante un buen rato y al final colgó.

-¿Bueno, qué te han dicho?- preguntó Margarita al ver a su hija con evidente cara de sorpresa.

-Nada, no tenemos que hacer nada. Me han dicho que ya había pasado mi padre y sus amigos por allí, que habían reservado una nueva mesa para nueve comensales y que ya habían pagado por adelantado toda la celebración. ¡Ah! y que habían tenido que salir corriendo a Monforte a comprar unas cajas de puros Cohibas y unas cajas de Champan y me han dicho que le diga a Don Federico que no se preocupe, que ya han localizado la marca de champan que pidió y que lo servirán frío pero no helado y en copa de flauta, tal como él lo pidió.

-Es que para esto del champan soy muy quisquilloso- les dije a la vez que me presenté y fui presentando a todos los que acompañábamos a Pepiño que el pobre no sabía ni qué decir ni qué hacer.

-¿Queréis tomar un café?, preguntó Margarita aún no repuesta de tanta sorpresa.

-No- le contestamos todos al unísono.

-Vosotras seguir a lo vuestro-, les dijo Lucía a Margarita y a su hija,

-Nosotros estamos esperando de un momento a otro unos ramos de flores para ataviar en condiciones el coche que Pepiño regaló a su hija, porque supongo que lo querrás estrenar hoy ¿verdad?

Ellas obviamente estaban superadas por tantos acontecimientos felices, así que tomamos la iniciativa y todos nos pusimos manos a la obra. Lucía y Loliña a vestir a la novia, El Lixeiro, y yo a revestir el coche de flores y Pepiño y Margarita, sentados el uno frente al otro a mirarse y a no decir nada. Tenían tantas cosas que decirse que no se atrevían a decirse nada.

Al cabo del rato y ya con el coche ornamentado para la ocasión salimos en busca de La Kika, del Sepulturero, de La Meiga y de La Pulpeira. Les recogimos a todos y llegamos casi a la hora de salir hacia la iglesia.

Al entrar en la casa y ver a la novia vestida de novia, todos nos quedamos extasiados. La chica Benetton se había convertido en la novia del siglo. La joven llevaba un espléndido vestido blanco de corte clásico, con cuello barco, manga al codo y falda abollonada. Llevaba una sobrefalda de gasa con topos y guirnalda de flores bordadas. Como la mayoría de las novias actuales, había optado por llevar su risueño rostro al descubierto. El velo, como de dos metros de largo y confeccionado en gasa natural con pequeños topos, caía sobre la espalda e iba prendido en el cabello con una pequeña corona de rosas blancas naturales que Loliña, con una maestría innata y habilidad casi profesional, le había colocado sobre su peinado semirrecogido.

-El Lixeiro que actuaba de chofer para la ceremonia, recogió en el coche a Pepiño que no cabía de gozo en su cuerpo de difunto, a la madre de la novia que lucía un vestido de vuelo en tono ciclamen y chaqueta de pedrería a juego y por supuesto a la novia, que no salía de su asombro por tantas novedades y se presenta en la iglesia con la puntualidad de las novias, es decir apenas diez minutos o quince minutos después de que lo hiciera el novio.

El altar estaba adornado con cuatro torres de ramos compuestos por rosas, liliums, claveles y lisiantus blancos que nosotros previamente habíamos encargado en la floristería de Monforte, que como pueden suponer habían hecho con nosotros la venta del mes, pero todo nos parecía poco para agradar a la hija de nuestro querido Pepiño.

La ceremonia duró escasamente una hora y fue oficiada por el párroco del pueblo y cooficiada por otros dos sacerdotes llegados expresamente para el evento y que claro, nosotros habíamos solicitado con anterioridad y pagado con suma generosidad al párroco oficiante, que no sabía qué hacer para agradarnos y que la ceremonia saliese de lo más lucido y naturalmente, ante novios tan guapos que durante la ceremonia no dejaron de sonreírse y dedicarse gestos cariñosos, la cosa salió como debía salir, un adelanto de la gloria celestial en el mundo terrenal.

Por supuesto que los padrinos fueron los que con anterioridad estaban previstos y que por parte de la novia no fue otro que su tío y hermano de la esposa de Pepiño y los testigos primos y conocidos de la pareja. Ellas insistieron en que Pepiño fuera el padrino y nosotros firmásemos como testigos de la ceremonia, pero sabíamos claramente quiénes éramos y no nos dejamos embargar por la emoción del momento.

Una nueva vida en común le esperaba a la chica Benetton y a su marido y esta nueva vida no debía estar avalada por unos difuntos de La Santa Compañía, que habían asistido al festejo como meros espectadores de un acontecimiento que servía, entre otros aconteceres, para saldar las cuentas de un gallego que un día ya muy lejano, salió de su casa a buscar tabaco y encontró la muerta antes de regresar a su aldea y de explicarle a su mujer las causas de su inexplicable ausencia.

Al finalizar la ceremonia y salir al exterior ya convertidos en marido y mujer la novia se dirigió con decisión y paso firme hacía un rincón donde La Kika y El Sepulturero presenciaban extasiados toda la celebración. Esperanza, en un acto que previamente había convenido con ella, le entregó a La Kika su ramo de novia compuesto de rosas blancas, le dio un beso en la mejilla y le dijo:

-Tú serás la próxima novia en contraer matrimonio-

Como pueden suponer La Kika quedo embargada por la emoción y no pudo reaccionar, pero nosotros sí que lo hicimos. Todos felicitamos con alegría a la nueva pareja y con esperanza a la próxima. Muy pronto esta pareja de difuntos en busca de saldar cuentas con su destino encontraría el momento y el lugar para hacerlo.

A la celebración estaban invitados apenas un centenar de personas, casi todos o familiares muy cercanos o amigos de los novios, éstos los más numerosos. El novio, que desde que llegó a la iglesia no iba más que de sorpresa en sorpresa, no daba crédito a tantas novedades que se le venían de repente. La ceremonia la habían preparado solos entre los dos y con un marcado tono de austeridad, porque a ambos les sobraba una cosa: alegría de vivir, y les faltaba otra: dinero para disfrutarla, así que al ver a tanto camarero, tanto champan para recibirles, orquesta para amenizar la fiesta desde el inicio y lo más importante, todo estaba pagado, el atribulado muchacho, superado ampliamente por los acontecimientos se acercó a Pepiño y le dijo.

-¿No sé cómo podré pagarle tanta generosidad?-

-Yo te lo diré- le contestó Pepiño con rotundidad –cuida a mi hija como yo no supe hacerlo con su madre.

Pero las sorpresas aún estaban por venir y esta vez íbamos a ser nosotros los sorprendidos. Nada más acabar el convite y cuando ya la gente se relajaba en su asiento deleitándose con el puro o saboreando el champan, Margarita, la esposa de Pepiño vino a nuestra mesa, se sentó y mirándonos a todos nos dijo.

-No habéis querido firmar como testigos de la boda de mi hija, pero vais a ser testigos de lo que voy a decirle a mi marido.

Todos nos quedamos algo paralizados, es decir, algo más de lo que ya nuestra contumaz rigidez nos tenía. Suponíamos que Pepiño iba a recibir una severa regañina de su mujer por la felonía que le había hecho años atrás al abandonarla sin otra explicación que la compra de tabaco, pero nos equivocamos.

-No sé ni quiénes sois ni lo qué hacéis, pero os doy las gracias por acompañar a mi marido en este duro trance que representa el enfrentarse a su pasado- comenzó su largo y quizás estudiado discurso, y ya dirigiéndose a Pepiño le dijo.

-La tarde que me dijiste que ibas a bajar a la calle a comprar tabaco, fui una cobarde. Yo sabía de sobra que tú no fumabas y también sabía de sobra que te morías de ansias por salir de Galicia en busca de hacer Las Américas, de modo que fui plenamente consciente de que ese día o te acompañaba o nunca más te volvería a ver, pero mira, me equivoqué, tardaste mucho tiempo, pero has regresado entero, o semientero, porque cuando saliste de aquí tenias dos manos ¿qué pasó con la otra?

Todos nos quedamos intrigados por la pregunta y todos volvimos las miradas hacia Pepiño que el hombre, haciendo acopio de fuerzas y de serenidad, se lo explicó como pudo.

-Pues fue apenas un par de años después de llegar a La Argentina. Por aquellos tiempos todos los gallegos llegábamos a Buenos Aires, pero allí no había trabajo para tanto emigrante, de modo que alguien me dijo

que en Río Gallegos, allá por los confines de La Argentina, había trabajado en las minas de Río Turbio y allí me fui a trabajar. Y allí, al cabo de apenas dos años de trabajo duro y en las más extremas condiciones de frío y de fortísimos vientos, una vagoneta de mineral me seccionó la mano. Estuve muy mal y a punto de perder la vida, porque estaba sólo en la mina y yo mismo tuve que hacerme un torniquete para cortar la hemorragia hasta que vinieron a rescatarme. Los patrones de la mina, que también eran gallegos de Ourense, me dieron una pequeña indemnización y me regalaron un barracón para que abriera una casa de comidas, porque ya por esas fechas hacía la comida para muchos de mis compañeros-

-Me fue bien y supe labrarme un porvenir y cuando las minas comenzaron a decaer y la gente comenzaba a marcharse de Río Turbio yo también salí, pero no me fui lejos. Cerca estaba el glaciar Perito Moreno y los turistas comenzaban a venir cada año en mayor cuantía, así que no lo dudé, vendí mi casa y mi negocio de Río Turbio y abrí el mayor hotel y restaurante en el mejor sitio para visitar el glaciar y así fue como fui tirando, pero te diré algo: cuando salí a comprar tabaco, lo hice pensando en que tú me acompañarías. De hecho me quedé en la esquina de la calle esperándote toda la tarde y toda la noche. Yo estaba seguro de que al menos saldrías a buscarme y que cuando me encontrases o bien yo te convencería para que me acompañases o bien tú me convencerías para que me quedase, pero nada de eso sucedió y ya de madrugada cogí el tren hacía La Coruña y me embarqué en el primer vapor que salía hacía América y coincidió que el primero en salir fue el de la Naviera Porteña que hacía la ruta entre Galicia y Buenos Aires.

-Ya te dije que fui una cobarde- le contestó Margarita con entereza pero con lágrimas en los ojos –yo te veía desde la ventana y tras las cortinas y veía cómo mirabas a cada instante hacia el portal para ver si salía en tu busca. Yo no salí a buscarte porque sabía de sobra dónde estabas y qué querías, aunque baje un par de veces al portal y a punto estuve de salir corriendo y acompañarte en tu aventura, pero pudo más mi cobardía que mi amor por ti.

-Estaba embarazada- continúa relatando Margarita –pero eso no es excusa. Me agarré al terruño, al calor de mi hogar y a la protección de mi familia y no cumplí con mi obligación de esposa, que era seguirte allá donde fueses, nos fuese bien o nos fuese mal. He llorado por mi cobardía todos los días de mi vida, todos, todos los días.

Y lloró también ese día, pero ese día no era día de lloros sino de rendir cuentas con el pasado, así que Margarita continuo su relato -No supe estar a tu altura y no comprendí que tus genes heredados de tus antepasados celtas te empujaban a la aventura y a descubrir nuevas tierras y nuevas formas de vida. Tú triunfaste e hiciste las Américas, yo fracasé y cambié mi amor por un plato de confort. Jamas hasta hoy he vuelto a tener un día de alegría, jamas he vuelto a tener una relación amorosa con un hombre, jamas he dejado de pensar en ti, pero todas las cosas tienen un principio y un final. Hoy has vuelto y no quiero volver a pensar más en el pasado ni en los errores cometidos, hoy lo único que quiero es desquitarme. Quiero que me acompañes a casa y quiero compensarte por mi cobardía y dar por finalizados tantos años de abstinencia. Aún soy una mujer joven y deseada y ya he desahogado mi culpa y mi falta de decisión, a partir de ahora voy a vivir el resto de mi vida sin complejos y sin remordimientos-.

Y agarró a Pepiño y a hurtadillas salieron del salón sin decir nada a nadie. Los novios que los vieron salir, corrieron angustiados a nuestra mesa para enterarse de los motivos, aunque yo enseguida los tranquilice y les di una explicación bastante convincente.

-Se han ido a consumir el reencuentro- y a continuación los senté a la mesa y saqué ciertos papeles que debía entregarles. Unos papeles de transferencias bancarias y de títulos de propiedad que harían la vida de la joven pareja mucho más próspera y supongo que también feliz y que harían de Margarita, algún tiempo después, una viuda guapa, alegre y millonaria, porque no tardaría después de ese reencuentro con su marido Pepiño, en recibir pésimas noticias de La Argentina. Su marido José Armas apareció despeñado en una sima cerca del glaciar Perito Moreno y no han podido determinar el tiempo que llevaba muerto. Ella era su única heredera, porque el gallego nunca más se volvió a casar. Era hombre de una sola mujer.

Apenas una hora después vimos salir del salón a la joven pareja para iniciar una nueva vida bajo la protección de su padre, muy conocido entre sus amigos como Pepiño Muñón. Antes de salir la joven esposa volvió su mirada hacia nuestra mesa y nos mandó un beso. Era otra mujer, fuerte, decidida y con ímpetu. Quizás había heredado el coraje de su padre y la dulzura de su madre, ¿quién sabe? Aunque al salir alguien de nuestro entorno hizo un comentario premonitorio.

-Se van los novios y se va la chica Benetton.

Efectivamente, se había ido la chica Benetton y había nacido una nueva mujer. Y como a eso de las seis de la madrugada del día siguiente hizo su aparición Pepiño por la casa rural que teníamos alquilada a las afueras de Sober. Venía contento y con un extraño rictus en su cara, aunque nunca pudimos precisar a ciencia cierta, si era debido a la satisfacción de haber saldado sus cuentas con el destino o a causa del destino que le había proporcionado tan postrera satisfacción.



CAPITULO-XIV Fuego en el cuerpo

Y ya con las cuentas de Pepiño resueltas ahora tocaban centrarnos en los asuntos de Lucía La Tocapelotas. Nadie puso el menor reparo porque realmente la cosa iba a plena satisfacción y sólo quedaban por solucionar las de Kika La Zorra y las del Sepulturero de Quiroga, aunque claro, quedaban también las de Loliña, que nadie sabía qué clase de cuentas había que solventar y quedaban las mías que tal y como habíamos acordado serían las últimas en solucionarse.

Las cuentas de Lucía había que solucionarlas en Monforte de Lemos, de modo que la casa rural donde teníamos instalada la oficina de reclamaciones, es decir nuestro cuartel general, nos venía de perilla, porque estábamos relativamente cerca de Monforte, muy confortables y sobre todo al amparo de miradas indiscretas, pero claro, la casa la habíamos alquilado justo para dos días y teníamos que pasar por donde el hostelero, esa especie de jilipollas morbosos y salidos, para ver si nos la podía mantener para otros dos días, así que allí me presente con Lucía para ver si entre los dos conseguíamos una excusa razonable para prolongar nuestra estancia en la casa rural.

Nada más entrar en la cafetería, el casero deja de faenar detrás de la barra, se quita el mandilón de cuadros rojos y blancos que llevaba anudado al cinto, se acicala la barbita con las manos, sale a recibirnos muy gentil y ceremonioso y nos invita a sentarnos en una mesa del salón.

-¿Qué tal estancia han tenido en el parador y cómo les ha ido la fiesta?, habrán disfrutado ustedes de lo lindo, porque se les ve radiantes de felicidad- nos dice el aguerrido hostelero mirando a Lucía con cara de obseso sexual.

-¡Ah!, pues muy bien. Todo ha sido muy bonito y hemos disfrutado todos muchísimo. No se puede usted imaginar lo bien que lo hemos pasado- le dice Lucía al atribulado hostelero que babeaba de ver la serena belleza de Lucía y escuchar de su atrayente boca semejantes confidencias.

Obviamente Lucía se estaba refiriendo a la boda de la hija de Pepiño Muñón y éste baboso creía que le estaba contando las intimidades supuestamente acaecidas en el interior de la casa que le teníamos alquilada, así que la propuesta que me hizo a continuación el muy mamarracho, cuchicheándome al oído para que Lucía no lo escuchase fue de lo más sorprendente.

-Oiga, no podrían ustedes prolongar un par de días más su estancia. Es que vera usted, me acaban de llegar un par de chicos polacos, que me los han recomendado porque son muy buenos y muy baratos trabajando, para hacerme la instalación del aire acondicionado de la cafetería, pero como éste pueblo esta tan apartado y tan falto de lugares de diversión y ellos son tan jóvenes y juerguistas, me han dicho que si no le encuentro chicas para divertirse que se van, así que yo había pensado que a lo mejor su esposa podría entretenermelos- me propone baboseando el muy capullo, pero la propuesta aún no había terminado.

-Como ustedes son tan liberales y como a ella estas cosas parece que le gusta tanto, pues a lo mejor todos encontramos la manera de apañarnos. Los chicos son muy vistosos y muy limpios ¿sabe usted?, de modo que por higiene no tienen que preocuparse- me dice con elocuente tono de complicidad tratando de venderme la burra, o sea que el muy hijo de puta y repugnante hostelero confundía ciertos juegos sexuales atrevidos, con prostitución pura y dura, ya les digo, un jilipollas neoliberal pero jilipollas al fin y al cabo.

Yo, en vista de que este baboso me estaba ofreciendo la oportunidad de zanjear las cuentas de Lucía y de matar dos pájaros de un solo tiro, pues me dispuse a discutir los flecos del acuerdo de la manera más cínica y sin tener en cuenta lo nauseabundo del trato.

-No sé, estas cosas no siempre salen bien- le dije sin mostrar demasiado interés por el asunto, pero dejando la puerta abierta para la negociación -¿Ellos dónde están instalados?-

-Justo al otro lado del río donde están ustedes hospedados. Es una casa un poco más pequeña que la de ustedes y no se ve porque esta tapada por unos árboles, pero no queda más de cincuenta metros de la suya- me dice el hombre tratando de convencerme.

Me quedé un poco sopesando la oferta. Miré a Lucía que estaba tan contenta y que no tenía ni idea de lo que estábamos tramando y por fin le digo: -Bueno, entonces nosotros nos quedamos en la casa dos días más y yo le mando a mi fogosa esposa por las noches para que entretenga a sus desconsolados trabajadores, suponiendo claro que yo la convenza y que a ella le apetezca hacerlo ¿hecho?

-Hecho- me dice el muy baboso, radiante por el acuerdo y extendiéndome su amorcillada mano para sellar el pacto.

Y de acuerdo a lo tratado, pues continuamos hospedados en la magnífica casa rural, cerca de Monforte y al resguardo de miradas indiscretas que pudieran dar al traste con nuestros planes inmediatos de solventar las cuentas pendientes de Lucía, que la pobre no daba pie con bola al saberse que era el centro de las atenciones de todos nosotros.

-Entonces Lucía ¿tú crees que el hijo puta de tu marido, al pillaros in fraganti y daros el boleto a la otra vida, os enterró en el jardín de vuestra casa?- le pregunté para precisar el lugar exacto donde habría que buscar para encontrar las pruebas del delito.

-Yo creo que sí, pero no lo puedo asegurar porque nada más recibir los primeros balazos me sentí muy confusa. Vi aparecer a un extraño personaje todo vestido de blanco, que me acompañó a un lugar que a mí me pareció que no tenía formas ni colores y alguien me preguntó si estaba preparada para iniciar una travesía por un universo, que no sé como lo

llamo, así que yo le dije tajantemente que no, que de ninguna manera, que yo no me iba a ninguna parte sin acabar la faena que había comenzado-

-¡Joder!- exclamó la pobre Lucía con evidentes muestras de contrariedad -toda mi vida esperando el momento glorioso de estar poseída por un macho en celo y viene el maricón de mi marido y nos fríe a tiros a Osvaldo y a mí. No es justo- terminó indignada.

-Bueno Lucía, olvídate de todo lo demás. Ahora céntrate en el momento en que ese personaje todo vestido de blanco te volvió a reintegrar en tu cuerpo. Algo debes de recordar. Es muy importante, porque de lo contrario nunca seremos capaces de saber exactamente qué hizo tu marido con los cadáveres- le dije tratando de centrarla en el momento en que La Muerte la devolvió para darle la oportunidad de terminar sus asuntos junto a la Santa Compañía.

-Sí, algo recuerdo.- dijo convencida y serena -Recuerdo que al regresar de aquel extraño lugar sentí una sensación muy extraña. Algo así como sabor a tierra mojada y pequeñas sacudidas en todo el cuerpo como si algo me estuviese apelmazando el cuerpo, pero no sentía ningún dolor. Estaba muy aturrida y ese extraño personaje me empezó a frotar el cuerpo con un mejunje que olía muy raro y recuerdo que al sacarme como de un agujero donde estaba metida, al salir vi que mi cuerpo se rozaba con un bulto que estaba encima de mí y envuelto en una de las sabanas de nuestra cama y ya fuera de ese lugar todo era muy oscuro, aunque creo recordar un cierto olor a tomillo- Lucía estaba de lo más colaboradora y todo lo que decía era esclarecedor y aún pudo aportar algo así como una somera disculpa, que en labios de Lucía era muy de valorar.

-Y lo siguiente que recuerdo es ya cuando me reintegré al grupo de la Santa Compañía en la Sierra de Fornelas. Por ese entonces tú todavía no habías llegado y yo me encontraba muy alterada y rabiosa, por eso quizás me haya extralimitado con todos vosotros y haya descargado toda mi ira con quien no debía- me dice como disculpándose por su actitud tan altanera de entonces.

-Bueno Lucía, ahora no te preocupes de eso y céntrate en lo que estamos. ¿Tenéis alguna planta de tomillo en vuestra casa?- le pregunté para ver si por fin habíamos encontrado el lugar donde reposaban los cuerpos de Lucía y de su amante.

-Sí, sí que hay una. Esta en uno de los rincones de la finca que linda con el bosque. El muy imbécil de mi marido decía que el olor a tomillo ahuyentaba a los conejos, pero yo creo que lo que hacía era justo lo contrario, porque dentro del jardín los conejos se paseaban como Perico por su casa.

Las explicaciones de Lucía eran difusas pero explícitas, de modo que nos pusimos manos a la obra para encauzar nuestro objetivo. El Lixeiro y yo decidimos acercarnos por un local de ambiente Gay que él conocía cerca de Ponferrada, para lo cual tuvimos que hacernos con un coche de alquiler. No había mucho tiempo y teníamos que hacer las cosas deprisa.

Al llegar al local era bien mediada la tarde, de modo que a esa hora aún no había apenas gente, sólo un par de chaperos que merodeaban por el local en busca de algún ligue pagado. Obviamente no era lo que nosotros buscábamos, porque nosotros necesitábamos un gancho que realmente fuese irrechazable por el degenerado marido de Lucía, pero la suerte ese día estaba de nuestro lado.

Apenas llevábamos quince minutos en el local cuando vimos entrar a un muchacho rubio, de aspecto aniñado, vestido elegantemente, de modales refinados y de un trato excelente, porque el chico, nada más vernos en la barra del establecimiento ojeando el panorama, se dirigió directamente hacia nosotros y se nos presentó.

-Hola, soy Carlos y por aquí no conozco a nadie, de modo que si me invitáis a tomar una copa os lo agradeceré-

Su habla lo delataba: era argentino. Sus modales y sus ademanes también: era homosexual. Pero su desparpajo y sus finos modales nos sorprendieron de inmediato. El chico era justo lo que buscábamos: guapo, buen cuerpo, atrevido y educado. Vamos, un mirlo blanco para cualquier perverso que a buen seguro encontraría en la transgresora adolescencia de Carlos, en su dulce ternura y en su encantadora belleza una tentación muy difícil de rechazar.

Nosotros de inmediato quisimos hacerle una propuesta indecente, pero no hizo falta. Él, con el atrevimiento que le daba su juventud y la seguridad que le daba su hermosura nos la hizo a nosotros.

-Estoy sin plata y me horroriza levantarme de madrugada para ir al trabajo. ¿Podéis hacer algo por mí?- nos dijo con descaro pero con elegancia y cortesía.

-Claro que podemos- le contestamos casi a dúo -pero tendrás que ganártelo- le dijimos.

Y le explicamos el plan. El chico era avisado y listo, de modo que no hizo falta demasiado esfuerzo para comprender el papel que debía representar. También era ambicioso, pero no lo suficiente para que, cuando le dijimos la cantidad que le pensábamos pagar, exclamara de la manera más porteña y espontánea.

-Pero vos sois unos boludos. Yo estaba dispuesto a cumplir mi parte del compromiso por mucho menos de la mitad de la plata que vos me estáis ofreciendo.

Así que, conseguido el señuelo quedaba lo más difícil: teníamos que hacer que la presa, que no era otro que el parricida que hacía unos días, en un ataque de celos había asesinado a su esposa Lucía y a Osvaldo el amante cubano de ambos, perdiera la cabeza por nuestro cómplice Carlos y se marchase con él para vivir una aventura de pasión y lujuria y claro, dejarnos a nosotros las manos libres durante al menos un día para poder hacer en su casa las cosas que debíamos hacer.

La misión no era fácil, porque a buen seguro el hombre estaría muy precavido para no cometer errores fatales, pero nuestro engaño estaba bien argumentado y muy seguramente, al ver la pieza que se le ofrecía, caería en el ardid, así que ya caída la noche me presenté en su casa y llamé al timbre de la puerta.

-Buenas noches. Soy un empresario de Madrid y tengo a mi cuidado a un jovencito recién llegado de La Argentina que está recibiendo en las últimas noches llamadas obscenas y malintencionadas. Preciso que un notario me levante acta de lo que está sucediendo. ¿Usted me querría hacer el favor de escuchar al chico para que él le explique en detalle los sucesos que le están ocurriendo?

El honorable notario no cayó a la primera en el engaño y se resistió a mi propuesta, aconsejándome que acudiese a la Policía a exponer el caso porque ellos podrían intervenir los teléfonos y darme la cobertura

necesaria, pero Carlos que desde el coche contemplaba la escena decidió intervenir directamente y se presentó en la puerta de entrada a corroborar mi historia.

El notario seguía siendo tan honorable y precavido como al principio, pero al ver la vulnerabilidad del muchacho y naturalmente, su más que irresistible hermosura, se quedó encandilado y nos invitó de inmediato a pasar a su despacho para que le contásemos los hechos con detalle y concretar la clase de ayuda que podría prestarnos.

Carlos era el cómplice perfecto. No sólo era guapo, atrevido y refinado, era sobre todas las cosas un excelente actor, e interpretó a la perfección el papel que para él le habíamos marcado El Lixeiro y yo, pero además improvisó según convenía para que un sátiro como el notario se quedase obnubilado por su historia desde el principio.

-Así que me dice usted que le llaman por las noches personas que además no se identifican y le hacen a usted propuestas deshonestas y malintencionadas- le pregunta el honorable y depravado notario al desvalido muchachito.

-Imagínese, yo sólo en la habitación de mi hotel y recibiendo llamadas en las que ciertos hombres me proponen actos homosexuales brutales y llenos de salvajismo- y Carlos, con glamour y sensualidad detalla explícitamente las cosas que supuestamente le proponen esos desconocidos, pero claro, ya dije que el muchacho era un excelente actor y lo demostró ampliamente, porque le explicó con frases, muecas y sonidos todos los escabrosos detalles de tan indecorosas propuestas y finalmente, como para rematar la faena añade insistiendo en su soledad

-Y claro, yo sólo en la habitación. Si al menos estuviese un hombre conmigo para protegerme, las cosas serían diferentes-

Como pueden suponer la presa mordió a conciencia el anzuelo. El ilustre notario tomó la iniciativa y la propuesta fue mucho más de lo que esperábamos y sin titubear ni cortarse un pelo me hace una propuesta de lo más tranquilizadora para nosotros.

-Usted márchese tranquilo que yo me hago cargo de todo el asunto. A este pobre chico no podemos dejarle desamparado. Yo hago en un momento una maleta para coger las cosas más imprescindibles y

acompañó a Carlos a su hotel para protegerle y levantar acta de cuanto acontezca en la noche-

Habíamos propuesto al zorro que se hiciera cargo del gallinero y aceptó la propuesta. Nos quedamos no obstante un rato El Lixeiro y yo dentro del coche, para cerciorarnos de que todo discurría según lo acordado.

Y según lo acordado, apenas un cuarto de hora más tarde vimos salir en su flamante coche de lujo al ilustre notario llevando a su presa, perdón a su protegido, camino de una noche de lujuria, perdón otra vez, de vigilia.

Y eso mismo hicimos El Lixeiro y yo, salir de estampida hacía la casa en Sober, donde aún nos quedaba realizar una parte del trato con el otro tratante, es decir, debíamos mandar esa noche a Lucía a entretener a los polacos.

-¿Entonces yo me marchó a la otra casa porque allí tengo asuntos que resolver?- nos preguntó Lucía un tanto desconcertada por tan enigmática propuesta.

-Eso mismo Lucía. Tú no te preocupes que aunque ahora no lo entiendas, durante el transcurso de la noche lo entenderás seguro- le dijimos un tanto persuasivos porque la mujer mostraba cierta resistencia a nuestra extraña propuesta.

El Lixeiro y yo la acompañamos hasta la entrada y llamé tímidamente a la puerta. De inmediato salió uno de los polacos que se quedó ensimismado contemplando la dulce belleza de una mujer madura. Ella no dijo nada, pero la vimos perderse en el interior de la vivienda. El Lixeiro y yo nos miramos el uno al otro y nos quedamos un rato más para ver si sucedía algo y claro, algo sucedió.

No habían pasado más allá de cinco minutos cuando escuchamos unas risitas nerviosas de Lucía y unas risotadas de los polacos. El trato lo estábamos cumpliendo y las cosas salían según lo planificado de modo que plácidamente, después de una agotadora jornada de trabajo regresamos a casa para recobrar fuerzas, perfilar la estrategia del siguiente día y departir con los otros componentes de la Santa Compañía las novedades acaecidas hasta el momento.

Ya me estaba poniendo nervioso por la tardanza de Lucía, cuando de repente la vemos aparecer por la casa, medio desaliñada, medio ausente, con la vista perdida y en un estado casi catatónico. Resurrección le sale al encuentro y ambas cuchichean algo y Lucía, desgarrada, se desploma en un diván sin decir palabra.

-¿Qué te ha dicho?- le pregunté angustiado a La Meiga, por si esos dos bestias de polacos le habían hecho algo malo a la pobre e indefensa Lucía.

-Me ha dicho que, si lo llega a saber que se muere antes.

-¿Y no te ha dicho nada más?- le volví a preguntar

-Sí, me ha dicho que esta noche vuelve otra vez y que los polacos le han dicho que tenía fuego en el cuerpo.

-Joder con los polacos- me dije para mí. -Pues menos mal que no la han conocido en vida, que si no, arde Galicia y hubieran tenido que venir los bomberos rusos con sus aviones contra incendios para extinguir el fuego de la pasión.

Dejamos a las mujeres en casa y salimos El Sepulturero, El Lixeiro y yo a rematar la faena. El tiempo apremiaba, porque de acuerdo a lo que habíamos pactado con Carlos, debía mantenernos al notario fuera de su casa todo el tiempo que pudiese, pero por lo menos le habíamos dicho que nos lo mantuviese alejado hasta el mediodía, pero no nos confiamos demasiado por si no lo lograba. Pensamos que lógicamente por la mañana debería atender sus obligaciones profesionales, a no ser que las obligaciones pasionales pudiesen más que las profesionales.

De camino dejamos al Lixeiro en un vivero para comprar unos arbustos y que gestionara la plantación inmediata de los árboles en el jardín del notario. Y confiábamos claro, en que aún no hubiese llegado a su casa y diese al traste con nuestros planes.

Al llegar a la casa de Lucía todo estaba en orden y tranquilo. La primera impresión era buena aunque llamamos a la puerta por si acaso, pero nadie salió a recibirnos. Entramos en el jardín y buscamos un lugar cerca de la linde con el bosque de mimosas donde hubiese unos matorrales

de tomillo. No nos fue difícil encontrar el lugar ni nos fue difícil reconocer un espacio de tierra removida. Sin ninguna duda ese era el punto donde el muy hijo de puta se deshizo de los cadáveres, al resguardo de miradas y en un emplazamiento donde a buen seguro, salvo quizás algún conejo, nadie encontraría las pruebas de su fechoría.

Sólo quedaba esperar la llegada del Lixeiro con la pala grúa y los operarios del vivero, para plantar los árboles en el jardín del notario y que, como pueden suponer, sería justamente en el punto donde sospechábamos que estarían enterrados los cuerpos de Lucía y de Osvaldo, el amante cubano de ambos.

Pero el tiempo pasaba y allí no llegaban ni el notario ni El Lixeiro con los obreros y los árboles para plantarlos. Baldomero se estaba poniendo sumamente nervioso porque todo lo teníamos entre alfileres y en cualquier momento podrían llegar los amantes de Ponferrada y echar al traste todo nuestro planteamiento.

Pero afortunadamente El Lixeiro y los operarios llegaron. Tarde, muy tarde, pero llegaron antes que el notario y su amante ocasional, así que descargaron los árboles que venían en unos enormes tiestos, prepararon la pala-grúa y se marcharon a comer.

A nosotros nos llevaban los demonios, porque estos tíos se tomaban la cosa con una galbana impresionante, pero la cosa aún iba a ir a peor, porque al regresar de comer nos dicen que ya lo dejan para mañana porque se les va a echar la noche encima y prefieren no dejar el trabajo a medias.

-Es que para mañana ya será tarde. Es un regalo de cumpleaños y queremos que cuando regrese el propietario vea los árboles en su jardín-les digo tratando de convencerles y claro, pasándoles una buena propina para acabar de convencerles.

Los operarios agarran con muy buena gana la propina, pero el trabajo lo empiezan de muy mala gana. Nosotros, con la excusa de marcharnos a comer, les dejamos a ellos con su faena y nos perdemos en el cercano bosque de mimosas contemplando la labor. Ya no teníamos más que hacer, solo dejarles que cavasen y que encontrasen los cadáveres que suponíamos estarían allí enterrados.

Como a eso de una hora de excavar la tierra, el operario de la pala da un grito a los compañeros y para el motor. Todos se acercan a la zanja y comentan el hallazgo. El objetivo estaba cumplido, ahora sólo quedaba que actuarán de acuerdo a lo previsto.

Y de acuerdo a lo previsto actuaron como correspondía a tan dramático acontecimiento. Primero llamaron a su jefe, que no tardó ni diez minutos en presentarse en el tajo. El hombre nada más llegar y ver de qué se trataba llamó de inmediato a la guardia civil y estos al juez de guardia.

El caso es que en apenas una hora aquello estaba lleno de operarios de la jardinería, guardias civiles y curiosos alertados por el espectacular despliegue de coches y de medios. Estaban todos menos quien debía estar: el notario para dar explicaciones del por qué se encontraba enterrado un cadáver en su jardín.

Los pobres operarios no sabían cómo salir del atolladero. Ellos lo único que decían es que unos señores les habían contratado para plantar esos árboles en ese punto, pero nadie nos encontraba para dar razones y explicar tan extraño hallazgo. Los pobres hombres se habían ganado bien la propina que les habíamos entregado.

Con todo este ajetreo la noche se echó encima y el juez ordenó el precintado de toda la zona y pospuso para el día siguiente el desenterramiento del cadáver. No quería que por falta de luz se perdiesen pruebas para esclarecer la investigación. Lo que ellos no sabían es que debajo de ese cadáver había otro, pero el caso es que dejaron a varios guardias civiles custodiando el lugar y se marcharon...

Y el notario seguía sin aparecer.

-Habrá visto el despliegue y habrá huido- dijimos entre nosotros para explicar la ausencia.

Y como allí ya no había más que hacer, pues plácidamente al igual que el día anterior, nos marchamos tranquilamente hacia casita después de una dura y ajetreada jornada de trabajo. Al llegar vimos a Lucía muy alegre y elegante, mirándose al espejo y dándose los últimos retoques. Nos la quedamos mirando y Resurrección nos dice.

-La están esperando los polacos.

-Pues que se dé prisa- le decimos -Mañana temprano la espera el juez de guardia para levantar su cadáver-

Al amanecer del día siguiente entra en la casa Lucía, justo cuando nosotros nos disponíamos a salir para seguir los acontecimientos del día anterior. Lucía venía serena y guapa, muy guapa. Yo al verla no pude por menos que decirla un piropo.

-Que guapa estas Lucía. Que bien te sienta la muerte.

-Gracias Federico. Si os vais al levantamiento de cadáveres os acompaño. Quiero ver al pobre Osvaldo por última vez.

Y allí nos fuimos todos otra vez. Cuando llegamos a nuestra atalaya en el bosque de mimosas vimos que ya habían comenzado la faena la policía científica y el juez, pero ni rastro del notario y de su amante.

Al cabo de un rato, alguien desde la zanja grita que debajo hay otro cadáver y en eso momento, por detrás de nosotros, una luz mágica y deslumbrante se nos acerca. No necesité mirar quién era. Ya la había visto el día que venía de Madrid y, soñoliento, caí a las frías aguas del río Sil.

Era La Muerte que venía a cobrarse su presa. Yo la miré, le dediqué mi mejor sonrisa y la saludé con las mismas palabras que la vez anterior:

-Buenos días madrugadora Muerte. Que temprano comienzas siempre tu faena-

Ella me miró dulce e inexpresiva como siempre, pero no dijo nada. Se limitó a coger suavemente a Lucía, como quien coge una pluma y se la llevó en silencio.

-Adiós Lucía- le dije antes de que desapareciera del lugar -¿Has saldado satisfactoriamente tus cuentas?- le pregunté.

Lucía volvió la cabeza pero no pudo contestarme. Me dedicó su mejor sonrisa y me lanzó un beso. Al rato todos los difuntos de la Santa Compañía que presenciábamos la escena vimos como La Muerte, con maestría y delicadeza, colocaba a Lucía entre las sabanas de aquella zanja y la vimos desaparecer entre el enjambre de guardias y operarios que

trabajaban en el lugar y que, naturalmente, ninguno pudo apreciar las maniobras que allí se produjeron.

Las horas pasaban y el levantamiento de los cadáveres estaba finalizando, cuando de repente vimos aparecer en escena al notario que, en ese momento, llegaba al lugar acompañado de Carlos y se bajaba del coche sorprendido por el gentío que rodeaba su casa.

Alguien advirtió al juez de la identidad del recién llegado y éste mando de inmediato que lo detuviesen. El notario ni siquiera se había dado cuenta de la situación cuando ya estaba detenido y esposado. Le quedaban muchas explicaciones que dar y le quedaban muchos años de cárcel por delante.

Lucía, La Tocapelotas, había saldado con creces sus cuentas pendientes. Suponía que ahora estaría vagando por ese Universo, contenta de haber dado su merecido al infame de su marido y satisfecha por haber disfrutado, al fin, de la fogosidad de dos machos en celo. Los polacos decían de ella que tenía fuego en el cuerpo, quizás, pero lo que los polacos no pudieron ver es que su alma estaba llena de dulzura. Era la gallega más melosa que gallego pudiese imaginar y finalmente había encontrado a quién melosear.

Y entre el gentío que pululaba por los alrededores de la casa de Lucía y del notario vi a Carlos que, sorprendido, miraba como un espectador más lo que acontecía en ese jardín. Yo salí corriendo a su encuentro y le detuve cuando ya se alejaba del lugar.

-Gracias por entretenernos lo suficiente al notario- le dije

-Che viejo, vos me pagasteis con largueza mi trabajo y yo os correspondí como mejor supe, entreteniéndole todo lo que pude. ¿Pero ya viste el tremendo follón que hay en esa casa?, ¿Habrá sucedido alguna tragedia?

Y le expliqué lo que había hecho el notario. Y le expliqué cómo había matado a Lucía y a su amante cubano. Y le expliqué cómo el sátiro del marido desatendía las obligaciones matrimoniales y se prodigaba con sus amantes y Carlos, que me escuchaba boquiabierto y deslumbrado por tan apasionante relato y acostumbrado como estaba a los ambientes porteños

de su Buenos Aires querido, definió lo sucedido con unas palabras harto elocuentes:

-¿Pero vos qué me estas contando? Eso es un tango argentino.



CAPITULO-XV Esponsales de difuntos

Y solventados felizmente los asuntos de Lucía La Tocapelotas, ahora tocaba solventar los asuntos de Kika La Zorra y de Baldomero, El sepulturero de Quiroga. Y sabíamos porque ya lo habían manifestado que querían casarse.

Como pueden suponer la cosa era insólita, porque las bodas se consagran hasta que la muerte los separe, pero esta pareja ya estaban muertos de modo que habría que consagrarlos con un ritual alternativo. Quizás hasta que una nueva vida los vuelva a separar o simplemente unidos en la muerte por la eternidad.

Habíamos decidido que la boda la realizaríamos en la iglesia de Piño, una pequeña aldea cercana a La Ferreirua, de modo que decidimos trasladarnos a la antigua casa que ocupábamos cuando encontramos al Zacarías y a la Trini. Nos quedaba a mano y el lugar era seguro confortable y tranquilo.

La Corda cada vez estaba más desangelada. Ya sólo quedábamos en la cuerda ocho componentes de los once que la iniciamos: Pepiño Muñón,

El Lixeiro, La Pulpeira de Santalla, La Meiga de Sarria, El Sepulturero y La Kika, Loliña y yo. Dos más habían resuelto sus cuentas y se habían reintegrado con La Muerte: Lucía La Tocapelotas y El Carabinero de la Puebla y uno, Don Camilo, El Avanto de La Vineira, no había conseguido la armonía suficiente para solventar sus asuntos y fue arrebatado de la Corda por la dulce e inexpresiva Muerte.

Como era de suponer, el viaje desde Sober hasta La Ferreirua se nos hizo mucho más penoso de lo que era deseable. Se notaba la ausencia de los que nos habían dejado y sobre todo se notaba el largo camino a recorrer, pero puestos a notar, yo diría que lo que más me llamó la atención era la casi indiferencia tanto de La Kika como del Sepulturero, sobre todo en comparación con los otros difuntos que ya habían solventado sus asuntos y que según se acercaba la hora de rendir cuentas, su nerviosismo y emoción eran evidentes, en contraposición con lo que a esta pareja les sucedía, que mostraban una más que discreta falta de entusiasmo y de apasionamiento por los acontecimientos que iban a protagonizar y que en teoría les iba a congraciarse con la vida para disfrutar de una merecida muerte eterna y feliz.

Quizás estaba pasando algo que se me escapaba y que yo no había sido capaz de descubrir, porque tal como estaba viendo a la pareja, tal se diría que ambos carecían de asuntos pendientes de resolver. La boda más parecía una formalidad que un fin y estaba llegando a la conclusión de que estábamos progresando por el camino equivocado, así que al llegar por la noche a la casa, decidí reunirlos a todos y echar un pequeño discurso de recapitulación para ver si sucedía algo que me orientase y sucedió, vaya si sucedió. Sucedió lo más inesperado.

-Bueno, ya sabéis que nuestros asuntos se están resolviendo felizmente y con la boda de La Kika y de Baldomero habremos casi terminado y podremos poner fin y disolver esta Corda- les dije como preparándolos para la despedida que irremediablemente se produciría en poco tiempo.

-Y tus asuntos ¿Cómo y cuándo los vas a resolver?- me preguntó Pepiño Muñón.

-Ya sabéis que yo acordé con La Muerte que mis asuntos serían los últimos en resolverse y necesariamente debo abandonar Galicia porque debo resolverlos en Madrid- le aclaré a Pepiño.

Y en ese momento aconteció lo más inesperado que nos había sucedido hasta el momento. Algo que a todos nos dejó perplejos e ilusionados. Algo repentino y que dio un vuelco a la situación anodina en que estaba cayendo el espíritu que reinaba entre los integrantes de la Corda. Desde el fondo de la habitación todos pudimos escuchar cómo apenas un suspiro de Loliña nos llenaba de alegría a todos.

-No quiero morirme sin conocer Madrid-

Todos nos volvimos muy sorprendidos hacía Loliña y la vimos radiante de ilusión. Estaba de pie y apoyada sobre un ventanal que resaltaba su figura como si de una Madona de Murillo se tratara. La cabeza levemente inclinada hacia un lado y la mirada perdida. Sus labios apenas dejaban asomar una incipiente sonrisa y sus manos, entrelazadas, descansaban sosegadamente sobre su vientre. Todos rodeamos a la niña para demostrarle nuestro amor y todos besamos suavemente su pelo, sus mejillas, sus manos. Por fin Loliña había descubierto cuales eran sus cuentas pendientes.

Pero lo que esa noche no había descubierto era la extraña indiferencia tanto de La Kika como del Sepulturero, de modo que a la mañana siguiente, aprovechando la salida de Pepiño y del Lixeiro en busca de papeles para casar a la pareja, yo cogí del brazo a La Kika y decidí darme un paseo con ella para charlar serenamente de su vida y de su muerte.

-¿De qué has muerto Kika?- le pregunté

-Pues de lo que suelen morir las putas de carretera. De un palo en la cabeza y tirada en una cuneta- me contestó entristecida.

-¿Y conseguiste ver quién lo hizo?- le volví a preguntar.

-No, no conseguí verle, pero sé de sobra quién fue y por qué lo hizo- me dijo con firmeza y con un cierto aire de frustración en sus palabras. Y a continuación, sin preguntarle nada más, porque nada más hacía falta preguntarle a una mujer que llevaba tiempo deseando hablar y deseando que alguien la escuchase, me relató minuciosamente una historia escalofriante.

-Yo vivía en una mugrienta pensión de Monforte que regentaba un malnacido, sin escrúpulos y sin entrañas. Se llama la Pensión Miramar, pero a lo único que mira esa pensión es al infierno. Allí sólo nos alojamos un par de putas, un par de traficantes de poca monta, media docena de moros, Jaime el hostelero y una chica para todo a la que la pobre le faltaba un hervor-

-Jaime no era más que un negrero que nos explotaba a todos. A la chica la tenía de criada y decía que con darle de comer y alojarla ya estaba pagada. A los moros, como no tienen papeles para trabajar, los engañaba con que se los va a conseguir y mientras los mandaba a trabajar con empresarios y agricultores explotadores y sin escrúpulos e incluso de eso saca tajada. A nosotras nos cobra lo que quiere y cuando quiere y cuando él decide que nos falta dinero, pues nos lo cobra en servicios de lo más repugnante. Y a los pobres camellos los tiene para que trapicheen la mercancía que él les suministra y a veces les paga y a veces les regala unas dosis para que continúen enganchados, de modo que nos tiene a todos de esclavos-

-¿Y la policía no ha hecho nada?, ¿Le habéis denunciado para que le detengan por tráfico de personas y de estupefacientes?, porque según creo el tráfico de drogas por esta región esta muy perseguido- le pregunté extrañado por la situación de desamparo y por la impunidad de la que parece gozaba ese individuo.

-Le han vigilado muchas veces, porque tienen fichados a los camellos y el local que regenta, pero andan detrás del que le suministra las drogas, aunque nunca han descubierto quién se las suministra y nunca lo descubrirán. Hace unos días yo me levanté por la noche y bajé al bar a por una cerveza y descubrí de donde saca la droga. Yo me marché corriendo porque me entró miedo de lo que había descubierto, pero creo que él me vio y me esperó en la carretera detrás de unos arbustos para cerrarme la boca y ya ves, lo consiguió.

-¿Y quién le suministra la droga a ese hijoputa?- le pregunté confundido por la sórdida historia.

-Ese es el secreto. La policía busca un suministrador que acerque la droga al local, pero no hay suministrador. Jaime tiene un horno de leña en el local que hace años que no utiliza y el día que bajé en busca de mi cerveza le vi dentro del horno. Me extrañó tanto verle ahí que me acerqué

sigilosamente para ver qué hacía y vi que tras una falsa piedra tenía un auténtico almacén de droga. Se ve que en algún momento se hizo con un cargamento de droga, lo escondió y lo va soltando poco a poco, por eso la policía no logra nunca cogerlo.

-Claro, se autoabastece y es imposible cogerlo a no ser que alguien como tú descubra su escondite y por eso te mataron. De todas formas lo que no comprendo es por qué tú, que eres una mujer muy guapa, sexy y desenvuelta, has tenido que soportar a ese energúmeno y no te has marchado a otro sitio, porque yo creo que has debido ganar mucho dinero ejerciendo la prostitución, porque es seguro que clientes no te faltarían. ¿En qué te lo gastabas?, ¿Eras quizás drogadicta?- terminé preguntándola y esperando la peor respuesta.

Ella guarda silencio por un momento, medita su respuesta y al cabo de un minuto me responde -Ni tomaba drogas, ni tomaba alcohol, pero en efecto era una drogodependiente. Era una ludópata compulsiva-

-Todo cuanto ganaba lo gastaba en las máquinas. Llegué a vivir sólo por y para jugar. Apenas acababa de hacer un servicio corría hacia una máquina para gastármelo y no dejaba la tragaperras hasta quedarme sin una moneda. Aquello fue un infierno. Cuanto más gastaba más tenía que prostituirme y más bajo tenía que caer para conseguir clientes, de modo que llego un momento que o bien estaba con un cliente o con una máquina. Fue el círculo de la muerte, así que al asesinarme y presentarme en aquel extraño lugar sólo le pedí a La Muerte una cosa: poder vivir unos días desenganchada y respetada... y creo que lo he conseguido- terminó con amargura su relato.

Por fin había entendido su aparente desinterés. Ella realmente ya había conseguido saldar sus cuentas al estar disfrutando de lo cotidiano, lo demás no parecía que fuese muy esencial, pero de todas maneras quería saber más y le pregunté:

-¿Entonces lo de la boda qué es, un capricho o una necesidad?

A ella no parecía importarle demasiado el asunto, pero argumentó bien su respuesta -He vivido el infierno en la tierra. Ahora quiero desquitarme un poco y si puedo permitirme un capricho, pues eso que me llevo por delante. A Baldomero le hace ilusión porque el pobre hombre no ha conocido más vida sexual que la podredumbre que le proporcionaban

los cadáveres del cementerio. Por supuesto que conmigo no se va a poder desquitar, pero mira, al menos nos habremos casado y habremos tenido nuestra noche de bodas. El sexo para nosotros no existe. Para mí sólo eran monedas para las tragaperras, para él sólo un paseo por la locura. ¿Qué daño hacemos casándonos?

-Absolutamente ninguno Kika- le respondí de inmediato –Pepiño y El Lixeiro ya están gestionando los papeles y mañana, si todo nos sale como lo tenemos planificado, celebraremos unos bellísimos esponsales, aunque sean de difuntos.

-Quise hacer alguna invitación a la boda. Corría cierto riesgo de que alguien diese al traste con nuestros planes si descubría que éramos difuntos en busca de solventar nuestras cuentas, pero valía la pena intentarlo.

Llamé al Teniente Centella, le invité y le pedí que me trajera un par de regalos para la boda. También le pedí que nos trajese algún invitado especial más. También llamé a Anita la chica gordita con las nalgas rellenas de chocolate y le pedí especialmente que viniese acompañada de cierta persona. Llamé a La Vineira y conseguí que otra nueva invitada viniese a la ceremonia y finalmente llamé a un establecimiento de catering de La Coruña y aún sin tiempo suficiente, me aseguró que prepararían un festejo abundante y de calidad, pero me advirtieron que quizás y debido a la premura de tiempo, lo que no podrían hacer es conseguirnos camareros de categoría para servirnoslo.

-No hay problemas por eso- les dije -ustedes sólo traigan las viandas y los accesorios necesarios. Para servirlo ya me encargo yo de buscar a las personas adecuadas.

Y claro, me advirtieron algo más. Me insinuaron muy cortésmente que esto iba a salir por un pico y que sería necesario pasarse previamente a visitar el lugar de la ceremonia. Para que no hubiese imprevistos, me dijeron, pero también me pidieron que si podía adelantarles algo de los costes que todo iría mucho mejor. Y en eso quedamos.

Al cabo de las dos horas tenía en el jardincillo que da entrada a la iglesia de la Parroquia de Piño, al señor cura, a unos testigos del pueblo llamados también por él. A los del catering de La Coruña y al camarero

cotilla del Hotel Alfonso IX de Sarria que sería el encargado, junto con otros colegas del hotel, de servirnos el banquete de bodas.

Al inicio aquello era un gallinero. Cada uno ponía una pega, así que, como estaba cansado de tanto trajín y quería terminar estos asuntos de logística lo antes posible, eché mano al bolsillo y solucioné lo insolucionable en apenas un minuto.

-No hombre, no. No me avance usted tanto dinero- me dijo el del catering -esto seguro que le sale a usted por la mitad de lo que me ha avanzado.

-No se preocupé- le dije -ya haremos cuentas dentro de unos días cuando yo me pase por sus oficinas- y por supuesto se acabaron los problemas con el catering.

-Esto para sus necesidades y para hacer los actos de beneficencia que usted considere necesarios- le dije al señor cura, que como pueden suponer agarró el fajo de billetes sorprendido. Y sorprendido nos dejó a todos solventando de un plumazo cuantos problemas insolubles tenía apenas hacía un minuto.

Y al camarero cotilla ¿qué quieren que les diga? A mí me caía muy bien y se me cayeron en su bolsillo un más que abultado fajo de billetes, así que me juró que tendríamos un servicio Royal, que realmente no tenía ni idea de lo que significaba, pero que intuía que sería el adecuado para el caso que nos ocupaba.

Y llegó el día de esponsales. Allí estábamos expectantes los supervivientes de A Corda da Santa Compañã, excepto claro los novios y el Lixeiro, que los traería en coche a la hora acordada. Estaban también algunos que otros vecinos de la parroquia que contemplaban extrañados aquel insólito tejemaneje. Dentro de la iglesia nos esperaba el señor cura y los testigos para officiar y en apenas unos minutos de espera empezaron a llegar los invitados.

El primero en llegar fue el Teniente Centella y su esposa a bordo de un flamante coche de lujo. Me presenta a su encantadora esposa, pero yo impaciente apenas le hago caso y le pregunté si había conseguido los regalos que le había pedido.

-Tal y como me los habías pedido. Aquí tienes uno de ellos- me dijo complaciente y me pasó una cajita que guarde celosamente.

-¿Y los invitados que te pedí?-

No hizo falta que me contestara, porque en ese momento llegaban a la iglesia un coche ranchera del cual se bajaron el Zacarías, La Trini y su hija, su yerno y sus nietos. Y llegó Anita, la chica con las nalgas rellenas de chocolate, acompañada de Fernandiño el nieto de Emerita, la Pulpeira de Santalla. Ella se quedó pasmada al ver a su nieto a su lado, pero reaccionó con soltura. Se agarró a su brazo y le dijo:

-¿Te importa acompañar a esta pobre anciana en esta fiesta?

El chico también reaccionó con naturalidad. La besó en la mejilla, la agarró del brazo y entraron juntos a la iglesia. Anita, la chica gordita del pelo ensortijado, al ver a su sobrino agarrarse a la anciana le imitó, se agarró a mi brazo y me susurró al oído.

-No he traído regalo de bodas porque no sabía de qué se trataba la invitación. Tú no fuiste demasiado explícito.

-No hacía falta que trajeses regalo de bodas, pero en cambio yo sí te he traído un regalo para ti- y eché mano al bolsillo de la chaqueta y saqué la cajita que hacía un momento me había entregado el Teniente Centella y se la puse en sus manos a la vez que le daba un beso. Ella abrió impaciente y sorprendida la caja y al ver el collar que había dentro se quedó enmudecida por la sorpresa e inmediatamente le empezaron a rodar unas lágrimas por sus redondeadas mejillas. Yo la volví abrazar y no le dije nada, pero era mi manera de agradecer a aquella chica todo lo que había hecho por solventar uno de los casos más difíciles.

Y llegó al lugar un lujoso coche del que se bajó una chica guapa, elegante y de porte distinguida. Miró a los presentes como escudriñando para ver si conocía a alguien, pero de inmediato salí a su encuentro.

-¿Tu eres Nieves, supongo?- le pregunté con cortesía.

-Sí- me contestó con evidente frialdad y cierto distanciamiento y agregó. -He venido sólo porque usted me ha dicho que es conocido de mi

padre y que tenía mucho interés en verme, pero ya sabe que mi padre ha fallecido hace unos días ¿no?

-Sí, ya sé que tu padre ha fallecido, pero quédate a la boda y después charlamos un rato ¿quieres?-

Nieves, la hija del Avanto de la Vineira, aceptó. A regañadientes y a disgusto, pero aceptó. Le picaba la curiosidad de ver qué le podía contar un desconocido que el día anterior la llamó por teléfono y le dijo algo muy escueto y enigmático:

“Soy un conocido de tu padre. Tengo un mensaje muy importante que transmitirte y quiero verte mañana a las seis de la tarde en la parroquia de Piño” y aquí estaba. Seductora, distante y altanera, pero tras esa fachada artificial y engañosa, creí ver sólo a una mujer llena de pena por la muerte de su padre.

Y ya sólo faltaba que llegasen los novios y llegaron. La Kika radiante y llena de vida. Baldomero sobrio y trascendente. Los dos elegantes y los dos enamorados y contentos, mirándose a los ojos y mirándonos a todos. A duras penas se creían lo que les estaba sucediendo. Tener que morirse para empezar a vivir, pero a veces la vida es un infierno y la muerte es la gloria.

La ceremonia fue breve pero enternecedora. El Sr. Cura estuvo especialmente inspirado y celebró unos esponsales de difuntos dignos y austeros, pero emotivos. Al terminar la ceremonia no hubo arroz para los contrayentes, pero hubo vivas a los novios que el Zacarías no paraba de repetir. El catering nos esperaba a la salida y era abundante, de calidad y servido espléndidamente por el camarero cotilla que hacía de maestro de ceremonias. Los pocos invitados y los pocos curiosos del pueblo que contemplaban aquella extraña boda se arremolinaron en torno a las mesas para degustar los manjares y empezaron los regalos.

El primero fue el del Teniente Centella a la novia. Yo le había pedido el día anterior dos regalos. Uno era el collar de Anita y el otro era un especialísimo regalo para la novia y ese era el momento más adecuado para entregárselo. Hicimos un aparte los tres solos y el teniente le dijo a La Kika:

-Esta noche hemos hecho una redada en la pensión Miramar. Hemos cogido al propietario con las manos en la heroína. Instalamos una cámara oculta para vigilar el horno de leña aprovechando una salida de Jaime, porque alguien nos dijo que allí se escondía la droga, esperamos el momento en que él se metió dentro y cuando estaba retirando la dosis para el día le echamos mano. Este hijo de puta se va a tirar muchos años encarcelado, pero hicimos algo más-

El teniente tomó un respiro porque la emoción de haber resuelto un caso tan conmovedor y difícil le quebraba la voz, pero terminó bien su relato -La chica de servicio ha sido acogida por una institución que la cuidará a perpetuidad, a los inmigrantes moros les vamos a gestionar los papeles en agradecimiento a su colaboración y para que no vuelvan a ser explotados nunca más y a los dos traficantes que distribuían la droga, serán insertados en un programa de desintoxicación. La pensión Miramar ya nunca más volverá a ser un lugar de explotación de esclavos-

Kika estaba presa de tantas emociones y no se podía creer lo que estaba sucediendo, así que sólo acertó a decir -es el mejor regalo de bodas que podía recibir-

Baldomero, el Sepulturero de Quiroga también había recibido el regalo que mejor se ajustaba a su tenebrosa vida. Había conseguido su minuto de gloria y el respeto de todos los asistentes. El camarero cotilla, se volcó en atenciones hacía él y se le veía que tocaba el cielo, aunque aún le esperaba el mejor regalo: una novia ardiente, guapa y sexy, aunque para no romperle la costumbre de años atrás, esa noche también se acostaría con una difunta.

El resto de invitados festejaba como mejor podían. Los difuntos escurriendo el bulto para que nadie observara su imposibilidad de digerir alimentos o líquidos y el resto de invitados haciendo los honores a tan suculento festejo y poniéndose morados. La chica de las nalgas rellenas de chocolate seleccionando cuidadosamente las viandas que comía. No en razón de las calorías sino, como un excelente gourmet, en razón de la presentación, calidad, textura y sabor.

Su sobrino departiendo alegremente con una viejecita que le había caído muy agradable. Era su Abuela, aunque él ya nunca lo sabría. La familia de La Trini casi eran el alma de la fiesta, tanto por la alegría del

reencuentro de la madre con sus amigos benefactores, como por la algarabía que metía el Zacarías.

Aunque no todos estaban la mar de contentos. Nieves, la hija del Avanto de la Vineira, estaba un tanto desconcertada por una fiesta donde no conocía a nadie ni la razón de su presencia, de modo que decidí prestarle la atención que merecía.

-Nieves, yo conocí a tu padre. No desde hace mucho tiempo, pero sí muy profundamente y sé que ha fallecido con cuentas pendientes- le dije haciendo un aparte con ella.

Ella al principio quiso mantener un tono altanero, pero pronto se me desmorono. La mujer se echó a llorar sobre mi hombro y tuve que hacer auténticos esfuerzos para consolarla. Entre sollozos repetía desconsoladamente

-Le he fallado a mi padre; le he fallado y no supe estar a la altura que él me pedía; ha fallecido sin ver culminada la gran aspiración de su vida-

-¿Y cual era la aspiración de Don Camilo, Nieves?-

-Quería verme juez. Hice la carrera de derecho y me presenté dos veces a las oposiciones judiciales, pero las dos veces suspendí. Él me decía que no me esforzaba lo suficiente y permanentemente teníamos peleas por lo mismo. Yo hacía cuando podía, pero nunca quise entrar en la carrera judicial y nunca quise ser abogada. Yo lo que quería ser era escultora. Desde niña me atraía mucho hacer figuras de barro e hice decenas de figuras de mujer, siempre con un mismo rostro: el de mi madre. Soy hija única y mi madre falleció al nacer.

-Mi padre nunca se volvió a casar y se dedicó en cuerpo y alma a su trabajo y a mis cuidados. Quería lo mejor para mí y pensó que lo mejor era un puesto de juez, pero yo lo que siempre quise hacer fueron figuras de barro. Tuvo una larga enfermedad y estuvo varios meses hospitalizado. Yo quería estar todo el tiempo a su lado, cuidarle y darle de comer, pero él no me dejaba; incluso llego a echarme del hospital porque decía que si no estudiaba lo suficiente no llegaría nunca a juez.

-Precisamente falleció cuando yo estaba fuera esperando los exámenes para la judicatura. Cuando se dio cuenta que fallecía pidió incluso que nadie me avisara hasta dos días después, cuando hubiese finalizado los exámenes. Eso hicieron en el hospital: lo enterraron y me avisaron al día siguiente. Ese día yo ya sabía que había vuelto a suspender la convocatoria y que mi padre había muerto y lo habían enterrado-

Nieves no pudo continuar el relato o quizás no había más que relatar. Se quedó callada y sumida en una profunda tristeza y fue en ese momento cuando, como suspirando, me dio la clave de las cuentas de Don Camilo, el Avanto de la Vineira

-Nunca comeremos ostras en Arcade- dijo desconsolada Nieves.

-¿Qué?, ¿Qué has dicho?- le pregunté gritando y alborozado por lo que acababa de escuchar.

Ella sorprendida por mi inusitada alegría me explicó que habían hecho un pacto para que el día que aprobase la judicatura marcharse los dos a hartarse de ostras en Arcade.

-¡Eso es!, ¡eso es!- grité como un loco.

Todos me miraron muy sorprendidos, aunque el sorprendido era yo. Los muy bribones me quisieron poner a prueba. Todos dimos como bueno que El Avanto de la Vineira no se había integrado en el equipo y que renunció a solventar sus asuntos, pero no fue eso. El día que La Muerte vino a rescatarle de la cuerda yo no le hice caso a Resurrección y eché una mirada hacia atrás para ver qué sucedía.

Y lo que sucedió fue algo muy extraño que hasta ahora no llegué a comprender. Vi efectivamente que La Muerte se llevaba al Avanto, pero antes de perderse ambos me miraron y La Muerte le dijo a Don Camilo: dile el enigma de tus cuentas.

“Arcade no paga una frustración” repetí en voz alta la frase de despedida de Don Camilo.

-¿Qué has dicho?- gritó alborozada y sorprendida Nieves.

-El mensaje que tenía que transmitirme de tu padre es que abandonases la carrera judicial y que te dedicases a la escultura. Lo comprendió tarde, pero al final se dio cuenta que ni el dinero ni el poder justifican una vida de frustración. Dedícate a lo que te gusta y manda a paseo las oposiciones. Esa fue la última voluntad de tu padre- terminé diciéndole a Nieves casi, casi, con lagrimas en los ojos al ver su cara de felicidad.

El muy zorro de Don Camilo quiso ponerme a prueba y me tendió una trampa para ver si conseguía superarla. Reconozco que casi había abandonado la idea de descifrar el enigma, pero mi férrea voluntad de tirar de los hilos sueltos, me condujo a un ovillo con mucha lana. Por fin habíamos resuelto las cuentas del Avanto de la Vineira.

Y la Kika y Baldomero tuvieron su noche de bodas, aunque esta vez no habría viaje de novios. Al día siguiente todos los supervivientes de A Corda da Santa Compañã nos reunimos en el salón de la casa que ocupábamos para recapitular y decirnos el último adiós. Era temprano, muy temprano, porque La Muerte es muy madrugadora y se la esperaba de un momento para otro.

No tardó en aparecer, aunque esta vez su inmaculada blancura venia rota por seis pañuelos negros que portaba en su mano izquierda. Nos miró a todos y creí ver en su inexpresiva cara cierta mueca de complacencia. No, no es que sonriera, porque La Muerte no sonríe ni muestra la más mínima expresión de benevolencia, pero a mí me pareció que se sentía satisfecha de nuestra labor. A continuación fijó su vista en Pepiño y le entregó uno de los pañuelos negros que portaba.

Pepiño Muñon entendió que era el momento de partir, nos miró a todos y sólo acertó a decir:

-Lo he pasado muy bien con todos vosotros porque ha sido una extraña pero agradable experiencia y vosotros recordar que el muñón es bello- y en ese momento irrumpió en la estancia un caballo rojo pajizo. La muerte aposentó con maestría a Pepiño sobre su grupa y el caballo salió al galope, mientras Pepiño gritaba allá, a lo lejos: Me voy para Río Turbio, sus frías aguas me esperan para acogerme en su lecho de muerte. Y desapareció de nuestra vista.

A continuación La Muerte, dulce e inexpresiva como siempre se dirigió hacia la Meiga de Sarria y le entregó otro pañuelo negro y aquello se convirtió en un aquelarre. Meigas y meigallos aparecieron por todos los rincones de la casa y entre músicas, pócimas, calderas humeantes y vencejos revoloteando sobre nuestras cabezas vimos desaparecer a Resurrección que, en su despedida, nos hizo un extraño exorcismo invocando a los poderes ocultos y a los dioses paganos que acompañaban el cortejo.

Y Emerita fue la siguiente en recibir el negro pañuelo de la blanca y luminosa Muerte. La Pulpeira de Santalla nos dirigió una última mirada de agradecimiento y vimos que de sus ojos brotaban lágrimas de felicidad mientras su figura se difuminaba en la estancia hasta desaparecer de nuestra vista.

Kika aguardaba relajada y expectante su turno y La Muerte, como de costumbre diligente, no se hizo esperar y le colocó el negro pañuelo anudado a su hermosa y fina melena. La Zorra no lo dudó y se abalanzó sobre Baldomero para dedicarle un beso de despedida, así que La Muerte, quizás enternecida por la escena o quizás sorprendida por la reacción de ambos que se habían fundido en un apasionado abrazo, se acercó al Sepulturero y le anudó otro pañuelo en el ojal de la chaqueta del traje de la boda y así, como un par de adolescentes enamorados, los vimos desaparecer de la estancia.

El Lixeiro agarró impaciente el pañuelo que le ofrecía La Muerte y ni siquiera nos dedicó una mirada de despedida. Nervioso y sumamente alterado lo vimos desaparecer mientras gritaba desesperado: Marisa amor mío, voy en tu busca. Marisa te quiero.

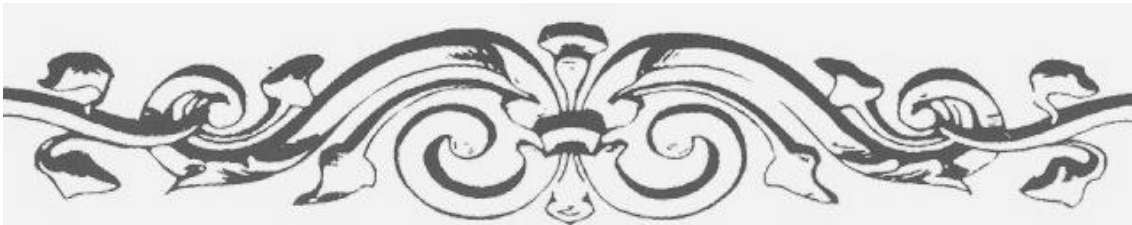
Yo me quedé muy sorprendido por tan insólita reacción y mirando a La Muerte le dije –Qué extraño es el amor. Aunque te maten y te engañen nunca dejas de querer.

Ella no dijo nada, pero me miró dulcemente, muy dulcemente y me acarició la mejilla. Yo sentí sobre mi maltrecho cuerpo de difunto su escalofrío, pero también sentí una extraña sensación. Algo así como satisfacción del deber cumplido o un inexplicable sopor entre dormido y despierto que te hace ver el mundo como el paraíso perdido, pero pronto desapareció el encantamiento porque Loliña llamaba mi atención.

-Xa marchóu- me dijo con ternura.

-Sí Loliña, ya se han marchado todos. Sólo quedamos nosotros dos que nos vamos a Madrid a resolver nuestras cuentas. La Muerte nos esta esperando y no debemos impacientarla -

Y se agarró a mi mano y juntos salimos al amanecer, dispuestos a abandonar la dulce y melancólica Galicia, y la morriña, la suave y triste morriña, se adueño de nosotros mientras, con paso vacilante y la rigidez agarrotando nuestros fatigados miembros nos dirigíamos hacía la estación de tren de La Puebla de Brollón.



CAPITULO-XVI Madrid me mata

Y un ángel llegó a Madrid. A Loliña todo le parecía bonito y todo le parecía grande, todos le parecían grandes señores y todas le parecían grandes damas, pero lo único bonito y grande que esa mañana paseaba por la estación de Chamartin era ella, porque entre buscavidas, maleantes, trotamundos con la mochila al hombro, seguratas ojo avizor, limpiadoras escaralladas y camareras escaralladiñas, aquello parecía un circo romano con los cristianos pululando resignados a una suerte funesta y los leones relamiéndose la boca y esperando a que retirasen la verja para zampárselos a todos, así que terminé de engullir el correoso bollo del desayuno y sorber de un trago el café recalentado que me habían servido y raudos, salimos de estampida de la estación y nos dirigimos directamente al Corte Inglés de la Castellana para renovar el vestuario y darle una nueva imagen a mi joven y deslumbrada acompañante.

-Buenos días señor, ¿en qué puedo servirles?- me pregunta una sonriente dependienta de la sección de señoras, al vernos a los dos un tanto despistados y ojeando los percheros abarrotados de prendas.

-Pues quisiera renovar por completo el vestuario y la imagen de esta chiquilla, desde los pies hasta la cabeza- le dije seguro y convincente a una sorprendida dependienta al mirar a Loliña y darse cuenta de su radiante hermosura y de su anticuado vestuario.

-¿Quiere usted que avise a una encargada para que les acompañe por las distintas secciones?- me pregunta titubeante la desconcertada dependienta al ver a tan extraña pareja.

-Si por favor. Será lo mejor- le dije

Apenas transcurrido un minuto, veo aparecer entre los mostradores a una sonriente y atractiva empleada que nada más llegar a nuestra altura nos saluda de lo más amigable. A mí dándome gentilmente la mano y a Loliña un beso.

-Veamos- dice la chica echando una amplia y escudriñadora mirada a Loliña, que la pobre, aturdida por tanta novedad, se aferraba a mi mano de la cual aún no se había soltado desde que salimos de Galicia. Yo también eché una amplia mirada a María José, que era el nombre que figuraba en la chapa de esa encantadora dependienta de ojos amplios y vivarachos, de sonrisa fácil y contagiosa, de cuerpo frágil y menudo, de sinuoso talle y de voz dulce y aterciopelada que invitaba al dialogo e irradiaba confianza.

-Mira María José- le dije con cortesía y esbozando una leve sonrisa para corresponder a su encantadora amabilidad –esta niña es la criatura más bella de la ciudad, ahora quiero que también sea la más elegante. Te la dejo a tu cuidado; no repares en gastos pero devuélvemela para que durante unos días ejerza como la reina de Madrid-

Y la dejé y las vi perderse entre mostradores. Yo también aproveché la ocasión y me di una vuelta por la sección de caballeros para renovar en parte mi desvencijado vestuario y al cabo de las tres horas, tal como había quedado con María José, pasé a recoger a Loliña.

A pesar del tiempo transcurrido aún tuve que esperarlas un buen rato, pero créanme, la espera mereció la pena. Loliña era una adolescente bella, muy bella, de sedosos cabellos rubios, de ojos melosos y tocados con un suave color verde esmeralda como suelen ser los ojos de las gallegas. Una niña de espigado talle, de sutil sonrisa y de una natural candidez de la

que emanaba un especial magnetismo que hacía que la gente volviera la cabeza para deleitarse con aquella visión celestial, de modo que no es de extrañar que al contemplarla en todo su esplendor y elegancia, me quedara auténticamente fascinado.

-Esta niña no es mortal- me dice María José al entregármela.

-¿Qué?- le contesté sobresaltado por si había descubierto que no éramos más que un par de difuntos en busca de solventar nuestros asuntos pendientes y disgregados de la Corda da Santa Compañã, pero su respuesta me tranquilizó y me reconfortó especialmente.

-Esta niña es un ángel- me dice con voz tierna y almibarada y derritiéndose a la vez que le acariciaba su mano.

Y nos dirigimos a pagar en caja y se arremolinaron en torno a nosotros un grupito de dependientas que, a falta de clientes, no tenían mejor cosa que hacer que contemplar la inmaculada elegancia de Lolliã. Y en eso de saldar cuentas y pagar facturas andábamos María José y yo cuando, inopinadamente, vi que Lolliã se acercaba al grupo de admiradoras y con sutileza acarició la mejilla de una de las dependientas. Como pueden suponer yo me quedé pasmado, pero para pasmo, el que me dio cuando escuché lo que le decía a la desconcertada dependienta.

-No te angusties más mujer por la enfermedad de tu hijo. El cáncer que padece lo va a superar satisfactoriamente y llegará a ser un deportista de elite que te dará muchas satisfacciones en la vida-

Como pueden imaginar la mujer recibió un impacto emocional que no esperaba y para el que no estaba preparada, de modo que le flaquearon las piernas y casi se desploma de la emoción, a la vez que de sus ojos brotaban lágrimas de emoción y de su boca alabanzas a Dios y a Lolliã. Todos, absolutamente todos, nos quedamos estupefactos por la situación tan imprevisible que habíamos vivido y por la sorprendente revelación de Lolliã a una mujer a la cual ni conocía ni había visto anteriormente.

Bueno, la verdad es que todos, todos, no fuimos los sorprendidos. Paradójicamente María José permanecía impertérrita a cuanto sucedía a su alrededor, lo asumía con naturalidad y apenas le prestaba atención al incidente, salvo ordenar que atendiesen adecuadamente a la dependienta.

En cuanto a que Loliña pronosticase una curación de una persona a la que no conocía, nada de nada. Como si fuera lo más natural del mundo o como si eso fuera lo que María José esperase de Loliña. Un dilema que me preocupó hondamente por las terribles consecuencias que personalmente podría acarrearle. Nadie puede especular con La Santa Compañía porque corres el riesgo de quedar atrapado de por vida en una situación a caballo entre la vida y la muerte y que te puede convertir en una especie de muerto viviente.

A continuación Loliña, nada más abandonar El Corte Inglés de la Castellana, me pidió que la llevase a la Plaza de la Villa. Me extrañó su petición, sobre todo porque ignoraba que ella conociese la existencia de ese lugar, por no ser especialmente un sitio turístico y porque lo único extraordinario que tiene esa plaza es que es ahí donde se ubica el edificio que aloja las dependencias del Ayuntamiento de Madrid, aunque para ser sincero, últimamente me extrañaba todo lo relacionado con Loliña, porque nada más entrar en el taxi que nos conduciría a la calle Mayor escuché comentar al taxista algo que a mi no me pasó desapercibido.

-Qué raro. ¿No han notado un extraño resplandor?- preguntó el aturdido taxista ante un fenómeno que yo también empezaba a presentir de vez en cuando. Aunque no fue el único comentario extraño que hizo a lo largo de la carrera.

-Es inexplicable la bajísima circulación que hay en este momento en la ciudad. No sé lo qué está ocurriendo, pero a estas horas Madrid debería estar imposible por el tráfico y curiosamente estamos circulando sin agobios. Se ve que han cortado la circulación por algunos puntos de la ciudad y han descongestionado las calles de vehículos-. Yo me callé porque no tenía palabras para explicar lo inexplicable, pero Loliña hizo un comentario que tranquilizó al taxista.

-Yo creo que hay el mismo tráfico de siempre y la misma congestión de cada día, pero a veces, cuando uno se encuentra satisfecho consigo mismo y con la compañía que le rodea, las cosas parecen entrar en otra dimensión y todo parece discurrir por la tierra del paraíso. Se ve que usted se siente cómodo con nuestra compañía-.

Ante ese comentario, el taxista volvió intrigado la cabeza hacia tan insólita y atrayente pasajera y, confuso, sólo acertó a decir.

-Quizás, pero siento una extraña sensación que nunca antes había sentido. Algo más tiene que estar sucediendo-.

Al llegar a la Plaza de la Villa, el taxista no me quería cobrar. Tuve que insistir para que lo hiciera y sólo lo hizo cuando ya Loliña había salido del vehículo y se paseaba, como ausente, por el centro de la pequeña plazoleta. Claro que justamente ahí volvieron nuevamente a invadirnos las extrañas sensaciones.

Dejé que Loliña se pasease tranquila por la plaza y me quedé prudentemente rezagado, eso sí, sin perderle ojo y contemplando cómo curioseaba cada rincón de la fachada de la sede del Ayuntamiento de Madrid. Al poco rato me di cuenta que se abrían las puertas de una enorme balconada y se asomaba una funcionaria, ya metida en años y en carnes, para observar desde su privilegiada situación lo que sucedía en la plaza, pero en la plaza no estaba sucediendo nada.

Al momento un nuevo ventanal se abría y en esta ocasión salían dos jóvenes uniformados que, expectantes, se miraban y escudriñaban cuanto sucedía en los alrededores, pero en los alrededores no estaba sucediendo nada especial. Lo único que estaba pasando en la plaza era que una chica, elegantemente vestida, paseaba despreocupada y curioseándolo todo.

Pronto todas las ventanas y balcones de la fachada del Ayuntamiento estaban llenas de curiosos funcionarios que miraban, totalmente desconcertados, lo que sucedía en el exterior de la Plaza de la Villa y escuché un comentario entre ellos que denotaba su confusión.

-¿Qué esta pasando?- le preguntó uno de los últimos señores en asomarse a los ventanales, a los dos jóvenes uniformados que no quitaban ojo a cuando se movía en la plaza.

-No lo sé pero vamos a bajar a bajo para ver si nos enteramos- le respondió categórico.

Y no sé si bajó o no bajó, ni lo que estaba sucediendo de extraordinario en la plaza para que todos se asomaran al exterior, pero al que vi aparecer por la puerta principal de la entrada del Ayuntamiento fue al mismísimo alcalde de Madrid que, sin vacilaciones, se dirigió directamente a saludar a Loliña, que en ese momento estaba parada frente

a la puerta contemplando ensimismada la barroca y abigarrada arquitectura del edificio.

-Buenos días señora. Yo soy el alcalde de Madrid- le dijo a la vez que le extendía respetuosamente la mano y le hacía una leve reverencia.

-Yo soy Loliña y soy la portadora de un mensaje muy valioso para ti- le dijo de la forma más natural.

Yo en ese momento estaba situado justo al lado de Loliña, pero sin intervenir para nada en la conversación. Como pueden suponer a mí la situación ya me había desbordado desde el mismo momento que María José, la dependienta de El Corte Inglés me entregó a una fascinante y desconcertante criatura y para más desamparo, no tenía la ayuda de Resurrección, la Meiga de Sarría, para que me ilustrase en lo que podía estar sucediendo, por tanto no podía actuar porque sencillamente no sabía cómo actuar, así que me mantuve al margen de los asuntos entre el alcalde de Madrid y Loliña, una difunta vagando por las calles de Madrid en busca de solventar sus cuentas pendientes con la vida, para enfrentarse en paz a la muerte...

...O eso al menos es lo que yo suponía, porque lo que escuché a continuación de labios de Loliña me dejó de lo más turbado que uno se puede sentir.

Al alcalde en ese momento ya se le habían unido un grupito de personas. Entre escoltas, secretarias y curiosos tenía a su alrededor casi una docena de personas, aunque todos se quedaron boquiabiertos cuando escucharon a Loliña decirle al alcalde:

-Esta ciudad va a padecer, como nunca antes lo había padecido ninguna otra ciudad, el azote de la peste en forma de virus destructor, pero debes de ser audaz y enfrentarte con valentía a sus trágicas consecuencias para evitar el sufrimiento de la población. Posteriormente y sobre esa catástrofe humana debes de cambiar las estructuras sociológicas para que esta ciudad se convierta en un lugar de convivencia entre todas las gentes y razas que pueblan nuestro planeta-

A mí el corazón me palpitaba en ese momento por lo menos a doscientas pulsaciones por minuto. Sí, ya sé que a los difuntos el corazón no nos palpita, pero créanme, a mí se me salía del pecho por tan sombría

predicción que Loliña le acababa de hacer al alcalde de Madrid, pero inopinadamente, el alcalde y sus acompañantes parecieron reaccionar de lo más natural, vamos, como si le hubieran dicho que al día siguiente iba a llover, así que su contestación me turbó aún más, si es que todavía mi nivel de asombro podía aumentar.

-Muy bien señora. Damos por recibida su recomendación y la llevaremos a cabo en sus términos y haremos cuando este en nuestra mano para aliviar el sufrimiento de los afectados por tan doloso padecimiento-

Y Loliña dio media vuelta, me agarró de la mano y desaparecimos del lugar. Ambos nos dirigimos andando por la calle Mayor hasta cruzar la Puerta del Sol. Yo, con mi contumaz rigidez, con el acaloramiento que llevaba por lo visto y vivido últimamente y por el agobio de la gente, me acerqué a uno de los bolardos que delimitan las aceras, me senté sobre él y exclamé exhausto.

-Madrid me mata-

Loliña me miró divertida y me dedicó su mejor sonrisa, aunque no me alivió. Esperó pacientemente que recuperase el aliento y me propuso que afrontásemos la siguiente etapa.

-Creo que deberíamos acercarnos a casa de las víctimas del juicio que amañaste y que deberías resolver tus cuentas pendientes. Ya quedan pocas cosas por hacer y el tiempo apremia.

-Sí, será lo mejor. Voy hacer unas llamadas telefónicas para averiguar la dirección y nos vamos para allí- le dije un tanto desvalido, no sólo por el cansancio acumulado, sino sobre todo por la zozobra y la angustia de enfrentarme a una de las peores acciones que he realizado en mi vida profesional.

-No hace falta que hagas ninguna llamada- me dice a la vez que me agarra de la mano para ayudarme a levantar y hace parar un taxi.

-A la colonia de la Cruz del Rayo- le dice sin ninguna vacilación al taxista. Yo, como pueden suponer, desconocía por qué Loliña sabía la dirección donde vivía la familia de los afectados, pero como también pueden suponer, a estas alturas ya no estaba ni para pedir explicaciones ni

para entender la situación. Sencillamente me dejaba llevar por los acontecimientos.

El trayecto en el taxi no fue largo, pero fue fascinante ver las peripecias del taxista para entender lo que le estaba sucediendo. Yo tampoco lo entendía pero ya no me preocupaba de eso. El taxista era un chico joven, muy joven. Quizás no tendría más allá de los veinticinco años, callado, bien vestido y mejor aseado. Como siempre una extraña luz, una placentera quietud y una turbadora sensación de aislamiento nos invadió.

El chico no dijo nada, pero no hacía más que volver la cabeza para mirarnos y echar la vista a un lado y a otro para ver si llegaba a entender lo que le estaba sucediendo. Hubo un momento que estuve a punto de intervenir porque presagiaba que el muchacho estaba a punto de entrar en una situación de pánico, pero no hizo falta. Loliña, que también se había dado cuenta, le tranquilizó con un comentario de lo más oportuno.

-A veces tengo la sensación de que estoy rodeada de ángeles y que estoy paseando entre nubes. ¿No te ha ocurrido a ti eso alguna vez? Le preguntó Loliña al taxista con voz angelical.

El muchacho no precisó decir nada porque en ese momento llegábamos a la dirección que le habíamos indicado. Paró el taxi y recuperando la compostura nos indicó el lugar de nuestro destino.

-Es esa calle de enfrente. No puedo pasar porque la calle no tiene salida, pero la casa la tienen ahí mismo-.

Efectivamente la casa estaba apenas unos pasos de donde nos había dejado el turbado taxista. En esta antigua colonia de chalets, muy cerca del auditorio de música de Príncipe de Vergara, se entremezclan casas muy renovadas y de mucho lujo y casas totalmente desvencijadas, desatendidas o destartaladas.

La que según Loliña, era donde vivían los perjudicados del juicio amañado por las secuelas de la toma de un medicamento en fase de experimentación de un poderoso laboratorio farmacéutico, era una casa muy bien atendida, pero muy desvencijada. A primera vista se notaba que en ella vivían personas aseadas, pero sin recursos para atender las múltiples reparaciones que requería la vieja vivienda.

La casa constaba de dos alturas, precedida de un pequeño jardincillo muy aseado, con bastante vegetación, flores y un viejo sillón de mimbre donde reposaba un anciano con la vista perdida en el suelo. Se accedía a ella a través de una puerta de hierro medio destartada y unida a una verja muy repintada de color verde botella.

-Creo que será mejor que entres tú sólo. Quizás te encuentres más cómodo para darles las explicaciones que creas conveniente- me dice Loliña, comprensiva con mi nerviosismo.

Yo la miré y no dije nada, pero entré decidido a cerrar el capítulo más vergonzante de mi vida profesional. Había amañado el juicio con los laboratorios y con los médicos que realizaron el informe pericial para que no saliera a la luz que el medicamento estaba en fase experimental, que podría acarrear consecuencias imprevisibles a los pacientes y que los resultados no habían quedado suficientemente probados.

El riesgo de usar ese medicamento en seres humanos era evidente y además no se había informado ni al paciente ni a la familia de que se le iba a suministrar un fármaco experimental. Los resultados fueron malos y quedó al descubierto la negligencia de los médicos y de los laboratorios, pero a pesar de todo en el juicio no se pudo probar nada en contra de la medicación, por lo que perdió el juicio y tuvo que hacer frente a las costas.

Yo me sentí tan mal, que mis costas las doné a una entidad de carácter benéfico para tratar de calmar mi conciencia, pero todo en vano porque siempre tuve que vivir con ese remordimiento. La pobre familia no sólo se quedó sin indemnización y con el padre afectado por los efectos secundarios del medicamento, sino que además se tuvo que endeudar para pagar a los abogados.

Y allí estaba frente al afectado, que a pesar de saludarle muy ceremonioso, ni levantó la vista ni aparentemente me hizo el menor caso.

-¿Qué desea?- Me dice una joven mujer que al oír voces en el jardín salió para ver lo que sucedía.

Yo le expliqué que era uno de los abogados del juicio que se celebró por daños en la administración de un medicamento que se le había administrado a ese afectado y que traía nuevas noticias acerca del falló del juicio. Obviamente no había nuevas noticias sobre el juicio, pero lo amañé

a mi manera para no dar demasiadas explicaciones y cerrar cuanto antes este desafortunado asunto.

La mujer no pareció interesarse demasiado por las nuevas noticias y me hizo una pregunta que desbarató mis planes.

¿Qué clase de abogado era usted, de los que sobornaron o de los que se dejaron sobornar?- me preguntó con un destello de ira en la voz.

Yo me quedé en silencio. Miré a la joven mujer que no apartaba sus ojos de furia de mí. Miré al afectado que seguía ausente a cuanto sucedía a su alrededor. Miré hacía atrás, como buscando el apoyo de alguien, quizás de Loliña, pero no había nadie. Estaba sólo ante mi conciencia y ante una realidad que nunca me atreví a afrontar, de modo que sin saber cómo, saqué fuerzas de donde no había y le contesté rotundo.

-Yo señora, fui de los que se dejaron sobornar.

Hubo un enorme silencio. Ninguno de los dos nos atrevimos a decir nada más, pero observé nítidamente que la furia había desaparecido de los ojos de esa mujer y ambos observamos que, inesperadamente, el afectado que había permanecido ausente de cuanto sucedía, levantó la mirada, se fijó en mí y creí observar una mueca de satisfacción en su semblante.

La mujer cambió radicalmente su agresividad por amabilidad. Se me presentó como su hija y me contó la historia desde la otra orilla. Me contó cómo su padre quedó afectado por el medicamento, aunque curiosamente las secuelas no fueron demasiado difíciles de superar. En apenas tres años había conseguido recuperar en gran parte la movilidad perdida, pero de repente la recuperación se vio truncada al enfrentarse al juicio.

-Superó la enfermedad, superó las secuelas del medicamento, pero lo que nunca pudo superar fue aquel veredicto injusto, cruel y amañado-me dice Cristina, la hija de Jacinto, el afectado por un medicamento en fase de experimentación y la víctima de un juicio donde se juzgaba el privilegio de los poderosos frente al derecho de los débiles.

-Al recibir el veredicto- continuo Cristina con su relato -se enfureció con todo el mundo, pero pronto la furia se fue transformando en frustración y al cabo de los seis meses cayó en una depresión de la que aún hoy en día no se ha recuperado. Como consecuencia de los primeros

arrebatos, perdió la voz. Según los médicos que le atienden, aparentemente no tiene justificación física para no poder hablar, pero esta totalmente justificado psíquicamente, de modo que no ha vuelto a trabajar y le dieron de baja por incapacidad. De ser un profesional bien pagado, se convirtió en un pensionista que malvive encerrado en casa, ausente y esperando la muerte con resignación, pero eso, con ser desastroso no fue lo peor.

-¿Y qué fue lo peor, Cristina?- le pregunté totalmente desolado por la narración de las consecuencias de aquel funesto juicio.

-Mi madre, que era una mujer vitalista y llena de proyectos de futuro, el resultado de este juicio la decepcionó de tal manera que se encerró en casa y nunca más ha vuelto a poner los pies en la calle. Médicamente la han diagnosticado que padece agorafobia, pero yo creo que simplemente esta asqueada de la corrupción y de la vida.

Yo me quedé sin palabras y sin argumentos para defenderme, de modo que mecánicamente eché mano a unos papeles que llevaba en el bolsillo, le conté el cuento de que habíamos celebrado una vistilla informal para revisar el caso de su padre y que habíamos llegado a un acuerdo económico para indemnizarle. Le pasé por escrito las cantidades que a partir de ese momento iban a recibir mensualmente y eché mano a otro bolsillo y saqué un abultado fajo de billetes a la vez que le decía,

-No puedo hacer nada para devolverles a tus padres su tiempo, pero puedo hacer algo para que a partir de ahora sus penas le sean más llevaderas. Este pago es por los atrasos y a partir de este mismo mes un teniente de la Guardia Civil de Puebla de Brollon, en la provincia de Lugo, se pondrá en contacto contigo para pasarte mensualmente la cantidad consignada en ese papel. Este teniente administra una especie de fundación de la cual tu padre es beneficiario de por vida. Le extendí la mano y le pedí disculpas por mi actuación.

La mujer no me dio la mano, pero rompió a llorar y se abrazó a mí a la vez que pronunciaba una frase significativa que pronto volvería a escuchar –Dios existe-

Cristina, abrazada a mí y sollozando por la conmoción, no podía contener sus lágrimas. Jacinto, en ese momento levantó la mirada y la dirigió hacia mis espaldas. Ambos, Cristina y yo también miramos hacia atrás y vimos que en ese momento Loliña entrada en el pequeño jardín y

sin decir palabra alguna se dirigió directamente hacia el sillón de mimbre donde permanecía postrado Jacinto que, fascinado por la aparición de Loliña, no le apartaba la vista.

Loliña se acercó al desvalido Jacinto y le acarició dulcemente la cara. El hombre reaccionó preso de ansiedad, se intentó poner de pie e intentó pronunciar angustiado unas palabras. Cristina atemorizada por la exaltación de su padre trató de ir a su lado para tranquilizarlo, pero yo la retuve y no la dejé intervenir en el trance.

Loliña volvió a acariciar mansamente la cara de Jacinto, esta vez con las dos manos, y por fin pudo pronunciar, muy a duras penas, las palabras que tenía desde hacía mucho tiempo atragantadas en su garganta y que no le dejaban hablar.

-Señora, he padecido hambre y sed de justicia- fueron las patéticas palabras que el desamparado, medio erguido y muy tembloroso, le dirigió a aquella extraña aparición en forma de ángel que acariciaba sus mejillas.

-Bienaventurado seas Jacinto- le dijo Loliña a la vez que besaba sus cabellos.

Cristina no podía dar crédito a lo que sucedía a su alrededor. Aún no se había podido separar de mis brazos, cuando noté que le flaqueaban las piernas y tuve que ayudarla a sentarse a la vez que me señalaba hacía otro lugar. Volví la cabeza hacía donde me señalaba Cristina y pude ver en el quicio de la puerta que del interior de la casa salía una señora de aspecto algo desaliñado y llena de perplejidad a la vez que repetía una frase que acababa de escuchar.

-Dios existe- repetía con recogimiento la señora, mirando totalmente deslumbrada la escena de su marido hablando y en brazos de Loliña.

La escena vivida en aquella casa, como pueden suponer, me sobrepasó totalmente. Salí muy confundido, no sólo por el misticismo del acontecimiento, sino además por una extraña sensación nunca antes experimentada en mis años de existencia, algo así como sensación de ingravidez y total ausencia de percepción del cuerpo.

Quizás en ese momento, por primera vez desde que mi coche se precipitó a las frías aguas del río Sil, llegué a tomar consciencia de que

era un difunto y de que mi vida había finalizado aquella fatídica mañana de hace unos días. Lo que vino a continuación, lo que estaba viviendo en estos momentos, era algo para lo que no tenía explicación alguna, pero de algo estaba seguro: fallecí con una enorme deuda pendiente de saldar y en este momento tenía la auténtica certeza de que esa cuenta estaba saldada.

Y en este torbellino de confusiones, me vi arrastrado por Loliña hacía la calle del Príncipe de Vergara, a la altura del auditorio de música, donde inesperadamente para mí, vi aparecer a María José, la dependienta de El Corte Inglés que venía a recogernos en su coche. Nos subimos aunque carecía por completo de noción de adonde nos dirigíamos y la razón por la que María José sabía dónde estábamos y dónde podía recogernos.

-¿Qué vamos, a Barcelona?- les pregunté al ver que enfilábamos la Carretera Nacional II.

-No, nos quedamos antes. Vamos a Mejorada del Campo- me contesta muy cortésmente María José.

-¿Y qué se nos ha perdido en ese pueblo?- volví a preguntar un tanto sorprendido por el extraño destino.

-Es Loliña que quiere conocerlo- me vuelve a contestar igual de amable María José, pero sin prodigarse en más explicaciones.

Yo miré a Loliña y la chiquilla estaba como ausente y no parecía importarla demasiado el dialogo que manteníamos la conductora y yo, así que aproveché la ocasión y le hice una pregunta un tanto comprometida a María José.

-¿Tu sabes el peligro que estas corriendo María José?.

Ella no quiso darse por aludida y me respondió con una evasiva –No sé a que te refieres, si al peligro de la carretera o al de ayudar a una pareja de desconocidos y meterlos en mi coche-.

-No, no me refiero a ninguno de esos peligros. Me refiero a que puedes quedarte atrapada en una dimensión desconocida- le contesté un tanto molesto al darme cuenta de que ella era conocedora de nuestra extraña situación.

Ella no dijo nada, pero me miró dulcemente, muy dulcemente. Me sonrió con esa sonrisa tan atractiva que había mostrado desde el primer momento y me acarició la mejilla. En ese momento me di cuenta de que algo había sucedido, o bien María José había quedado atrapada en La Corda da Santa Compañía o bien no era más que otra difunta en busca de solucionar su destino, porque la insensibilidad de su mano delataba la frialdad de la muerte.

No tardamos mucho en llegar a Mejorada del Campo. En algo menos de una hora estábamos entrando al casco urbano del pueblo y fue en ese momento cuando supuse la razón por la que habíamos venido aquí.

-No, no cojas esa calle. Tienes que subir la cuesta y después torcer a la derecha, cruzar una plazoleta y bajar por la calle que te encuentras a tu izquierda. No tiene perdida y además es dirección única. La iglesia la encontraras enfrente nada más coger esa calle-

Ellas no dijeron nada, pero nada había que decir. El destino que nos había llevado a Mejorada del Campo era visitar la inmensa catedral que Don Justo, un iluminado para unos y un santo para otros, estaba construyendo el sólito en esa localidad. Hacía mucho tiempo que no había vuelto por este rincón de la Comunidad de Madrid, pero la obra allí continuaba. Desafiante, deslumbrante, grandiosa e inimaginable.

Dicen las gentes del lugar que este hombre, sin ningún conocimiento especial y desde luego sin ninguno de arquitectura, tuvo en su día una aparición de la Virgen y le encomendó que en ese mismo lugar construyera una basílica en su honor y que le conservaría la vida hasta acabarla. Y allí estaba la obra, un auténtico ejemplo viviente de que la fe es capaz de mover montañas o de construir catedrales.

Nada más llegar al lugar, Loliña salió del coche y comenzó a subir las escalinatas de la basílica del Pilar, que así se llama la iglesia, y se paró en la explanada que, en su momento, daría acceso al interior de esa inmensa obra. Nosotros, María José y yo nos quedamos al pie de las escalinatas viéndola y sin atrevernos a decir ni hacer nada. Ambos nos mirábamos y mirábamos alrededor para darnos cuenta de la excepcional expectación que la presencia de Loliña levantaba entre las pocas gentes que pululaban por los alrededores de la basílica.

Un matrimonio, que según nos dijeron ellos mismos habían venido expresamente desde Valencia a contemplar la obra, nos preguntaron intrigados por la procedencia de aquella extraña luz que había aparecido en la explanada de la entrada. Nosotros no pudimos aclararle nada, porque estábamos tan extrañados como ellos, pero quien no pareció estar nada extrañado fue Don Justo, el anciano al que según la creencia popular se le había aparecido en ese mismo lugar hace varias decenas de años la Virgen.

Sin saber cómo ni quién los había avisado, el lugar se empezó a llenar de curiosos que contemplaban extasiados la escena. Loliña de pie mirando la obra y delante de ella Don Justo, vestido con una larguísima gabardina negra abotonada hasta el cuello y cubierto con un sombrero también negro y calado hasta las orejas. El Hombre se desprende del sombrero y se hinca de rodillas delante de Loliña. Ella le contempla con compasión y pone la mano sobre su cabeza. Don Justo levanta la vista, mira a Loliña y con voz temblorosa y emocionada le dice:

-Señora, ya no podré cumplir mi promesa. Me faltan las fuerzas, las piernas ya no son capaces de sujetar mi cuerpo y mi vista ya no es capaz de guiar mis manos. Líbrame señora de mi promesa-

Y no recuerdo nada más...

A continuación se hizo un enorme silencio a mi alrededor. Miré asustado a un lado y a otro, pero ya no fui capaz de ver nada más. Traté de gritar y llamar a María José y a Loliña, pero de mi garganta ya no salía ningún sonido, traté de salir corriendo, pero mis piernas ya no me obedecían y permanecía inmóvil, traté en vano de agitar los brazos en busca de ayuda, pero ya no fui capaz de ver mi cuerpo. Pero lo que sí pude ver fue una fría luz que se me acercaba y en medio de aquella luminosidad pude descubrir a una figura ya conocida.

Era La Muerte que como siempre, fría e inexpresiva, venía a mi encuentro. Yo me agité y sentí miedo al ver que agarraba mi cuerpo y me transportaba en volandas por un lugar repleto de nada. No había colores, ni había ruidos, ni había cosas, ni había gentes, pero había ansiedad.

Era tal mi estado de pánico, que podía escuchar los latidos de mi corazón y mi angustiado respirar y hasta podía escuchar el tenue ruido que producía mi saliva al tragar y fue entonces, cuando lleno de

perplejidad por lo que me estaba sucediendo, miré suplicante y atemorizado a los ojos de La Muerte y le pregunté

-¿Por qué oigo latir mi corazón?, ¿Por qué oigo mi respiración?, ¿Por qué siento en mi boca el dulce paladar de mi saliva?, ¿Por qué, si soy un difunto, me ocurren estas cosas y tengo las mismas sensaciones de un ser vivo?

Ella me miró y me vio afligido y desconcertado y es posible que sintiese compasión, o quizás creyese que había cumplido la misión que me habían encargado y que merecía cierta satisfacción, así que me sonrió y por primera vez pude escuchar nítidamente su voz, su dulce y melodiosa voz, algo así como el compendio del trinar de los pájaros, el ruido de la lluvia y el soplar del viento levantando las olas sobre el mar y escuché su respuesta, pero no la entendí.

-Ya no eres un difunto. Vuelves a ser el mismo ser que eras antes de nacer-. Y ya no la escuché más ni volví a verla nunca más.

Lo que sucedió a continuación fue muy extraño. Entré en una dimensión donde sucedían las cosas que tu mente imaginaba. Así pude imaginar que volaba sobre los montes de Triacastela y de Samos y mi deseo se escenificó. Imaginé que navegaba por las placenteras aguas de los cañones del río Sil y de igual forma mi deseo se escenificó. Y también imaginé que me encontraba recogiendo garabullos para encender la lareira por los húmedos caminos de la frondosa y verde Galicia y me miré los bajos del pantalón y los vi mojados y llenas de barro las botas que calzaba y, finalmente, imaginé que deseaba que algún escritor gallego escribiese un libro con los recuerdos de mi paso por A Corda da Santa Compañía y quizás también mi deseo se cumplió, aunque no puedo precisar, porque en ese momento se abrió la nada, que era el lugar donde permanecía a la espera de acontecimientos y caí en un torbellino de sensaciones.



CAPITULO-XVII La luz que aterra y seduce

Y aquella nada se convirtió en un torbellino de sensaciones. De pronto todo el panorama que me rodeaba cambio de repente y me vi atrapado en un trepidante viajar por el espacio, ya libre de la materia que rodea el cuerpo, pero con mi espíritu y la energía que le acompañaba intacto. Viajaba gozoso hacia una nueva vida, libre de las ataduras y de las limitaciones de un cuerpo humano y como recién salido de una incubadora o del vientre de la madre.

Apenas has traspasado la frontera donde la dulce e inexpresiva Muerte deposita tus restos, una fuerza interestelar te atrapa y te conduce hacia un conjunto de agujeros negros, que acoge con mimo tu espíritu y tu energía y te lanza a una especie de pozo cósmico donde quedas atrapado junto a las luces de tu existencia terrenal. En ese lugar y en ese momento puedes contemplar todo lo vivido y todo lo visto y no visto. Lo aparente y conocido y lo oculto de tu vida. Aquello que sucedió en tu entorno, pero que tu no has sido capaz de percibir. Todo estaba allí y yo formaba parte de ese conglomerado.

Un repaso fugaz a las luces de tu vida, como quien ojea una revista en una sala de espera, a la espera de iniciar el gran viaje de tu vida. Ante tus ojos pasan secuencias ya casi olvidadas, personas que apenas recordabas, hechos que no quisieras recordar y acontecimientos que felizmente vuelves a contemplar y disfrutar.

Todo estaba ahí, en el pozo cósmico que todo lo atrapa, pero que con nada se queda, porque apenas has terminado de dar un breve repaso a las luces de tu existencia, sientes como si una lanzadera te impulsara vertiginosamente hacia fuera de ese espacio oscuro, pero muy comfortable y cómodo. Es algo semejante a que estuvieras sintiendo la angustia de nacer... y naces.

Y entonces sientes cómo te cortan el cordón umbilical que te ataba al universo y caes a un lugar lleno de luces y de colores. De formas geométricas, de brisa que no enfría, de música que no suena, de olores que no huelen, de sutilezas y de tactos que presientes pero que no sientes, de todos los sabores del mundo restregándose en tu paladar. Es la orgía de los sentidos y de los gozos, la alegría de vivir, el afán de persistir... es el Universo Inverso del cual ya formas parte esencial.

Apenas recuperado de ese torbellino de sensaciones que te acompañan en el viaje de tránsito entre universos, te incorporas, miras a tu alrededor, escuchas el silencio, contemplas tu nuevo cuerpo, libre de materia, pero lleno de energía y de vitalidad y oyes una voz que te recibe.

-Bienvenido Federico, llevo tantos días esperándote-.

Vuelvo la cabeza, atemorizado por lo desconocido y alborozado de escuchar una voz que reconoces.

-Hola Carabinero, llevo tantos días vagando por los caminos que ya me había olvidado del susto que nos metiste aquella noche cabalgando por la locura-.

-Hola, soy Angelines, la mujer del Carabinero y estos dos jóvenes son mi hijo y su novia. Un día quisieron conocer al Dios Caballo y una noche murieron víctimas de la ambición de los humanos. Gracias por traerme a mi marido-.

Y allí estaban todos y todos estaban contentos de mi llegada. Bueno, todos no estaban, sólo los que me habían precedido en el transito de la vida. Zacarías, la Trini, el Teniente Centella y los demás, supongo yo, seguirían en la vida progresando hasta llegar a su muerte. Y tampoco estaban, o al menos yo no los veía, otros que me habían precedido, pero que yo no acertaba a ver, pero si vi en cambio a una mujer de tierna sonrisa, de manos protectoras y de belleza sin par que pausadamente se acercaba a mí.

-Hola hijo, cuantas cosas has vivido-.

-Mama, que joven estas. Ya apenas recordaba tu semblante. ¿Dónde está mi padre?-

-Aquí estoy hijo, lleno de orgullo de haberte visto crecer-

Me volví y miré a mi padre. Le vi tal como le recordaba, cariñoso, protector y con cansado aire de trabajador. Avancé hacia él y le di un abrazo. Y por primera vez desde que llegue a este universo, sentí una desconocida sensación nunca antes vivida ni siquiera presentida. Era la osmosis de mi cuerpo con el cuerpo de mi padre y sentí que a la vez era yo mismo y también era mi padre. Y me sentí bien y sentí que no se podía sentir más felicidad. Y entonces miré a mi madre que gozosa, contemplaba el reencuentro con mi padre y sentí la necesidad de abrazarla, pero sentí que no sentía nada porque ella ya formaba parte de mi padre y ambos ya estaban en mí.

Y abracé al Carabinero de la Puebla, que impaciente esperaba mi abrazo y ya siempre fui el Carabinero, y abracé a Lucía y ya siempre fui Lucía la Tocapelotas, y abracé a Resurrección y a Emerita y a Pepiño, que por aquellos lugares ya no lucía su aparatoso muñón, y al Lixeiro del Incio, que con mano firme conducía su camión por aquel extraño universo, y al Avanto de la Vineira, que con semblante de bonachón se alegraba de mi llegada y claro, también estaban allí y se nos abrazaron Kika la Zorra y el Sepulturero de Quiroga.

Y todos juntos fuimos haciéndonos una masa que iba creciendo sin parar y poco a poco se nos unían más gentes y cada vez que uno se unía, se fundía en nosotros y todos éramos uno a la vez. Y todo aquel amasijo de seres nuevos transitaba por los universos creciendo sin parar, pero pronto nos encontramos con que las flores y las plantas que crecieron con

nosotros venían a nuestro encuentro y también se fundían y todos éramos uno mismo y todos a la vez, pero también éramos las flores y las plantas con las que habíamos crecido y vivido.

Y pronto descubrimos que también los animales de la selva y las mascotas de las ciudades se unían a nosotros. Y las aves de los cielos y los peces de los mares y la fría luz del amanecer y los cálidos colores del atardecer. Y aquella ingente masa se agrandaba con olvidadas melodías y con el trino de los pájaros y el graznido de los cuervos. Y con el dulce sonido que se desprendía de un violín y con el chirriar de las cadenas de los barcos levantando el ancla.

Y sentí que yo era rosa y era jazmín. Y era águila imperial y hormiga era también. Y era ballena y era delfín. Y era rebeco retozando por las frescas y húmedas praderas al amanecer. Y todos los animales de la tierra y las flores y las plantas. Y todos los ingenios que a lo largo de la vida el hombre construyó éramos también.

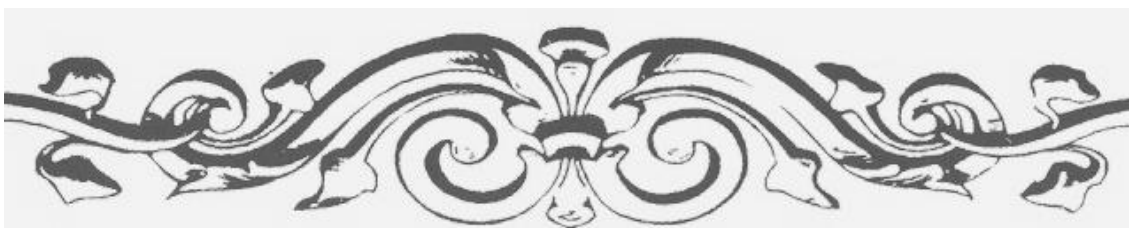
Y así, todo junto y compacto nos fundimos en el magma que rodea y aprisiona el universo. Y allí, en ese magma de la vida, yo era todos los hombres que vivieron en la Tierra y todos los animales que la poblaron. Y todas las plantas y todos los olores que la perfumaron. Y toda la música y todos los libros y las pirámides era también. Y era el guerrero y era el obrero y también era el poeta. Y era la dulce esposa, la eficiente diseñadora, la eminente doctora y la madre competente era también.

Y allá, a lo lejos, descubrí la luz que aterriza y seduce...

... y sentí la presencia cercana de Dios.



Capítulo	Título	Páginas
I	<i>El encuentro</i>	3-7
II	<i>Buenos días madrugadora muerte</i>	8-14
III	<i>La superstición cabalga por la Sierra de Fornelas</i>	15-24
IV	<i>El muñón es bello</i>	25-41
V	<i>Bajo la sombra del General Castaño</i>	42-55
VI	<i>Las cuentas del Lixeiro</i>	56-68
VII	<i>Ensayo General</i>	69-82
VIII	<i>Las campanas doblan a muerto</i>	83-102
IX	<i>Días de vino y Prozac</i>	103-116
X	<i>Cuentas ocultas</i>	117-126
XI	<i>Cita en el Alfonso IX de Sarria</i>	127-135
XII	<i>El camarero cotilla</i>	136-145
XIII	<i>La chica Benetton</i>	146-157
XIV	<i>Fuego en el cuerpo</i>	158-171
XV	<i>Esponsales de difuntos</i>	172-186
XVI	<i>Madrid me mata</i>	187-202
XVII	<i>La luz que aterriza y seduce</i>	203-206



A Corda da Santa Compañã (Personajes principales)

Federico

Protagonista principal y Narrador de la novela. Abogado que falleció con cuentas pendientes por culpa de un juicio amañado.

Pepiño Muñón

José Armas alias Pepiño Muñón. Emigrante que salió un día a buscar tabaco dejando a su mujer embarazada.

A Meiga de Sarria

Resurrección, la meiga que falleció sin legar a su hija los secretos del oficio de meiga.

A Pulpeira de Santalla

Falleció sin conocer el paradero de su hijo menor, que un día salió de su casa vestido para festejar y nunca más le volvió a ver.

La Tocapelotas

Lucía alias La Tocapelotas. Una mujer atormentada por la durísima represión sexual sufrida a lo largo de toda su vida.

Loliña

Adolescente bellísima que falleció sin saber cuales eran sus cuentas pendientes.

El Lixeiro

Un camionero al que alguien le manipuló el pilar de un puente, donde finalmente falleció.

El Carabinero

Un guardia civil que perdió a su hijo y a su novia cuando tonteaban con el Dios Caballo.

Kika la Zorra

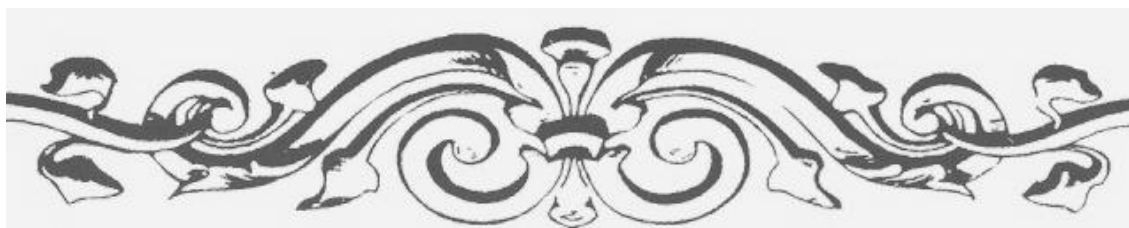
Una puta de carretera a la que nunca nadie trató con dignidad y que nunca conoció el amor.

El Sepulturero de Quiroga

Un hombre que durante toda su vida ha practicado la necrofilia y que jamas conoció el amor de una mujer.

El Avanto de la Vineira

Un anciano víctima de su propia avaricia, que jamas consiguió la armonía para vivir en paz con su entorno y con su hacienda.



A Corda da Santa Compañã (Personajes secundarios)

El Zacarías

El mendigo okupa y borrachín que volaba sobre los nidos de cuco.

La Trini

La mendiga okupa y alcoholizada.

El Teniente Centella

El comandante del puesto del cuartel de Puebla de Brollon.

Anita

La dependiente gordita con las nalgas rellenas de chocolate

Marisa

La joven, guapa y nada desconsolada viuda del Lixeiro

Folgado

El administrador canalla que no reparaba en medios para medrar.

Fernandiño

El nieto de Emerita, La Pulpeira de Santalla.

Caridad

La hija de La Meiga de Sarria. Médico y aprendiz de meiga

La Chica Benetton

María de la Esperanza. La hija de Pepiño Muñón.

Margarita

La atribulada esposa de Pepiño Muñón.

Nieves

La hija del Avanto de la Vineira

Cristina

La hija de Jacinto. El afectado por el juicio amañado de Federico.



A Corda da Santa Compañá (Significados de palabras gallegas utilizadas en esta obra)

Meiga

Bruja o sanadora muy popular entre el medio rural de Galicia.

Meigallo

Hechizo que realizan las meigas.

Pulpeira

Hostelera ambulante que cocina por las ferias el pulpo.

Orballo

Especie de llovizna muy fina y persistente típica del clima gallego.

Lareira

Especie de meseta de piedra donde se cocinaba y hacia el caldo.

Garabullo

Palos, ramas, palitroques y leña para encender las lareiras.

Carallo

Exclamación muy popular en el habla de los gallegos.

Feixe

Fardo generalmente de hierba, hortalizas o leña.



